

**Representación Social del Viejo en *El Coronel No Tiene Quien le Escriba* de
Gabriel García Márquez**

Por:

Nathalie Mejía González

nathalie.mejia@udea.edu.co

Trabajo de Grado para optar al título de:

Antropóloga

Asesor

Juan Carlos Orrego Arismendi

Doctor en Literatura

Universidad de Antioquia

Facultad de Ciencias Sociales y Humanas

Departamento de Antropología

Medellín

2019

Contenido

Introducción: sobre la relación antropología-literatura.....	3
1. Consideraciones teóricas y metodológicas.....	12
1.1 Marco conceptual.....	12
1.1.1 Representación.....	12
1.1.2 Estereotipo.....	18
1.1.3 Literatura.....	21
1.2 La vejez en la antropología: teorías y conceptos.....	25
2. Panorama de la literatura sobre la vejez en Colombia.....	39
3. Gabriel García Márquez y <i>El coronel no tiene quien le escriba</i>	53
3.1 El autor.....	53
3.2 La obra.....	57
3.3 La crítica.....	69
4. Análisis de la representación social del viejo en <i>El coronel no tiene quien le escriba</i>	75
4.1 Consideraciones iniciales.....	75
4.2 Descripción y análisis.....	77
5. Conclusiones.....	111
6. Bibliografía.....	116

INTRODUCCIÓN

Sobre la Relación Antropología y Literatura

La antropología puede relacionarse con casi cualquier otra disciplina, especialmente con las llamadas ciencias sociales, las humanidades y el arte, e incluso con ciencias naturales como la medicina y la biología, pero con pocas comparte mayor campo que con la literatura en lo que a sus orígenes respecta. Y aunque suene un poco exagerado –peligroso, dirían algunos- basta recordar los relatos de viaje de los exploradores europeos del siglo XIX o las muy ricas descripciones culturales de algunos misioneros católicos durante la conquista de América para darse cuenta de que es este género literario el nicho primario de lo que llamaríamos más tarde Etnología.

El inicio del siglo XVIII había marcado una época de explosión demográfica y apogeo económico, dominado por la interacción comercial (que gracias a la esclavitud, incluía intercambio de seres humanos) entre Europa, África y América. Esto supuso un incremento sustancial de los contactos entre los “civilizados europeos” y los aborígenes de las colonias, las impresiones de esa interacción se depositaron en numerosos documentos de viajeros, misioneros, funcionarios, conquistadores, comerciantes entre otros, que expresaron con vehemencia la experiencia de alteridad a la que se veían expuestos sus autores; el deseo de conocer, comprender, registrar y documentar aquellos “salvajes primitivos”, considerados como “otros” y “diferentes”, definió los sujetos de estudio de la antropología y concibió de paso el objeto de la misma: la cultura de las sociedades exóticas, simples, salvajes, la comparación entre culturas, pero también el hallazgo de lo intrínsecamente humano.

Los textos que revelaban la hasta entonces desconocida vida de los indígenas, fueron estudiados y debatidos por los primeros intelectuales de *La ilustración*, que se valieron de ellos para cuestionar el valor de la herencia cultural de occidente, poniendo en duda la pertinencia del etnocentrismo europeo y adoptando una posición crítica sin la cual hubiera sido impensable el desarrollo posterior de la etnología.

Los relatos de viaje esbozaron también las bases del discurso antropológico, es decir, la forma particular de escritura usada por nuestra disciplina. La descripción, la comparación y la reflexión que estos contenían, estructuraron la retórica antropológica y se constituyeron en los medios por los cuales se ofrecían imágenes e ideas de sociedades diferentes. Describir detalladamente el entorno geográfico, la forma de las edificaciones tribales, el aspecto físico de los aborígenes, la gastronomía, los rituales, la estética y el gobierno local por mencionar sólo algunos; comparar las expresiones artísticas y las concepciones morales de una determinada cultura con la cultura propia y reflexionar sobre el significado de lo humano a partir de las propias impresiones son algunos de los aspectos que comparten los relatos de viajeros y las etnografías hasta bien entrado el siglo XX.

Estas descripciones eran resultado de la observación directa, la convivencia y la interacción con los miembros de otras culturas; el misionero, el funcionario colonial, el viajero, vivían, al menos por un tiempo, entre la comunidad de la que luego escribían y obtenían de fuentes primarias la mayor parte de la información que recopilaban. Se formaron así los fundamentos del trabajo de campo que caracterizarían más tarde la investigación antropológica: la etnografía.

Objeto, discurso y método, como expresan Orrego y Serge (2012, pp. 15-16). “Los relatos de viaje no sólo constituyen el corpus que dio base a las primeras reflexiones de la antropología como disciplina y a los tropos con lo que constituye su retórica: prefiguran también los dilemas que presenta el trabajo de campo como método y como estrategia espacial, centrales para el desarrollo de la etnografía como práctica constitutiva de la disciplina”

En el siglo XIX, el establecimiento formal de la Antropología, fundado en el modelo positivista que pretendía hacer de los estudios sociales “ciencias duras”, validando los hechos sociales como la ciencia valida los hechos naturales, marcó una ruptura insalvable con la literatura, que se vió desde entonces relegada al campo subjetivo y ausente de utilidad para el conocimiento científico que significaba para entonces el arte. Pensados como más cercanos a este, todos los documentos que resultaron de esas

interacciones con sociedades primitivas y que fueron para los primeros etnólogos fuente importante de datos con los que más tarde formularon teorías generales sobre el hombre y la cultura, dejaron ser considerados como información fidedigna y útil; en esos relatos la presencia de la visión y posición del autor corrompía los datos empíricos posibles de recoger objetivamente. La literatura como creación humana, y el profundo desprecio del positivismo por esta última, no podían encontrarse más con la antropología.

El discurso marcado por la descripción y la contemplación fue reemplazado por una presentación limpia, escrupulosa, casi cuantitativa de unos datos que se simplificaban al máximo. Las propias impresiones reducidas a nada, hacían ver al antropólogo como un científico preocupado por acumular información objetiva y determinar la relación entre los hechos observados para encontrar leyes sociales invariables. La sociedad y la cultura se vieron como sistemas armoniosos, entes predecibles, sobre los que se formulan hipótesis y leyes. Literatura y antropología quedaron escindidas de plano tanto en el discurso como en las intenciones: arte y ciencia serían desde entonces.

Poner en duda la posibilidad de aplicar las tesis positivistas en la antropología fue lo que logró en 1967 la publicación del diario de Bronislaw Malinowski. Al exponer la cara íntima de una experiencia etnográfica que distaba mucho de aquella retratada en los informes, se reveló que la dimensión personal, esto es, la individualidad del antropólogo, no puede ser anulada, tan sólo encubierta. Crear esa ilusión fue posible gracias al lenguaje, las palabras soportaron la visión de objetividad que la antropología ofrecía; con la publicación del diario quedó al descubierto la parte trasera de un escenario sobre el cual se habrían presentado las más grandes obras del trabajo de campo, y se reveló que eran “en algún grado, simulaciones de una interacción limpia y objetiva entre un etnógrafo bien capacitado y unos buenos salvajes hospitalarios. En otras palabras, Malinowski había descornado el velo que ocultaba la naturaleza ficticia de la distancia científica” (Orrego y Serje, 2012, p.19).

Este evento actuó como licencia para que los antropólogos se preguntaran (a partir de los 70, pero sobretodo en los 80) con menos remordimiento por su relación con la literatura, “¿Puede continuarse aún aquella tendencia, no explícita en general, pero sin

duda influyente, según la cual los textos etnográficos no deberían invitar al examen literario ni habrían siquiera de merecerlo? ¿Tiene sentido esa tácita oposición entre antropología y literatura que movía al etnógrafo a practicar un estilo romo y más que nada expositivo para no resultar sospechosamente literario?”(Díaz Viana, 2005, p.15). Y este reconocimiento de la substancia literaria de la retórica antropológica, este interés por la construcción del texto etnográfico en sí y de los recursos literarios usados en él, es el punto focal de la relación antropología-literatura en este periodo-movimiento que se conoce como antropología posmoderna y que tiene en el seminario de Santa Fé, Nuevo México 1984, su momento fundacional.

Rompiendo con la idea de que los problemas de la descripción etnográfica son atribuibles al método, esto es, al trabajo de campo, y poniendo su origen en el propio discurso, los antropólogos posmodernos defienden la necesidad de analizar la forma en que están contruidos los textos etnográficos, sus estrategias narrativas y mecanismos retóricos. Convencidos de que “la habilidad de los antropólogos para hacernos tomar en serio lo que dicen tiene menos que ver con su aspecto factual o su aire de elegancia conceptual, que con su capacidad para convencernos de que lo que dicen es resultado de haber podido penetrar (o, si se prefiere, haber sido penetrados por) otra forma de vida, de haber, de uno u otro modo, realmente estado allí, y de que en la persuasión de que este milagro invisible ha ocurrido es donde interviene la escritura” (Geertz 1989, p.14), la narración etnográfica se muestra como una herramienta que usa conscientemente el antropólogo en su anhelo de persuadir al lector de la veracidad de lo que dice.

Al recuperar la autoría del etnógrafo sobre el texto que construye, esto es, la forma en que se hace manifiesto en él, y crea una identidad textual, un modo concreto de formular las cosas que deviene no solamente en un estilo sino que compone también el contenido mismo de lo que se dice, (ya no es solamente el recopilador de datos empíricos que calcula variables en base a un modelo establecido, sino ante todo un intérprete de otra cultura vista como un texto) “la antropología está más del lado de los discursos literarios que de los científicos” (Geertz 1989, p.18). Semejante afirmación pone el lenguaje literario en el centro de la discusión ontológica de la disciplina al tiempo que remueve la concepción más bien cerrada sobre la metodología de la misma. Decir que la

antropología es más cercana a la literatura que a la ciencia supone, además de abandonar presunciones como la objetividad, generalidad y predictibilidad, que el proceso de escritura es parte del método y no sólo el resultado de la aplicación del mismo.

Pero la conciencia de la relación antropología-literatura no va para la antropología posmoderna más allá del discurso, de la escritura, de modo que queda a medio abrir la puerta que llevaría a la profundización del vínculo entre ambas. La literatura (excepto la de las sociedades primitivas) siguió estando excluida como objeto de estudio, como espacio de análisis antropológico y hasta como fuente de información primaria. Se reconoció la dimensión literaria de la antropología, pero la literatura en sí siguió siendo vista de la misma forma que hasta entonces; no se desarrollaron nuevos enfoques que buscaran abordarla desde una perspectiva más útil para conocer la condición humana, ni se exploró la dimensión social de la misma. Puede llegarse a la conclusión de que “La literatura como experiencia fonda y como modo de existir queda des-considerada por la antropología posmoderna” (De la Fuente Lombo, 1993, p.18), y esto en gran medida porque la etnografía fue vista como el único método de investigación aceptable en esta disciplina.

A partir del cuestionamiento de la pertinencia de una antropología puramente etnográfica y de la demostración de la incapacidad de la misma para ofrecer un panorama completo de la condición humana, Manuel de la Fuente Lombo y sus colaboradores de la Universidad de Córdoba en España, expusieron en 1993 las premisas básicas de lo que llamaron ellos mismos Etnoliteratura.

Reflexionando sobre la forma en que la antropología recoge sus datos y acerca de la naturaleza de estos, advirtieron que esta disciplina se había cerrado en lo visible, en aquello viable de ser recogido sensorialmente y denunciaron que la cultura ha sido vista sólo como un sistema integrado de comportamientos, susceptibles de ser estudiados mediante la observación, la observación participante y otras técnicas de la etnografía, y que por tanto otras áreas de la vida de la gente quedaban sin posibilidad de análisis. Señalaron la necesidad de abrir el panorama de aquello que admitimos como cultura,

ensanchando de paso la percepción sobre la condición humana, aún si eso implicaba el imperativo de desarrollar nuevos métodos, porque “en la medida que reducimos la antropología a la etnografía (como registro de los comportamientos en vivo de una sociedad determina), el horizonte de los valores, aspiraciones e ideales, queda así mismo reducido. O en cualquier caso queda como una mera presencia testimonial: es decir, los comportamientos de un grupo humano pasan de estar referidos a servir de referencia de este sistema” (De la Fuente Lombo, 1997, pp.13 - 14).

Y para abarcar esas esferas humanas que, por ser más que comportamientos la etnografía no puede registrar, está precisamente la Literatura, o a mejor decir la experiencia literaria, porque permite una búsqueda de la realidad no limitada por la realidad, porque acepta la ficción y la imaginación como componentes de la vida, como estrategia de análisis y comprensión, porque va más allá del comportamiento y la conducta, llegando incluso hasta el pensamiento, porque da luces sobre aquello que consideramos irracional, esos acontecimientos que no ocurren con regularidad, que no pueden predecirse, porque la literatura se constituye en una experiencia profunda y reveladora del devenir humano, de lo irracional, imaginario, insólito, ilógico, inverosímil que hay en ella.

Los precursores de la Etnoliteratura parten de la premisa de Michael Foucault según la cual “*la literatura es en sí misma una categoría trascendental de la investigación científica*” (1973), y al considerarla como generadora de valores y conductas sociales que configuran un sistema sociocultural, y dar alto valor a su capacidad de explicar los más inasibles aspectos de la condición humana, estos antropólogos toman como objeto de estudio obras literarias de diversos géneros (especialmente la novela y algunas obras clásicas, pero sin desechar otras obras de ficción y poesía) pretendiendo hacer antropología no *sobre* sino *desde* ellas. Aquí la literatura no es sólo el sello ineludible de la escritura antropológica, ni mucho menos fuente de datos realistas sobre una sociedad en una época: la literatura es una experiencia en sí misma, una útil y necesaria para la antropología.

Esta es a grandes rasgos una perspectiva histórica de la relación entre antropología y literatura, pero existen otros espacios, no ya movimientos o corrientes, sino más bien praxis, en los que las dos disciplinas confluyen. No constituyen reconsideraciones teóricas sobre su relación, sino que son uniones pragmáticas en la que una se ve beneficiada de los datos, el método, o la discursividad de la otra, y son sin embargo imprescindibles para completar el panorama de su vínculo.

Los antropólogos han visto en la obra literaria una buena fuente de datos etnográficos, pero, hay que decirlo, sólo recurren a ella ante la imposibilidad de recoger mediante trabajo de campo los datos que aporta. Precisamente por esto, la literatura que para este fin los antropólogos usan está casi siempre bien enmarcada en un contexto histórico pasado; con muy poca frecuencia se observa que se haga uso de obras contemporáneas para analizar algún objeto de estudio presente.

El antropólogo prefiere también la literatura realista, a despecho de la fantástica o la poesía; una literatura bien definida en un período histórico y un marco regional, porque la naturaleza de los datos que busca en ella son precisamente los que dan cuenta de las expresiones socioculturales (lenguaje, costumbres, etc.), los actores sociales, la interacción con el medio y la sociedad y las interpretaciones de la realidad, pero dando muy poca importancia a la narrativa o, como dijera Amando de Miguel (1995), “separando el grano de realidad de la paja retórica”. La información que proporciona la literatura llena un vacío en aquellos casos en los que los registros oficiales no existen o son insuficientes y es especialmente útil para analizar aspectos de las culturas del pasado, pero es sobretodo fecunda en cuanto a que presenta una perspectiva más elaborada de los datos, al insertarlos en el contexto de una historia personal; es decir, no sólo aporta detalles puntuales, sino también pequeños hechos, percepciones y hasta sentimientos dando una visión más microscópica y vívida de lo que significa la cultura en la esfera íntima. Resumiendo, “en muchos casos la literatura nos ofrece información que de otro modo nos sería imposible conocer, tanto de hechos pasados, referentes históricos o míticos, como de plasmaciones de valores y costumbres, imágenes y estereotipos, referentes a una amplia gama de ámbitos sociales” (García del Villar Balón, 2005, p. 48).

La antropología también ha prestado servicio a la literatura, específicamente en la elaboración y comprensión del contexto sociocultural como parte del análisis literario. Reconociendo la literatura como un producto sociocultural, que refleja la influencia consciente o subconsciente del código cultural al cual el autor pertenece (como miembro él mismo de una sociedad particular), la antropología básicamente reconstruye el modelo de realidad global a partir del cual el autor crea la realidad particular de su obra. Si, como expresa Frigolé (1996, p.31), “la cultura es el factor más importante que media entre el autor y la obra”, la comprensión de la cultura y de la mediación son pasos certeros hacia el análisis de una creación literaria.

La más clásica de las relaciones entre antropología y literatura es la que consiste en el estudio de esta última en sociedades típicamente estudiadas por la disciplina: comunidades indígenas, rurales, apartadas, en fin, no modernas, la mayor parte de las veces sin escritura, donde la oralidad es el medio principal de transmisión y registro de una literatura casi siempre compuesta por relatos míticos, fantásticos e “históricos”, cuya autoría pertenece al colectivo y donde muy raramente irrumpen creaciones personales, consideradas más bien variaciones estéticas que producción privada. Eso que la antropología llama literatura oral es abordado desde la antropología simbólica y la investigación de la misma va casi siempre orientada a la reconstrucción de la cosmovisión que ella encierra, sus procesos de transmisión y reconfiguración y los escenarios sociales en que se pone en práctica.

En contraste, el estudio de la literatura en las sociedades modernas fue primeramente abordado por la sociología, y ha ido ganando terreno en la antropología a partir de la segunda mitad del siglo XX, bajo la denominación genérica de *antropología de la literatura*. Esta tardanza responde al hecho de que tradicionalmente la literatura de las sociedades occidentales se ha concebido en una relación menos orgánica con el resto de la cultura que en las sociedades primitivas, desconociendo en parte su carácter y función social. Una vez corregido este enfoque, la antropología comenzó a explorar las múltiples interacciones entre literatura y cultura, buscando responder preguntas como: ¿Qué factores culturales intervienen en la producción de la literatura?, ¿Qué tipo de relaciones tienen los miembros de una cultura con la literatura?, ¿Qué las determina? y

¿qué implican?, ¿Cómo influye la literatura en la creación y recreación de los valores, conceptos, modelos y perspectivas de una cultura?, ¿cómo la literatura representa la sociedad?, ¿Qué procesos intervienen en esa representación? En esta línea de investigación se inscribe este trabajo y el apartado siguiente buscará dar respuesta a las tres últimas preguntas, ahondando en los conceptos de *literatura*, *representaciones sociales* y *estereotipo* y en la relación entre ellos.

Valga decir, a modo de cierre, que muy lejos están los tiempos en que la timidez hacia el encuentro con la literatura era marca de la antropología. La migración del objeto de estudio hacia sociedades modernas, el reconocimiento de la vocación literaria de la escritura etnográfica y la necesidad de abarcar la condición humana más allá de los comportamientos, han dado a los antropólogos sociales los argumentos, la licencia y el ímpetu para ahondar en la literatura de todos los tiempos y todos los tipos en búsqueda de una verdadera relación multifacética no limitada ya por tradiciones, teorías o conceptos. No es raro entonces que en actualidad exista abundancia de investigaciones que no pueden circunscribirse a una corriente, un movimiento, un discurso, pero que tienen en la antropología y la literatura su enfoque y que enriquecen más allá de todo prejuicio el conocimiento de la condición humana, fin último del arte y las ciencias humanas.

1. CONSIDERACIONES TEÓRICAS Y METODOLÓGICA

1.1 Marco Conceptual : Representaciones, Estereotipo y Literatura

1.1.1 Representación

Representación es sin duda un término intrínsecamente difícil de definir. Usado en todas las ciencias sociales, contiene en sí mismo varios significados que van desde un instrumento, una construcción y un proceso hasta un sistema, una teoría y un conocimiento. Exceptuando la política (en la cual la representación viene a ser la forma de ejercicio gubernamental en la cual un individuo toma la voz por otros), en los demás ámbitos del conocimiento el concepto de representación se utiliza para explicar los diversos fenómenos que la aprehensión de la realidad supone para los individuos y las sociedades, abordándolos desde la confluencia de las dimensiones cognitivas y sociales de la misma.

En su acepción más simple, la representación es “una parte esencial del proceso mediante el cual se produce el sentido y se intercambia entre los miembros de una cultura” (Hall, 1997, p.2). Este proceso consiste a su vez en dos operaciones: la primera, en la cual las cosas, las personas, los eventos, los sentimientos, reales o imaginarios, se vinculan con un concepto preexistente en nuestra mente, un concepto que viene a *representar* el objeto mismo, dándole sentido. No se trata sin embargo de un concepto unitario, de una mera definición de lo percibido, sino más bien de un sistema complejo de organización, clasificación, comparación, descripción, agrupación, etc. de conceptos, lo que Stuart Hall llama “un sistema de representación” (Hall, 1997, p.3) En la segunda operación, las representaciones mentales que hicimos de los objetos se traducen en una unidad léxica, una expresión lingüística, una palabra o una imagen; esto hace posible la transmisión y el intercambio de dichos conceptos, que vienen a ser *representados* por las palabras o las imágenes. Al comprender los dos pasos mediante los cuales damos sentido a la realidad, llegamos a la conclusión de que la representación es “la producción de sentido de los conceptos en nuestras mentes mediante el lenguaje” (Hall, 1997, p.4).

Como se ve, es en el primer proceso donde la cultura tiene un papel más relevante, pues es ella misma la que configura el sistema por el cual se rigen los conceptos y sus relaciones. Además, la cultura está presente en todas las formas en que se transmiten y fijan los sistemas de representaciones, de modo tal que el mapa conceptual de una cultura es compartido por todos sus individuos, permitiendo así mismo la comunicación entre ellos, a partir de una común interpretación de la realidad; de ahí que “la cultura es a veces definida en términos de sentidos compartidos o mapas conceptuales compartidos” (Hall, 1997, p. 5).

Desde tres enfoques se ha estudiado la forma en que la representación da sentido: reflectivo, intencional y construccionista, y la diferencia entre ellos está precisamente dada por el elemento sobre el cual hacen reposar este último. En el primero, el objeto es el portador de sentido y el lenguaje actúa sólo como si pretendiera reflejar esa verdad ya fijada que no se presta para ser resignificada en términos de mediaciones cognoscitivas o sociales; en el segundo, el sentido lo porta únicamente al autor, que hace uso del lenguaje dándole un sentido privado a lo que dice: desatado de las convenciones del lenguaje, es él mismo la fuente de su significado; en el tercer enfoque el sentido no está dado, es construido mediante representación. Lo explicaremos a continuación.

Al reconocer que el sentido no es un atributo natural de las cosas, que no tienen en sí mismas un significado inmutable y autorreferido y admitiendo la incapacidad de los individuos para construir sentido por sí mismos, el enfoque construccionista recupera la vocación social del lenguaje y la esencia relativa de los conceptos, esto es, pone de manifiesto que las representaciones son necesariamente creadas en un marco cultural, histórico y social específico, porque “son los actores sociales los que usan los sistemas conceptuales de su cultura y los sistemas lingüísticos y los demás sistemas representacionales para construir sentido, para hacer del mundo algo significativo, y para comunicarse con otros, con sentido sobre este mundo” (Hall, 1997, p.10).

Dentro del mismo enfoque¹, e influido por las premisas básicas de Ferdinand de Saussure, iniciador de la semiótica, Roland Barthes comienza, en la década del 70, a aterrizar esta teoría en el estudio de la cultura. Este filósofo parte del supuesto de que toda manifestación, objeto, fenómeno, expresión o práctica cultural tiene un sentido y de que para formarlo se necesitan signos, y desde ahí asimila el funcionamiento del lenguaje a la cultura y aborda su análisis a partir de estos signos, expandiendo el concepto de las representaciones desde lo lingüístico hasta lo cultural. Pero como, naturalmente, un signo cultural ha de ser más complejo que uno lingüístico, plantea que debe descomponerse en dos niveles: el de la denotación, un nivel básico en donde el significante y el significado se unen para producir un signo con un sentido más bien claro, preciso, consensuado (por ejemplo: una mujer, un niño), y el de la connotación en donde este signo es relacionado con ideas y conceptos sociales más amplios (por ejemplo: maternidad), de modo que el primer nivel viene a ser significante del segundo que sería significado. Para Barthes, “estos significados tienen una estrecha comunicación con la cultura, el conocimiento, la historia, y es a través de ellos, por así decir, que el medio ambiente del mundo [de la cultura] invade el sistema [de las representaciones] (Barthes en Hall, 1997, p.22).

Sin embargo, a medida que se aplicó este enfoque al estudio de los fenómenos culturales, el método se fue haciendo menos estrecho y más interpretativo y con este ensanchamiento emergieron nuevas cuestiones sobre la producción e interpretación de las representaciones en la cultura; incluso Barthes migra de la cuestión más bien cerrada del significante-significado a temas más amplios como la teoría del texto. Foucault hizo lo propio cuando cambió el lenguaje por el discurso como sistema de las representaciones y, en vez de buscar el sentido, se propuso encontrar las relaciones entre poder y conocimiento.

¹ Para resumir: 1. El *signo* como unidad básica del lenguaje, compuesta por el *significante* o forma audible o visible y el *significado* o idea-concepto, siendo la relación entre ambos lo que posibilita la representación. 2. La naturaleza arbitraria del signo y su articulación a un sistema que lo define no por sí mismo sino en relación a los otros signos, a partir de criterios de clasificación que para Saussure fueron binarios, pero que luego se reconocieron mucho más complejos. 3. La división del lenguaje en lengua y habla, siendo la primera el conjunto de normas y leyes que dictan el uso del lenguaje y la segunda los actos individuales de hablar, escribir, dibujar, en fin, de expresarse.

Por el mismo tiempo, Serge Moscovici, desde la psicología social, transforma el concepto de representación colectiva acuñado por Durkheim y que hasta entonces sólo se aplicaba en el estudio de las sociedades primitivas, en representaciones sociales que son “sistemas cognitivos que tienen una lógica y un lenguaje propios, y que no son simples 'opiniones sobre', o 'imágenes de' o 'actitudes hacia', sino 'teorías' sui generis, destinadas a descubrir la realidad y su ordenación...sistemas de valores, ideas y comportamientos con la doble función de establecer un orden que dé a los individuos la posibilidad de orientarse y dominar su medio social y material, la de asegurar la comunicación del grupo, proporcionándole un código para sus intercambios y para nombrar y clasificar de manera unívoca los distintos aspectos del mundo” (García Ramírez, 1990, p.17).

Esta definición, que también comparten estudiosos de las representaciones sociales como Claudine Herzlich (1969 y 1984) en su investigación sobre las representaciones de salud y enfermedad, Denise Jodelet (1991) en sus estudios sobre la locura, y el antropólogo François Laplantine (1986 y 1989) otra vez sobre la enfermedad, resume bien el enfoque que la representación ha tenido en la antropología y se ajusta a la que se tendrá en este trabajo. En síntesis, entenderé las representaciones sociales como ideas, conceptos, imágenes en las que se condensa la relación que tenemos con elementos de la realidad, no sólo el conocimiento que hemos acumulado sobre ellos, sino también la forma en que los posicionamos dentro del sistema de valores de la cultura, y sobre todo la manera como los relacionamos con las otras representaciones, como los caracterizamos, los delimitamos y los concebimos. Las representaciones son formas simplificadas, sintéticas y prácticas en las cuales la cultura deposita el significado de un elemento real (persona, proceso, objeto, lugar, actividad, sentimiento, etc.) y lo fija en los individuos y los discursos, haciendo de ellas la base que orienta nuestros pensamientos, expresiones y comportamientos hacia ellos.

Debido a esto las representaciones no son construidas, transmitidas ni interpretadas personalmente, privada o individualmente, sino que su naturaleza es social. Dado que su principal función es dar significado a la realidad, y que dicho significado debe poderse comunicar entre los miembros de una cultura, compartir los conceptos es un requisito indispensable para desenvolverse como sujeto en una sociedad. No olvidemos tampoco

que los mecanismos de transmisión de estas representaciones son siempre sociales: la tradición, la educación oficial, los medios de comunicación, el arte, las leyes, las instituciones, y la propia experiencia, por mencionar algunos, están siempre destinados a proveer al individuo, de forma consciente o inconsciente, el conjunto de representaciones sociales aceptadas al momento.

Lo anterior no significa que el sujeto sea un agente pasivo en el proceso de la representación, un mero reservorio de conceptos, programado por los mismos para ponerse en práctica totalitaria y casi opresivamente, lo que implicaría además que las representaciones serían constantes, invariables de acuerdo al tiempo y el contexto. El individuo es parte activa en el proceso de representar, construye y reconstruye los significados, los transforma en la medida que los usa y los deja de usar, cuando los adapta a nuevos escenarios o los enriquece con experiencias, aun cuando se niega a usarlos de la forma establecida. La representación no es una mera imposición de la sociedad sobre el individuo: “la representación es un puente entre el mundo individual y social, asociado a la perspectiva de una sociedad que cambia, [...] El individuo es un sujeto activo construyendo su mundo a partir de los materiales que la sociedad le brinda” (Viveros, 1993, p.240). Ese proceso, siguiendo a Hall (1997, p.16), podríamos llamarlo *deslizamiento del sentido*.

Las representaciones sociales son dinámicas, cambian con el tiempo y varían de grupo en grupo, aún dentro de la misma cultura, de modo que diferentes culturas en diferentes momentos históricos clasifican y piensan el mundo de formas distintas; y esto tiene que ver con que las representaciones responden también a motivaciones políticas, morales, cognitivas y discursivas y, en la medida que estas cambian, las representaciones, como soporte de la visión del mundo que esos modelos necesitan construir para legitimarse, cambian también. Para lograr esto, las representaciones no se nos presentan como construcciones, sino como conceptos naturales como si la mediación que ofrecen de la realidad fuese la forma natural que ella tiene: “este proceso genera un efecto de verdad a la vez que se cuida de exponer su artificialidad, presentando tal ficción como una naturalidad que, en diversas ocasiones, ayuda a reforzar lineamientos de poder, dominancia y autoridad” (Richard, 1993, pp.11, citado en Rodríguez, 2006, pp.43).

Gracias a esa naturalidad con que las representaciones se nos revelan, constituyen también un tipo de conocimiento social, no institucionalizado, basado en el sentido común; un conocimiento que no supone más requisitos para los sujetos que el pertenecer a una cultura; un pensamiento elemental e indispensable para interpretar la realidad, para comunicarse y comportarse en medio de una sociedad, un saber fácilmente adquirible, porque los medios por los cuales se trasmite son sencillos, masivos y hasta espontáneos (el sólo aprendizaje del idioma aporta una parte significativa de las representaciones que tiene un individuo).

Este conocimiento, que puede diferenciarse de otros como el científico o el religioso, no debe confundirse sin embargo con saber empírico. No es que esté desprovisto de experiencia, es que tiene la facultad de reemplazar la existencia material de su objeto. De hecho, una de las principales características de las representaciones es su poder para evocar, para hacer presente algo ausente, para intercambiar la percepción de un objeto o persona por una abstracción sobre él o ella. A pesar de esto, la representación no está libre de —ni puede estar en contraposición a— la experiencia, sino que se relaciona con ella en tanto que la media y se ve nutrida por ella. La representación no puede substituir por completo la experiencia, porque “no existen significados ajenos a una experiencia, un ejercicio o una acción. Pensar el mundo a través de esta dicotomía equivaldría a pensar que la experiencia de conocer en persona algo o alguien es la única forma posible en que los sujetos pueden experimentar el mundo y que tal ejercicio es posible sin la mediación del sentido” (Rodríguez, 2006, pp. 42).

Ya hemos adelantado un poco acerca de las funciones de las representaciones, a saber: restituir o reemplazar simbólicamente algo ausente; describir, clasificar y explicar los fenómenos de la realidad por medio de categorías; reconocer e interpretar los objetos sociales partiendo del significado; posibilitar la comunicación, preservando los nexos entre los miembros de un grupo; conceder sentido a los actos, sirviendo de canal a las experiencias y de marco de referencia al comportamiento, a la vez que de orientación a las conductas; integrar nuevos elementos al repertorio de conocimientos, volviendo familiar lo desconocido, y mediar entre el individuo y el entorno y entre los miembros de un mismo grupo.

Una de esas funciones es de gran relevancia para este trabajo: aquella que tiene que ver con la construcción de identidades grupales. Esta construcción opera en un doble sentido: En el primero, en la medida en que una persona comparte el sistema de representaciones con otros miembros de su grupo, desarrolla una percepción de proximidad, similitud y pertenencia hacia él y al mismo tiempo una de diferenciación hacia los otros; el propio sistema de representaciones le proporciona herramientas para hacer comparaciones intergrupales que tienen como resultado la creación de una identidad a la que se reconoce adherencia. En el segundo, como consecuencia de estas comparaciones, los grupos con los cuales se han establecido diferencias, aquellos a los que no se pertenece, se clasifican como “otros”, y se les asigna una categoría; esta categoría refleja no tanto su descripción y posición dentro del sistema de representación sino sobretodo nuestra relación con ellos y la de ellos con el resto de los actores sociales susceptibles de ser representados. Estos actores sociales, convertidos en el objeto de la representación —en el elemento central al que se le da contexto, dimensión, significado y práctica—, se conocen como *estereotipos* y pueden ser entre muchos tipos: raciales (*negro, indio*), sexuales (*mujer, lesbiana, gay*), religiosos (*musulmanes, budistas, cristianos*) o etarios (*niño, adolescente, viejo*).

1.1.2 Estereotipo

El estereotipo se ha concebido como una categoría simplificada, reducida y sintética que en pro de su naturaleza operativa clasifica prejuiciosamente los sujetos, haciéndolos entrar forzosamente en modelos y prototipos. Crea así una falsa ilusión de homogeneidad, según la cual todos los miembros del grupo al que se refiere comparten cierta uniformidad que hace posible identificarlos, les asigna una posición estable y la capacidad de ser predichos sin necesidad de la experiencia. En este sentido, el estereotipo desindividualiza: el sujeto pasa a ser sólo parte de un grupo, no ya una persona, más bien un tipo. En consecuencia, se preestablece también la forma en que este debe lucir, hablar, pensar y comportarse, y de acuerdo a esta expectativa se dispone la interacción con el mismo; de ahí que se acepta que el estereotipo orienta nuestra relación con los otros y nos asiste en el manejo de situaciones inciertas.

Además de como reduccionista y esquemático, al estereotipo se le caracteriza también como inalterable; así lo reconoce el Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española al definirlo como “imagen o idea aceptada comúnmente por un grupo o sociedad con carácter inmutable” (DRAE, 2017, en línea). Que se le reconozca este atributo equivale a señalar que las creencias que el estereotipo soporta tienen la capacidad de estar fijadas y demuestra el relativo éxito con que este se nos ha presentado como unidad terminada.

A pesar de lo anterior, y si se mira más de cerca, el estereotipo no obra de manera tan simple: no constituye solo el ejercicio elemental de rotular personas, ni está únicamente motivado por la necesidad de comprender, y hasta cierto punto dominar, el entorno social. Sobre esto llama la atención Homi K. Bhabha (1994, p.95), al advertir que “el estereotipo es un modo de representación esencialmente complejo, ambivalente y contradictorio”, pues aún su función más básica, la de dotar de estabilidad aquello que nombra, concibe en sí un desacuerdo. Para este autor, el estereotipo “es un modo paradójico de representación: connota rigidez y un orden inmutable, así como desorden, degeneración y repetición demoníaca”, pero además, “vacila entre lo que siempre está 'en su lugar', ya conocido, y algo que debe ser repetido ansiosamente” (Bhabha, 1994, p.91). Según Bhabha, que presentó sus tesis sobre el estereotipo desde la teoría poscolonial, esta ambivalencia no es sólo una característica del estereotipo: es su esencia y su substrato, además de la principal estrategia de la que dispone para ser efectivo.

Podemos ver la ambivalencia en la forma como se aborda la alteridad, pues aunque el estereotipo reconoce claramente la diferencia y la plasma con vehemencia en sus categorías, al mismo tiempo la niega constantemente. La diferencia que permite el estereotipo, o más precisamente la que construye, es una diferencia limitada, restringida y condicionada que dicta cómo, cuándo y hasta dónde se puede ser distinto; es una diferencia negada porque su punto de partida, su descripción, su determinación, no parte del otro sino de sí mismo. Esta negación se expresa también en la presentación del sujeto estereotipado como una suerte de tipo degenerado con relación a otro tipo original (lo que justifica que deba estar bajo control, dominio y vigilancia); en la desindividualización antes mencionada y en el hecho de obligar al sujeto representado a definir y reacomodar

su propia identidad con base en percepciones ajenas. Así las cosas, “el estereotipo no es una simplificación por ser una falsa representación de una realidad dada. Es una simplificación porque es una forma detenida, fijada, de representación, que, al negar el juego de la diferencia (que la negación a través del Otro permite), constituye un problema para la representación del sujeto en significaciones de relaciones físicas y sociales” (Bhabha, 1994, p.100).

En definitiva, la “fijeza” del estereotipo no se refiere a una condición estática que lo haga completamente resistente al paso del tiempo y que dote de veracidad sus contenidos más allá de las transformaciones históricas y culturales de las sociedades donde se gesta, porque es precisamente la cultura a la que subyace la que determina la forma específica de negación-reconocimiento de la diferencia que el estereotipo recoge para construir tipos “fijos” de personas. Son fijos, no porque no correspondan a una cultura y un tiempo, sino porque son preconceptos que no responden (por lo menos no sin resistencia) a nuevas valoraciones de cada experiencia, sino a tradiciones de pensamiento; la comprobación empírica de las aseveraciones del estereotipo no es necesaria (y es de hecho imposible) para aceptarlas.

Debido a esto, el estereotipo se ha entendido como un elemento de carácter nocivo dentro de las representaciones y relaciones sociales; una idea que proviene de la psicología social norteamericana, que a partir de los años veinte retomó el concepto originalmente usado por el publicista Walter Lippman en su obra *Opinión Pública* y lo relacionó con otros ya reconocidamente negativos como el de prejuicio o discriminación (y por supuesto tiene con estos amplia y profunda relación, pero plantear la ecuación del estereotipo sólo en estos términos es limitar maliciosamente su enfoque condenándolo a aparecer como esencialmente perjudicial), dejando de lado el sentido primario en que Lippman lo había definido, considerándolo como una imagen que cumple una función indispensable en la sociedad: la de mediar nuestra relación con la realidad. (Amnosy y Herschberg Pierrot, 2010)

Al aceptar la incapacidad humana para conocer mediante la experiencia cada ser y la necesidad de utilizar categorías que le ayuden a comprenderlos, Lippman advierte que

la ausencia de estereotipos pondría al hombre en una situación difícil: se sentiría abrumado por la vastedad de una realidad que no puede comprender a partir de sensaciones puras que no puede asir de forma completa, libre, inmediata. Por eso, “al no tener ni el tiempo ni la posibilidad de conocerse íntimamente, cada uno advierte en el otro un rasgo que caracteriza un tipo conocido y completa el resto por medio de estereotipos que tiene en su mente: el obrero, el propietario, la maestra, el negro. De ese modo, el empleado maneja sus relaciones con el empleador, o el elector vota por un candidato que no puede conocer de cerca. Estas imágenes de nuestra mente son ficticias, no porque sean mentirosas, sino porque expresan un imaginario social” (Amossy y Herschberg Pierrot, 2001, p. 32).

1.1.3 Literatura

Quien quiera estudiar las expresiones del imaginario de una sociedad debe necesariamente remitirse al discurso social, porque, como lo dijimos al principio, toda representación, incluido el estereotipo, necesita del lenguaje para producirse e interpretarse. Cuando hablamos de *discurso social* no nos referimos a formas elaboradas de composición lingüística, sino a toda manifestación, todo acto de expresión verbal, visual o escrita que dentro de una sociedad se elabora, independientemente del lenguaje o el medio que utiliza (una pintura, una conversación, el informe noticioso, un texto científico, una canción, la publicación de una fotografía en una red social). La literatura es parte del discurso social y dentro de los estudios del estereotipo tiene una importancia especial, porque nos permite analizarlos más allá de —como lo haría la psicología social— la opinión y los comportamientos; la literatura nos permite abordar el estereotipo no desde su realidad efectiva (si es que la tiene), sino desde la forma en que son pensados, percibidos, esto es, representados.

Hoy, la dimensión social de la literatura es algo ampliamente aceptado: que la literatura es, además de creación artística, producto de la cultura, no se pone ya en tela de juicio. Sin embargo, no siempre fue así: aunque el concepto de literatura no se empleó en su forma moderna hasta el siglo XVIII, ya desde el siglo XVI venía usándose para designar un proceso de conocimiento y educación a través de la lectura; *literatura* era la facultad

de leer, como expresa Raymond Williams (1960, pp. 61): “la literatura era una categoría de uso y de condición antes que de producción”. Como resultado de esta ocupación se alcanzaba un nivel superior de saber culto que redundaba en una más elevada posición social. De ahí que en la primera parte del siglo XVIII la definición de literatura se acomodó para nombrar los medios a través de los cuales se llegaba a ese nivel: los libros, todas las categorías están contenidas, libros de ciencias, tratados de leyes, ensayos filosóficos, argumentaciones religiosas y poesías.

Parafraseando a Williams (1960, pp.63-67), la restricción de la literatura a obras de carácter creativo-imaginativo-ficcional fue un proceso posterior en el que intervinieron factores como la entrada en escena de los conceptos “gusto” y “sensibilidad”, que asociados con el de “crítica” actuaron como medios de control y delimitación de lo que la literatura debía ser y acentuaron su orientación como objeto de consumo más que de producción; por otra parte, también fue importante la reacción ante la simplificación que el capitalismo industrial imponía al uso del lenguaje y las relaciones sociales, reacción expresada en la creciente valoración de la imaginación y en la aceptación de la literatura como lugar de las cualidades humanas; por último, la formación de tradiciones literarias que promovían la creación de obras que exaltarán la identidad nacional y enaltecerán el idioma nativo. Aunque puede verse que la construcción del concepto de literatura fue una tarea de una clase social particular, en el siglo XIX comenzaron a aparecer los primeros intentos de comprender el lugar que la literatura ocupa en la sociedad.

La principal influencia en los estudios que comenzaron a relacionar sociedad y literatura provino de la teoría marxista, que la abordó mediante los términos *base* y *superestructura* respectivamente. La sociedad, vista reducidamente como la estructura económica en tanto relaciones y fuerzas de producción, se asimiló a la base material de la existencia; en dependencia de esta estaba la superestructura, entendida como el sistema de ideas, el conjunto de fenómenos políticos, religiosos, artísticos, ideológicos, que la base producía, y entre ellos se encontraban las artes y por supuesto también la literatura. Esta se consideraba como condicionada y determinada por el sistema de producción de bienes (la forma y el grado en que esta determinación se manifiesta varía para cada autor —desde Lenin a Lukács o Goldman— y de corriente —del materialismo mecánico al

histórico—, pero el principio básico de base-superestructura está presente en todos ellos); una institución social en la que este se plasma, porque debemos recordar que para los teóricos marxistas la base puede existir sin la superestructura, pero la superestructura no puede ser sin la base, que es su sustrato y que define su forma, su medio, su valor y su lenguaje.

Con todo y las muchas objeciones que a estas tesis sobre la literatura podemos hacer, lo cierto es que supusieron para ella por lo menos dos premisas que más tarde se recogerían para avalarla como espacio legítimo de la investigación social. La primera es que la literatura no es sólo un acto creativo donde la imaginación da a luz mundos ficticios, ni el resultado de un pensamiento independiente que construye realidades herméticas prescindiendo del exterior: un espacio clausurado y sin contexto que se nutre únicamente de sí mismo, lo que equivaldría a negar la dimensión social del lenguaje y a aceptar el imposible de un escritor blindado, de un sujeto ahistórico y acultural. Por el contrario, la literatura tiene un vínculo profundo con la sociedad: para afirmarla o contradecirla, para sumergirnos en o substraernos de ella, o para, en todo caso, interpretarla.

La segunda premisa es que la literatura es un elemento dinámico dentro de la sociedad, porque responde a los cambios que en esta se presentan (para los marxistas eran sólo los cambios económicos los que afectaban la literatura, pero sabemos ya que esta responde a muchas más variables); esto es, en la medida en que una sociedad cambia, la literatura asociada a ella también lo hace: la cultura de un tiempo y un lugar determinado se percibe en la literatura, en cómo esta representa, entre otras cosas, sus normas y valores, a tal punto que incluso se le reconoce como parte activa de estas transformaciones.

A pesar del beneficio de esta fractura, definir la literatura desde la ecuación simplista de base-superestructura llevó a considerarla como un simple reflejo de la sociedad. Encajándola dentro de una visión positivista en que lo real es siempre material y por tanto susceptible de ser conocido como verdad científica, a la literatura se le asignó la función de reflejar esta realidad material, pues este era el único tratamiento que su carácter

positivo le permitía. El arte, y la literatura con él, debía ser realista, y su valor y veracidad se medían superponiéndola a la realidad; la menor distancia entre su contenido (reflejo) y la realidad (lo que se refleja) indicaba una literatura verdadera; una distancia mayor, una falsa. Ya fuera que la sociedad como mundo material se considerara como objeto y la literatura reflejándolo, o como la sociedad proceso y la literatura como reflejo de sus leyes, la posibilidad de conocerla por medio de la verdad científica avalaba a la literatura como reflejo y lo que lograba con ello era “suprimir el verdadero trabajo sobre lo material —en un sentido definitivo, sobre el proceso social material— que constituye la producción de cualquier trabajo artístico. Proyectando y alienando este proceso material a un «reflejo», fue suprimido el carácter material y social de la actividad artística, del trabajo artístico que es a la vez «material» e «imaginativo» (Williams, 1960, p. 118).

Reconocer este carácter material y social de la literatura supone abandonar la noción de *reflejo* y aceptar la de *mediación*. Con ello se consigue, en primera instancia, admitir el carácter del trabajo literario no como una acción pasiva sino como un proceso activo. La mediación nos señala que es necesario admitir que para dotar de significado la realidad, la literatura tiene que interpretarla; la interpreta el autor a través del lenguaje y ambos están cultural e históricamente determinados, por lo cual un reflejo puro es inalcanzable. Decir que la mediación es la forma en que la literatura se relaciona con la realidad social, es reconocer que esa relación es un proceso que implica cambio, y que aunque este cambio podría ser erróneamente asumido como enmascaramiento o falsificación, resulta ser por el contrario un elemento positivo y un atributo esencial del proceso por el cual la sociedad se plasma en la literatura. No es una operación artificial que deliberadamente puede ser o no usada: la mediación es, como expresa Adorno, una condición inherente, “la que está en la cosa misma, no la que está entre la cosa y aquellos a quienes se aproxima. [...] cómo la sociedad se objetiva en las obras de arte” (Adorno en Gutiérrez, 1976, p.341).

La mediación es, por tanto, la actividad que hace posible la asimilación de la realidad porque la mediación construye el sentido. Como se ve, es una idea transversal en los conceptos de *representación social*, *estereotipo* y *literatura*, y por eso partimos de ellos en este estudio que tiene como objetivo estudiar la representación social del viejo en la

novela *El coronel no tiene quien le escriba* del escritor colombiano Gabriel García Márquez.

1.2 La vejez en la Antropología

La antropología, como disciplina que estudia el hombre desde la perspectiva cultural, tiene su origen en el siglo XIX en un contexto de expansión de los imperios coloniales europeos. Esto, unido al hecho de que esta ciencia naciente se planteaba teóricamente la necesidad de encontrar en la diferencia la esencia de lo humano, llevó a la antropología a enfocarse en el estudio de las sociedades “simples”, “primitivas”, que poblaban las nuevas colonias, dejando a la sociología el estudio de las sociedades “civilizadas” modernas a las que los propios antropólogos pertenecían. Las comunidades que comenzaron estudiando los antropólogos eran lejanas y exóticas, estaban geográficamente bien delimitadas, no tenían una población muy numerosa y eran en su mayoría analfabetas; su contacto con otras culturas había sido más bien escaso y sus rasgos culturales estaban bien definidos modelando lo que se conocían como *sociedades cerradas*².

Por eso, la definición de identidad con que trabajó la antropología hasta por lo menos la mitad del siglo XX estuvo basada en el criterio étnico: una identidad definida en sentido absoluto por la pertenencia a una sociedad aborígen. Cualquier otro elemento que moldeara la identidad se consideraba subordinado a este principio; las dimensiones de género, clase social o etarias se abordaron sólo como factores supeditados a la identidad étnica. Debido a esto, el tratamiento de la vejez (sobre todo en las sociedades occidentales) por parte de la antropología se dio tardíamente en comparación con otras disciplinas como la sociología o la psicología, que para entonces habían empezado a

² Este término ha sido ampliamente criticado, hasta el punto de que actualmente puede asegurarse que no existe ni ha existido una sociedad completamente cerrada, lo que es más bien una ficción antropológica, porque toda sociedad presenta, en mayor o menor grado, interacción con otras comunidades. Sin embargo el término sigue siendo útil para denotar la diferencia entre las sociedades modernas y las primitivas, sobre todo en el contexto colonial de los siglos XVII y XVIII, y más que nada para orientar la forma en que estas eran vistas por los antropólogos que las estudiaban.

teorizar al respecto. Precisamente de ellas tomaría la antropología tesis y premisas que reconfiguró aplicándoles el enfoque cultural propio de la disciplina.

Además del necesario y difícil desarraigo de una concepción identitaria predominantemente étnica, el envejecimiento de la población a nivel mundial y la problemática social que esto supuso —y sigue suponiendo— y que motivó el desarrollo de planes gubernamentales, políticas públicas, medidas asistenciales e incluso estrategias de mercado, hizo que la antropología volviera su mirada sobre el envejecimiento como fenómeno social. Lo que hay que reconocer es que no se trató de una lectura temprana o por lo menos oportuna del tema sino que la antropología llega a la vejez cuando otras ciencias habían adelantado análisis e investigaciones, e instituciones públicas y privadas habían puesto en marcha soluciones prácticas a los conflictos que ella comportaba.

De este tardío abordaje dan cuenta varias revisiones bibliográficas hechas por antropólogos norteamericanos (Clark, 1967; Keith, 1980; Cohen, 1994) que llegaron a la conclusión de que los ancianos fueron siempre informantes idóneos pero nunca —como grupo— centro de atención. De hecho, “si uno juzga a partir de los relatos antropológicos típicos, el lapso de años transcurridos entre el logro de la condición de adulto y los ritos funerarios, es, o bien un vacío etnográfico o una gran meseta monótona de comportamiento invariable” (Clark, 1967 en Cohen, 1994, pp. 137). Los etnólogos que intentaron corregir el prejuicio etnocentrista demostraron sin embargo un marcado sesgo adulto-céntrico que impidió ver la vejez en sí misma y la concibió siempre como una regresión del mundo adulto, del mismo modo que concibió la niñez y la juventud sólo como preparación para el mismo.

A pesar de lo anterior, antropólogos como Carlos Feixa, Laura Kroff y Lawrence Cohen rescatan el valor de algunas etnografías clásicas como precedentes de los estudios antropológicos sobre la vejez, pues, si bien en ninguno de ellos este fue el tema nuclear, si hubo un acercamiento tangencial a partir de la “antropología de la edad”. Su punto de partida es simple: la edad es un principio fundamental y universal de organización social, porque todas las culturas dividen el ciclo vital en períodos (edades) y estas edades determinan a su vez pautas de comportamientos, roles, normas y expectativas; pero

tanto el nombre, el contenido y el orden de estas etapas, como las prescripciones sociales que se le aparejan son diferentes en cada comunidad, con lo que queda claro que la edad es una construcción social y que está culturalmente determinada. Todo individuo experimenta cambios físicos y mentales a lo largo de su vida y las fases en que pueda dividirse la biografía son categorías básicas para clasificar personas y para ordenar relaciones al interior de las sociedades; el dualismo naturaleza-cultura, tan caro a la antropología, es sustrato de la cuestión etaria y las proposiciones de la antropología de la edad ciertamente constituyen la base sobre la que más tarde se desplegaron las primeras intervenciones de la antropología en el tema de la vejez.

Ejemplo de esto es *La Rama Dorada* (1890) de James Frazer, una recopilación de datos etnográficos a partir de los cuales se desarrolla un estudio comparativo que da cuenta, desde un enfoque evolucionista, de temas como la magia, la mitología y la religión y que también contribuyó a exponer el plano simbólico de la institución de las edades, tanto que “puede leerse como una interpretación simbólica del conflicto entre jóvenes y viejos, del papel central de la violencia intergeneracional en la fundación de toda cultura, y de la construcción de la vejez en torno a una crisis de sentido” (Feixa, 1996, pp.10).

El carácter social y simbólico de la edad queda aún más explícito en la obra de Arnold Van Gennep, quien, aplicando el método comparativo y la síntesis etnográfica, publica en 1909, su libro *Los ritos de paso*. En él, además de acuñar uno de los términos más usados en antropología, agrupa y clasifica en categorías dualistas (como directo/indirecto, animista/dinamista y simpático/de contagio) las ceremonias que marcan la transición de una a otra etapa del ciclo socio-vital humano en diferentes culturas, describiendo su naturaleza pública y su esencia simbólica, casi sagrada, cuando no abiertamente religiosa. Su verdadero aporte lo constituye el hecho de exponer la función social que la edad cumple como medio para mantener la estabilidad de la sociedad al regular los roles y con ellos las licencias y prohibiciones que se asignan a cada individuo. En este trabajo, Van Gennep esbozó también el concepto de *liminaridad* que más tarde desarrolló Turner y que hace alusión a la ambivalencia intrínseca al proceso de cambio de una edad a otra. Vale la pena revisar la utilidad que este concepto pueda tener en el estudio de las edades en la sociedad actual, donde la ambigüedad es denominador

común de la experiencia etaria. Se encuentra así mismo en este estudio el origen de términos como *grupos de edad*, *clases de edad* y *generación*, que E. E. Evans-Pritchard y A. R. Radcliffe Brown desarrollarían posteriormente.

Radcliffe Brown publicó en el volumen 29 de la Revista *Man*, en 1929, un artículo en el que intentaba precisar los términos usados en los estudios sobre la edad. Se proponía puntualmente diferenciar entre *grado de edad* y *grupo de edad*, siendo el primero un grupo de personas de la misma edad cronológica, que normalmente son iniciados al tiempo y al que se pertenecerá en adelante; y el segundo, las divisiones en que una cultura segmenta la vida de un individuo (Radcliffe-Brown, 1974). Evans-Pritchard retoma estos conceptos en su etnografía *Los Nuer* de 1940, cuando presenta el sistema de edad de esta sociedad africana. Fiel a sus principios estructural-funcionalistas cuando estudia los grupos de edad, “considera que se trata de una institución estrechamente vinculada con la organización política y la economía y no de una mera trayectoria de socialización [...] y define los grupos de edad como una institución atravesada por el mismo principio segmentario que rige la política y con la misma dinámica de fisión y fusión” (Kropff, 2009, p.176). Esto equivale a decir que existe una estructura social que genera las categorías etarias y las relaciona entre sí o que el principio de organización de una sociedad determina los grupos de edades.

La rama dorada, *Los ritos de paso*, y *Los Nuer* son algunas de las etnografías clásicas que hicieron aportes concretos a la antropología de la edad. Seguramente existen muchos otros datos, hipótesis y análisis concernientes al tema en etnografías que pretendieron retratar de manera holística comunidades primitivas, pero no fue hasta 1928 que se realizó una etnografía sobre un grupo de edad específico. Lo hizo Margaret Mead en *Adolescencia, sexo y cultura en Samoa*, un retrato detallado de la vida adolescente en el que se analizan aspectos como las relaciones de parentesco e intergeneracionales, la participación en la vida productiva, los patrones del carácter, la iniciación sexual, las actividades de ocio, la diferenciación de acuerdo al género y la posición social, los roles, normas, entre otras, para dar luz sobre el significado de la adolescencia en este archipiélago del Pacífico Sur, pero con el propósito final de compararla con la forma como esta es concebida en la sociedad norteamericana.

Resaltando el contraste entre ambas culturas, Mead lleva a cabo una crítica relativista a los universales psicológicos que plantean que existen generalidades en la conducta adolescente derivadas de los cambios biológicos que se experimentan en esta etapa, argumento que esta antropóloga derriba al advertir que los adolescentes samoanos viven de forma ampliamente contraria a los norteamericanos y que es la cultura el factor determinante de estas diferencias. Además de aportar a la pregunta sobre cómo interactúan naturaleza y cultura en la definición social de las edades, Mead da un paso adelante al explorar la edad como factor diacrítico de la identidad y articularla con la identidad étnica.

Los jóvenes también fueron objeto de estudio de la antropología, sobretodo en ámbitos urbanos. Tres etnografías se publicaron sobre ellos antes que viera la luz la primera sobre ancianos.

The Middeltown (1929), de Robert y Helen Lynd, es una etnografía holística de la ciudad norteamericana que lleva el mismo nombre, y en la que se dedica una parte importante a describir los aspectos formales e informales de la cultura en la escuela secundaria, señalando cómo esta institución académica se había convertido en el centro social y principal elemento de producción y cohesión cultural para la generación más reciente de jóvenes americanos. Se advertía así que las divisiones etarias eran un factor más relevante que el género o la clase social en la cultura estadounidense, lo que abrió una amplia brecha entre jóvenes y adultos y contribuyó a la formación de una subcultura “joven” en este país. Del mismo año es *The Gang*, de Frederik Trasher, una investigación sobre las bandas juveniles que emergían en Chicago a principios del siglo XX, de la que se puede rescatar haber superado “las connotaciones desviacionistas y patológicas (predominantes en la criminología de la época) y subrayar los elementos de solidaridad interna, vinculación a un territorio y constitución de una tradición cultural distintiva como ejes de agrupación en bandas” (Feixa, 1994, pp.140). Sobre estas bandas se escribió también, en 1943, *Street Corner Society*; su autor, William Foote Whyte, pretendió demostrar la falsedad de la naturaleza delincuencial atribuida a los jóvenes pertenecientes a las bandas corners-boys y college-boys, así como la supuesta

desorganización intrínseca a los barrios pobres de italianos inmigrantes, calificándolas como visiones prejuiciosas y justificaciones de organismos de asistencia social.

Precisamente a estos organismos era conferido el cubrimiento de las demandas sociales de los ancianos ya en la década de los cuarenta y sus decisiones se orientaban de acuerdo a lo señalado por la gerontología, una ciencia aplicada y multidisciplinar que fusionaba enfoques humanistas y sanitarios y que pese a su aparición reciente hizo eco en el medio académico que durante esta década institucionalizó su interés por la vejez, demostrándolo con un aumento sustancial de publicaciones especializadas en el tema, la realización de numerosos congresos y la inauguración de varias sociedades gerontológicas nacionales, así como de cátedras universitarias al respecto, sobre todo en los pregrados de psicología, sociología y medicina. Para la época (década de los 40 y principios de los 50), la gerontología abordaba la vejez desde una óptima biomédica, enfocada en el detrimento de las funciones físicas y mentales, al que poco a poco se habían agregado los factores psicológicos. Era así mismo cada vez más notable el desprestigio social de los ancianos y la disminución de su status en la sociedad moderna. Y precisamente en este contexto académico y social se publicó la primera obra antropológica sobre vejez.

The role of age in the primitive society (1945), de Leo Simmons, es una recopilación de datos etnográficos extraídos de la *Human Relation Area Files* sobre los diferentes aspectos de la vida de los ancianos y de la concepción global de la vejez en 71 sociedades primitiva en las cuales, según el autor, las personas de mayor edad realizan actividades importantes en el sistema productivo y de transmisión de saberes, razón por la cual conservan su posición social y sus derechos políticos y de propiedad, y reciben buen trato. La intención final de este estudio fue demostrar cómo la modernidad y el status social de los viejos se encuentra en relación inversamente proporcional, al observar que “tanto el bienestar económico y social de las personas mayores en las sociedades industriales/urbanas son bajos e inseguros, y en las sociedades primitivas (pre-modernas) el bienestar y el status de las personas de edad son relativamente altos y seguros” (Bravo Almonacid, 2014, p.5).

Las premisas del trabajo de Simmons son la médula de la *Teoría de la modernización*, un modelo que brinda explicación para el problema del envejecimiento en las sociedades industrializadas a partir de una perspectiva temporal, casi evolucionista, que presenta el grado de modernización como variable determinante del valor social de la vejez. Según los defensores de esta propuesta, varios factores habían contribuido a invertir la posición social de los ancianos, de alta, en sociedades primitivas, a baja, en sociedades modernas.

En primer lugar, el avance de la medicina en temas preventivos (vacunas, higiene), curativos y en el manejo de enfermedades crónicas y la institucionalización y el fácil acceso a los sistemas de salud, redundaron en un incremento sustancial de la esperanza de vida; el ciclo vital se prolongó para buena parte de la población, lo que condujo a un aumento en la proporción de personas mayores. En segundo lugar, debe tenerse en cuenta el cambio en el sistema de producción de uno doméstico y artesanal (recolección, caza, agricultura) a uno industrial y tecnológico (empresa), lo que significa la desaparición de la transmisión intergeneracional de saberes y la exclusión de los ancianos de las actividades productivas. El tercer factor es la urbanización, que trae consigo el cambio de familia extensa a nuclear, rompe la continuidad geográfica de las comunidades y obliga al desplazamiento para casi cualquier actividad. Finalmente, debe considerarse el sistema educativo institucionalizado, generalista, mucho más largo y con menos vocación práctica, en el que la instrucción se delega a terceros; los jóvenes saben más que los adultos y sus conocimientos son diferentes, lo que crea una brecha moral e intelectual entre jóvenes y ancianos.

Intentando explicar más detalladamente las causas y consecuencias de estos cambios en la vida de los ancianos, durante la década del 60 y a partir de los postulados básicos de la teoría antes descrita se presentaron la *Teoría de la desconexión* y la *Teoría del vaciado de roles*.

La *Teoría de la desconexión*, llamada también teoría de la desvinculación, del retraimiento o de la adaptación social, fue desarrollada por Elaine Cumming y William Henry en 1960 y 1961, a partir del estudio de 211 personas residentes en Kansas, con

edades entre los 50 y los 90 años. Es una propuesta que aborda tanto los factores sociales como psicológicos del comportamiento humano en la vejez y plantea que a partir de los 60 años las personas comienzan un proceso de distanciamiento de los espacios familiares, sociales y laborales que va intensificándose a medida que aumenta la edad y la perspectiva de la muerte es más cercana. Esta retirada es un proceso gradual, que no se deriva sólo de la imposibilidad física de llevar a cabo actividades que supongan interacción, sino también de una posición moral —más o menos consciente— frente a la vida, que comporta la reducción del número y la variedad de roles que el individuo desempeñaba así como al debilitamiento de los que retiene. La desconexión es un proceso mutuo de la sociedad y el individuo, en el que la primera renuncia a su control normativo sobre el segundo, eximiéndolo de las demandas económicas, familiares, sexuales, etc. que antes se le hacía. Tiene una ventaja funcional pues sirve como preparación para la muerte haciendo de esta un evento menos traumático tanto para el anciano como para su círculo social cercano, a la vez que permite que los roles de los que se separa el anciano sean llenados por personas más jóvenes en un pacífico proceso de relevo generacional.

Como complemento de esta teoría se encuentra la *Teoría del vaciado de roles* de Burges (1961), según la cual a partir de la jubilación les son quitados a los ancianos los roles que les fueron asignados a lo largo de la vida, en lo que se describe como un proceso de des-socialización inverso al de socialización que se da en la niñez. Para este autor, una adaptación positiva a la vejez se mide en término de cuantos roles han sido “vaciados” y con cuánta facilidad se ha llevado a cabo este vaciamiento, en lo que no se trataría, por tanto, de una transición social dificultosa sino de un proceso satisfactorio en que el que el individuo experimenta sensación de libertad derivada de una supuesta regresión de las demandas sociales.

Como contrapunto a estas dos teorías, Robert J. Havighurst presentó en 1961 la *Teoría de la actividad*. En ella plantea que el nivel de actividad determina el grado de satisfacción y el nivel de adaptación en la vejez. Un envejecimiento satisfactorio consistiría en mantener las actitudes y las actividades que se tenían en la edad adulta, dejando claro que no debe existir un patrón cultural que dicte un abandono de roles o un cambio de

normas o valores al llegar a la vejez. Havighurst invierte la relación actividad-adaptación al señalar que es la pérdida de roles e interacciones sociales la causa de la inadaptación de los viejos, y que “el bienestar del individuo y la sociedad deberá ser resuelto a través de la intensificación de otros roles ya existentes o con la creación de nuevos roles capaces de proporcionar un suficiente nivel de actividad que permita al individuo ajustarse a su nueva situación sin que ello signifique consecuencias negativas para su conducta” (Aranibar, 2001, p.16).

Estas primeras teorías tienen como denominador común un enfoque conductista y funcionalista que definió la vejez en términos de adaptación/inadaptación a las normas, pautas y expectativas de la sociedad, priorizando la relación con la familia y el trabajo. Sin embargo, su falencia principal está en ser teorías simplistas que no consideraron las diferencias internas entre ancianos, desestimando aspectos como el género, la clase social, el origen étnico, las culturas nacionales, entre otros, lo que dio como resultado una visión homogénea de los ancianos que al tener, directa o indirectamente, el grado de modernización como único factor de variación, naturalizó las condiciones y la situación particular de la vejez en la sociedad moderna occidental (sobre todo en la norteamericana) y las presentó como propiedades universales de esta etapa de la vida. De esto dieron cuenta etnografías como *The Chagga and Meru of Tanzania* (1977) de Sally Moore, un trabajo que cuestiona que todos los ancianos de las sociedades primitivas gocen de prestigio y demuestra que eso depende más bien de la posición social que hayan ocupado a lo largo de su vida, así como el estudio de Mackain (1972) que expone cómo el sistema de pensiones de la URSS convirtió a los ancianos en sujetos valorados dentro de sus entornos familiares.

Paralelamente, al desarrollo de estas teorías se introdujo un cambio de enfoque que proponía pasar de conceptualizar la vejez como categoría de edad para abordarla como grupo social. Con la intención de explicar el advenimiento de instituciones exclusivas para la residencia o la recreación de adultos mayores, como los hogares y clubes geriátricos y los centros de jubilados, y la creciente concentración de ancianos en áreas geográficas delimitadas como el sur de La Florida, Carolina del Sur o California, Arnold

Rose esbozó en 1964 la *Teoría de la subcultura*, que fue más bien una clarificación conceptual sobre el surgimiento de una microsociedad anciana.

Para Rose, los adultos mayores, especialmente los que han alcanzado los 65 años, comparten circunstancias como la pérdida de seres queridos, el vivir en soledad, el retiro laboral, la salud disminuida y el aumento del tiempo libre, además de intereses culturales y valores sociales, que unidos a la confluencia en determinados espacios comunes y a su exclusión de varios escenarios sociales, conducen a la formación de una comunidad basada en la edad, cohesionada por parámetros de afinidad positiva, en la que sus miembros comparten más entre sí que con personas de otras edades. Es la subcultura de la vejez, fenómeno típico de las sociedades avanzadas, en las que la edad configura nuevas identidades sociales, definiendo y dirigiendo la conducta de sus miembros. Apoyando esta teoría se realizaron varias etnografías, la más famosa de ella *Fun City* (1974), de Jacobs, un estudio de una comunidad de unas 6.000 personas mayores de 50 años en California que han desarrollado sus propias formas de organización y rituales.

A pesar de haber sido presentada en la década de los 60, esta teoría siguió siendo y aún es una de las más explotadas en la antropología de la vejez. Son numerosos los estudios que pretenden perfilar la subcultura de la vejez en sus regiones (por ejemplo, Joseph Fericgla en *Envejecer en antropología* [2002], donde describe lo que él llama los parámetros básicos de la cultura de la ancianidad en Cataluña) y otras que tienen como población de estudio los residentes de un hogar geriátrico. La escuela de Birmingham, por su parte, retomaría el concepto central de la teoría entendiendo las subculturas en el marco de una matriz determinante de experiencias y condiciones que moldea la vida como un todo.

Con todo, el peligro siguió siendo presentar una visión homogénea de la vejez. Aunque esta vez el análisis se enfocó en el nivel microsociedad de las comunidades de ancianos y se incorporó la variante cultural como explicación de la conducta, relacionándola además con los factores psicobiológicos y sociales, el concebir la vejez como una subcultura hizo que los antropólogos pusieran más atención a las generalidades que autorizaban esta

división que a las diferencias (de género, etnia o clase social) que se presentaban al interior de este subgrupo.

Este desacierto, que como hemos visto es una constante de los estudios sociales de la vejez, comenzó a corregirse en cierta medida a finales de los ochenta a partir de la teoría conocida como *Gerontología Crítica* o *Teoría de la dependencia estructurada*. En un contexto en el que las crisis económica ponía en duda el estado de bienestar, principal fuente de las prerrogativas socio-económicas para los ancianos en la sociedad moderna, esta teoría migra de manera radical la visión de la vejez del individuo a la estructura social, en un sentido que recuerda, y hasta cierto grado recupera, los fundamentos de escuela estructural-funcionalista en antropología. Partiendo de la economía política, esta teoría define la vejez como una construcción social y no como un fenómeno psicobiológico, dando por sentado que son sólo las condiciones sociales, económicas y políticas (la estructura social) las que determinan la forma en que se da la vejez en una sociedad particular, según la premisa de que “La vejez no será sino lo que quiera que sea aquella sociedad que la crea” (Pérez Ortiz, 1997, p. 97). Aplicada al capitalismo, el bajo nivel social de los ancianos es producto de la división del trabajo y de las políticas sociales asistenciales que imponen el abandono obligado de roles y refuerzan los estereotipos negativos siendo el mayor de ellos la dependencia.

Es cierto que esta perspectiva teórica comporta cierto carácter determinista al excluir cualquier intento de intervención libre, individual o colectiva, lo que conlleva una visión pasiva de los sujetos que elimina su capacidad de reacción y decisión ante los condicionantes estructurales que lo afectan como factor influyente para configurar la visión y la vivencia de la vejez en una sociedad particular. A pesar de esto, el resaltar que la vejez es una construcción social que depende de elementos como la economía y la política significó salir del dualismo “primitivo-moderno” como eje del análisis del envejecimiento y supuso al tiempo la apertura a una diversificación de la vejez en virtud de la diversificación social.

De hecho, son dos de las actuales representantes de la corriente teórica antes mencionada las que comenzaron a introducir la perspectiva de género en los estudios

gerontoantropológicos. Sara Arber y Jyn Ginn, en *Relación entre género y envejecimiento* (1996), llenan el vacío bibliográfico sobre el tema planteando por ejemplo que “el envejecimiento poblacional es un fenómeno dominado por mujeres y que la teoría sociológica ha pasado por alto las relaciones entre género y edad” (Ramos Bonilla, 2013, p. 5), y que “Es preciso considerar el género como base fundamental de la organización social, en la definición del status de las mujeres y los hombres al envejecer, de sus relaciones de poder y su bienestar” (Giménez López, 2001, p.173). Las mismas autoras, en 2003, reflexionan sobre la masculinidad en la vejez y su supuesta ventaja social al tiempo que incorporan consideraciones sobre la sexualidad desde el género en la vejez y las relaciones homosexuales en la misma.

De esta teoría se deriva también el estudio de las representaciones sociales de la vejez. Así como se asume que la economía y la política configuran una forma de vejez particular en cada sociedad, se reconoce también que el lenguaje, las artes, la tradición oral y las demás formas del discurso social dan cuenta de esas particularidades culturales. La etnografía de M. Lock (1993) sobre las mitologías de la menopausia en Japón y Norteamérica y el estudio de Cohen (1994) acerca de la senilidad en la India, centrado en la constitución de las personas ancianas en torno a la percepción del cuerpo como metáfora de los valores centrales en la cultura de la India, son ejemplos valiosos de la investigación de las imágenes sociales de la vejez en diferentes culturas.

Otra teoría vino a profundizar el interés de la antropología, y de las ciencias sociales en general por la diversidad de formas en que se vive la vejez; como complemento a la *Gerontología Crítica*, que ubicaba la fuente de diferenciación en la estructura social, la *Teoría del ciclo vital* o *Teoría del curso de vida* la sitúa en el plano personal. Este enfoque teórico-metodológico, que tuvo sus principales influencias en los estudios sobre generaciones y cohortes (Manheim, 1928), en los análisis sobre *lifespam* que permitieron superar la idea de un desarrollo lineal y universal de los individuos (Erikson, 1958), y en la teoría de la estratificación de edades que introdujo el término y la aplicación de las historias de vida (Riley, 1972), trata a la vejez como una etapa más del ciclo vital descartando que esta conlleve necesariamente una ruptura temporal o el ingreso a una

etapa terminal, sino pensándola en una constante interacción con las otras etapas de la vida.

De acuerdo con lo anterior, la posición y las circunstancias de una persona anciana dependen de los acontecimientos, decisiones y conductas en etapas anteriores de la vida, es decir, de su biografía. Esto se explica si se entiende la vejez como una conjunción de la experiencia personal y familiar unida a un correlato social e histórico. La *teoría del ciclo vital* parte de entender el envejecimiento como “un proceso compuesto por un entretrejido de complejos dinamismos que reconoce las relaciones recíprocas entre el individuo y el entorno institucional y social y recupera la historia de los individuos, sus motivos y elecciones personales y sitúa estos elementos en el centro del análisis para cuestionar los modelos estáticos y la capacidad que tiene los individuos para modificar sus comportamientos” (Bravo Almonacid, 2014, p.16).

Una de las críticas principales que se ha hecho a esta teoría es que no ofrece una explicación completa al fenómeno del envejecimiento sino que constituye más bien un enfoque metodológico, a lo cual se puede responder que al priorizar la heterogeneidad, la perspectiva individual y la vida cotidiana de los adultos mayores, pretensiones como la de construir un modelo de aplicación global quedan descartadas, más aún si se admite que la vejez, como todas las demás categorías de edad, es cada vez más flexible e inestable y los límites que la definían están ahora desdibujados, como se ve la etnografía de Myerhoff (1978) sobre el carácter ambivalente y liminar de los miembros de una residencia para ancianos judíos en Los Ángeles.

En la actualidad no hay una corriente teórica dominante en la antropología de la vejez; más bien podría decirse que se superponen varias de las anteriormente anunciadas, que, eso sí, se han ido modificando, complementando y reconfigurando para abarcar nuevos intereses. Así por lo menos concluye Paula Aranibar (2002, p.14), quien advierte que “no es posible dar con un paradigma que dé cuenta del fenómeno social de la vejez, y si bien se ha llegado a ciertos acuerdos mínimos, dentro de las ciencias sociales coexisten formas de entender, explicar y analizar la vejez como fenómeno social”.

Si hacemos un balance de los marcos teóricos con que se ha trabajado y aún se trabaja la vejez en antropología, notaremos que son eclécticos. Resumiendo a Joseph Ferigla (1992) puede decirse que desde el evolucionismo se han estudiado los cambios en la estructura familiar; las desviaciones culturales se abordaron a partir del neofuncionalismo americano; el marxismo revisado de la Escuela de Frankfurt sirvió para integrar sociedad e individuo; con el posmodernismo llegó el análisis de las representaciones sociales, y la Teoría General de Sistemas articuló fenómenos culturales con aspectos biológicos, históricos y contextuales. Otra versión de ese recorrer teórico tiene Carlos Feixa (1996, p. 328), para quien la antropología de la vejez pasó “del particularismo histórico y el estructural funcionalismo a la teoría crítica pasando por el marxismo estructural y las teorías subculturales”.

Lo cierto es que el aporte de la antropología al tema de la vejez ha sido valioso; sin él, quizás tendríamos sólo una visión psicobiológica del tema o no habríamos logrado superar las variables macrosociales a ella asociadas. La antropología ha jugado un papel protagónico en la migración de enfoques homogeneizantes a aquellos que reconocen la diferencia como un elemento con gran valor interpretativo, y proporcionó también uno de los métodos más apropiados y extensamente usados en el estudio del envejecimiento: la etnografía.

A pesar de que las representaciones sociales de y en la vejez han sido medianamente estudiadas, con predominio de aquellas que exploran los estereotipos que sobre la misma se construyen, no ha sido la literatura fuente de donde se haya extraído información al respecto, pues se han priorizado otro tipo de textos como los de los planes y políticas públicas y el discurso médico y psicológico, además de opiniones personales recogidas mediante encuesta o entrevista. Sin embargo, como veremos en el apartado siguiente, la literatura ha sido desde antaño prolífica en descripciones y reflexiones sobre la vejez y su punto de vista es singularmente valioso para antropología. En este trabajo pretendemos explorar este enfoque, analizando las representaciones sociales que sobre la vejez ofrece una obra de literatura colombiana, la novela *El Coronel no tiene quien le escriba* (1961).

2. PANORAMA DE LA VEJEZ EN LA LITERATURA COLOMBIANA

Afirma el novelista Fernando Vallejo (2010) que “la vejez es el gran tema de la literatura porque desde la vejez puede verse toda la vida humana”; argumenta el filólogo David Manjón (2014, pp.4) que “en cierta medida todas las novelas tratan de la vejez, porque una novela, al fin y al cabo, es fluir del tiempo”, y advierte el poeta Carlos Pardo (2011) que la vejez “es el gran tema de nuestra sociedad, porque en ella el hombre ya no se enfrenta a la muerte sino a una larga enfermedad”. Estos tres autores nos presentan la relevancia que psicológica, narrativa y sociológicamente tiene la vejez representada en la literatura, que además de lo anterior tiene interés como tema literario por su universalidad, conflictividad e intimidad, características que le confieren un alto valor como materia de reflexión narrativa.

Pero no se trata sólo de lo que la vejez aporta a la literatura sino también de reconocer que la literatura media la comprensión de un tema que materialmente fue siempre difícil de abordar pero que actualmente se hace mucho más espinoso. Geoffrey Gorer (1967), antropólogo británico, llama la atención acerca de que la vejez y la muerte se han convertido en el tabú del siglo XX, reemplazando la posición que antes tenía el sexo. La censura se cierne sobre la vejez, que no representa ningún beneficio moral: el viejo, como símbolo de la muerte (como la conexión más próxima que tenemos con ella), se aísla, se esconde, se hace invisible, con lo que las imágenes y la experiencia de la vejez se minimizan. La literatura viene a llenar ese vacío en contracorriente y casi como denuncia ante la tendencia a sacar los ancianos de cualquier ámbito público, de cualquier reflexión trascendente.

Adriana Mancini, acerca del lenguaje con que nos aproximamos a la senectud, comenta: “no se habla existencialmente de la vejez, sino institucionalmente. La referencia a la vejez se da en términos tales como 'tercera edad', 'retirado', 'jubilado” (2012, pp.3-4). La literatura es un último rescoldo del tratamiento humanista que la vejez reclama como elemento que da luz sobre el significado de la vida visto desde la perspectiva más desinteresada. Lo importante es resaltar que a través de las representaciones que la literatura construye podemos tratar, comprender y asimilar la vejez y sus circunstancias;

la literatura es, ante la imposibilidad de abarcar en toda su dimensión una condición como la ancianidad, una fuente de experiencia, quizás de un tipo experiencia como la descrita por Manuel de la Fuente Lombo, adalid de la exploración de la literatura como espacio de investigación antropológica, “la experiencia inasible o apenas abarcable [...] la realidad sumergida, la experiencia de la no apariencia” (1997, p. 22).

Esta experiencia literaria es única porque posee dos elementos de los que carece la experiencia material: la ficción y el manejo intencional del tiempo. La ficción abre variantes imaginativas ilimitadas, un universo de posibilidades que rompe reglas y reordena relaciones, crea realidades alternativas, mundos posibles que logran escapar de la lógica empírica y objetivista; pero sobre todo la ficción enriquece la realidad porque es esencialmente una dimensión de ella. Lo anterior cobra relevancia cuando se trata el tema de la vejez porque la sociedad ha caracterizado esta etapa como esencialmente inactiva, pasiva, vaciada de todo contenido, no es raro por eso que la literatura nos muestre ancianos realizando soñadas peripecias (como en el *Quijote* de Cervantes), rehaciendo viejas hazañas (como en *El viejo y el mar* de Hemingway), entregándose a últimas aventuras (como en *Gringo viejo* de Carlos Fuentes), o hasta desarrollando nuevos poderes (como en *Kafka en la orilla* de Haruki Murakami, 2002). Mediante la ficción que la literatura permite podemos ver al viejo desde una perspectiva diferente a aquella que lo presenta como un paciente en espera de la muerte. A su vez, el tiempo narrativo manipula el tiempo cronológico y le da sentido: la literatura maniobra el tiempo de la vejez y la ubica en una visión no necesariamente lineal. En la literatura, el tiempo se condensa y se superponen todas las etapas de la vida; la literatura nos muestra una vejez que se forja en un juego constante con el pasado, el presente y el futuro: *La última cinta de Krapp*, (Samuel Beckett, 1958), *La leche derramada* (Chico Buarque, 2011) y *Los cuadernos de Malte Laurids Brigge* (Rainer Maria Rilke, 1910), son algunos ejemplos de ello.

Otra virtud de la literatura de la vejez es que a través de la representación del anciano, del conflicto de su subjetividad, logra retratar asimismo su sociedad. Lo privado se confunde con lo público y lo íntimo con lo universal. En la caracterización del personaje, de su entorno, en su relación con los otros, se revela lo que la sociedad piensa, habla y

actúa con respecto a la vejez. No es casualidad, por tanto, que una gran parte de la literatura nos muestre un anciano en conflicto con su sociedad, con pensamientos hacia sí mismo que distan mucho de los que los demás tienen de él, con expectativas no llenadas, o realizando acciones que no complacen a quienes les rodean. El viejo en armonía con su familia, con las instituciones, con la sociedad, es casi una excepción en la literatura occidental.

Esa literatura no ha ahorrado palabras para describir la cara más turbia de la vejez. Ya en el primer documento escrito que se conoce donde se mencione la vejez, hace 2.500 años en Egipto, su autor, Pthahotep, se quejaba: “¡Qué penoso es el fin de un anciano! La vejez es la peor de las desgracias que pueda afligir a un hombre”³; Séneca, con todo y su intención de argumentar el lado positivo de la vejez, comienza su reflexión en *Cartas a Lucilio* diciendo: “a donde quiera que me muevo veo los signos de mi vejez. Había venido a mi casa de campo y me lamentaba de lo desgastado de aquel edificio ruinoso... ¿Qué me ha de suceder a mí si están tan caducas las piedras de mi edad?”⁴, Cicerón, a pesar de partir de igual deseo escribe *De Senectude* a Tito con el “deseo que tú y yo mitigemos este peso común: la inminente llegada de la vejez” (2001, p. 6), y reconoce también que “por larga que sea la vida, ningún consuelo habría podido suavizar la vejez” (2001, p.7). En *Elogio de la locura*, expresa despreocupadamente Erasmo: “Al final, llega a la gruñona vejez, edad tan molesta, no sólo para los demás, sino también para sí mismo, que ningún mortal podría soportarla...” (2011, p.85). Sartre, durante una entrevista en 1977, detalla de un modo más práctico los males que la vejez le ha causado: “dolor de piernas, problemas de presión, delirio esporádico, hemorragia ocular, pérdida de visión, deterioro de la memoria [...] mi oficio de escritor está completamente destruido. Sin embargo todavía puedo hablar” (Sartre, 1997 en Mancini, 2012, p.5).

Tal vez por eso, una buena parte de la literatura sobre la vejez nos la presenta en una tríada con la enfermedad y la muerte. Cuando se le relaciona con la enfermedad, se figura la vejez como pérdida. Esto es particularmente notorio a propósito de aquellas pérdidas que devienen en degeneración de las funciones físicas y mentales básicas

³ <https://www.jotdown.es/2018/05/ser-viejo-es-una-mierda-siempre/>

⁴ Tomado de <https://seminariofilantunc.files.wordpress.com/2013/11/seneca-lucio-anneo-cartas-filosoficas.pdf>

como el Alzheimer, toda vez que este mal es una de las principales enfermedades tratadas en la literatura de ancianos: obras como *Desarticulaciones* (Sylvia Molloy, 2010), *Ahora tocad música de baile* (Andrés Barba, 2004), *El cuaderno de Noah* (Nicholas Sparks, 1996) y *Decálogo contra el desamor* (Ilán Durán Cohen, 2004), entre más de 30 obras, hacen parte de la narrativa que aborda este tema. Ante esto, la reacción del viejo es bien de lucha -anticipadamente pérdida- por oponerse a las condiciones que la vejez le impone, bien de resignación.

Cuando asume una lucha contra la vejez, emerge un personaje en crisis conteniendo con el tiempo, el pasado y sí mismo; el viejo que lucha con la vejez trata de vivificarse en las actividades de otro tiempo o se rehúsa a renunciar a las presentes: *La vida en Sordina* (David Lodge, 2010), *Hombre lento* (J.M. Coetzee, 2005) y *Sale el espectro* (Philip Roth, 2008) son algunos ejemplos de obras que retratan esta lucha. Dentro de estas actividades, amores casuales, encuentros sexuales furtivos, perversiones hasta ahora no materializadas son materia abundante y pueden verse en relatos como *El vuelo de la reina* (Tomás Eloy Martínez, 2002), *El animal moribundo* (Philip Roth, 2002) y *La casa de las bellas durmientes* (Yasunari Kawabata, 1961). Por su parte, el viejo resignado padece los avatares de su condición y casi siempre materializado en el abandono, desprecio o abuso de sus familiares o cuidadores. Es el típico “viejo estorbo”, apenas tolerado por sus hijos o confinado a una institución geriátrica. Precisamente, en su ámbito transcurren abundantes novelas sobre la vejez y las dinámicas propias de estos lugares; libros como *La recta final* (Ricardo Becher, 2011), *Retrato de la señora Moskowicz* (Yehoshua Kenaz, 2013) o *Memento Mori* (Muriel Spark, 1959) ofrecen interesantes reflexiones sobre la vida trascurrida en un ancianato.

Como vemos, la vejez es un tema que ha estado presente en la literatura a lo largo de la historia. La frecuencia con que apareció y la forma como fue abordada en cada época dependió en gran medida de la visión particular que sobre la ancianidad la sociedad tenía, pero puede notarse un aumento sustancial del tratamiento del tema en la literatura contemporánea. En ella, el anciano no es sólo un personaje: es el centro de la reflexión. Esta se hace desde diversos enfoques, pero los aspectos humanistas, políticos y existencialistas son transversales a ella. Según David Manjón (2014, p.27), “el asunto de

la vejez en la literatura reciente no se puede adscribir exclusivamente a una tradición literaria intimista, psicologista o de la patología. Se trata, sin lugar a dudas, de un espacio de literatura política en tanto que cuestiona el sistema de cuidados vigente y la doble moral pública relativa a los afectos privados. Cuando lo familiar es representado como grotesco se da un extrañamiento que problematiza las relaciones entre los personajes y, evidentemente, da resultados literarios”.

En Colombia, sin embargo, el panorama es menos alentador: el tema de la vejez brilla por su ausencia en la literatura nacional. Una breve revisión histórica bastará para notar lo poco que este tema ha sido tratado en nuestro país, exceptuando los relatos de las sociedades precolombinas, que nos muestran los ancianos como personajes importantes dentro de su discurso social. Al ser retenedores de la memoria colectiva, archivos vivientes de una tradición oral indispensable para la configuración y trasmisión de la cultura, tenían una función social vital. En numerosos mitos y leyendas de comunidades prehispánicas los ancianos son, bien narradores, bien representaciones de figuras ancestrales con dotes divinas, personajes fundacionales de tribus y tradiciones. Confirmación de esto es que Fernando Alvarado de Tezozomoc hacia 1598, recurriera a testimonios de ancianos indígenas para narrar en su *Crónica Mexicayotl* la vida antes de la conquista y los mitos de fundación aztecas y, en términos generales, ocurrió lo mismo en incontables reconstrucciones de la memoria aborígen presente en las crónicas de Indias.

Con la llegada de los españoles empiezan los primeros registros escritos en nuestro territorio, correspondientes a las crónicas del descubrimiento, la conquista y colonización de las llamadas “indias”. En ellas se narran, además de las experiencias vividas por los conquistadores, los elementos naturales encontrados en el territorio como las plantas, el clima, las condiciones geográficas y los animales. Se registran también las poblaciones indígenas, sus costumbres, gobiernos, actividades y los acontecimientos derivados de la interacción de estos con los españoles y sus instituciones, sobretodo su dominación cultural, religiosa y política. En estas crónicas sólo existen alusiones ocasionales a la vejez, especialmente cuando se hacen recuentos demográficos o cuando el personaje anciano revistió cierta importancia, como era el caso de ciertos gobernantes -sacerdotes

aborígenes-. Es un buen ejemplo al respecto lo escrito por el cronista Felipe Guamán Poma de Ayala cuando hacia 1615 afirma: “Sus monarcas, sus plebeyos, tanto como la gente antigua de estos reinos, vivían vidas largas y sanas, y muchos de ellos llegaban a la edad de 150 y 200 años porque tenían un régimen de vida y de nutrición muy ordenado y metódico” (Guamán Poma, 1956, vol.1, p.89).

Ya en caminos de la Independencia, en la primera mitad de siglo XIX, el romanticismo fue el sello de la creación literaria. Este movimiento artístico, originado en Europa, encontró asidero en lo que para entonces se llamó La Gran Colombia, Nueva Granada, Confederación Granadina y Estados Unidos de Colombia y fue precisamente *María* (1867) de Jorge Isaacs, la primera novela nacional, una digna representante de él. Que el romanticismo colombiano se haya interesado principalmente por temas como la exaltación de la naturaleza y el paisaje, el vínculo existencialista entre la vida y la muerte, el amor imposible, la belleza ideal y el enaltecimiento de lo nacional ya deja colegir que la aparición de la vejez en este periodo es prácticamente nula. Las referencias se limitan a una “ Pobre Viejecita” avara y quejumbrosa narrada por el poeta y fabulista Rafael Pombo en 1854; a Velásquez, un personaje de la novela *Yngermína o la Hija del Calamar* del escritor Juan José Nieto de 1844, un viejo andaluz perdido hace veinte años en la selva durante faenas de conquista junto a Colón y Ojeda, pero ya acostumbrado a la naturaleza y los nativos; y a uno que otro sacerdote, figura infaltable en las novelas colombianas de este siglo y representado casi siempre como anciano. El viejo apareció muy esporádicamente en la literatura romántica: nunca conformó un personaje principal, siempre estuvo más bien difuminado en la trama.

De los costumbristas podría esperarse que diesen más participación a la vejez. Su vocación a defender la tradición, a describir y retratar estilos de vida regionales y cotidianos, a utilizar la prosa local y rescatar costumbres, haría pensar que los viejos, parte importante de ese paisaje social autóctono de mediados y finales del siglo XIX en Colombia, serían una parte importante de estas narraciones. Sin embargo, “en los cuadros de costumbres del siglo XIX, dominados por personajes de la cotidianidad de los pueblos, tampoco los ancianos son eje de reflexión, e incluso posteriormente, cuando Carrasquilla reformuló este subgénero, [...] ni el Peralta de *En la diestra de Dios Padre*,

ni los múltiples caracteres de su obra expresaron esta condición etaria” (Monroy Zuluaga, 2009).⁵

Tampoco lo hicieron los escritores del modernismo, corriente literaria que dominó el final del siglo XIX y el principio del XX en Colombia, y que tuvo en José Asunción Silva su principal exponente. Inmersos en una sociedad en crisis, marcada por la inequidad, el subdesarrollo y conflictos sociales tan intensos que llevaron a guerras civiles, las obras modernistas fueron bien una evasión a estas realidades mediante la evocación de lugares pasados, lejanos o exóticos o una crítica puesta en escena de las mismas. Tal vez eso explica por qué la vejez quedó otra vez marginada como tema central de la narrativa, aunque ocasionalmente los ancianos aparecieron como personajes “de reparto”, ninguna reflexión política, cultural, familiar o existencial del tema fue desarrollada en este tiempo, exceptuando tal vez la que medianamente esboza el libro *Pensamientos de un viejo* escrito por Fernando González y publicado en 1916.

González, cuya obra configuraría más tarde la base del movimiento nadaísta, expone la vejez como una evolución del espíritu. Desde una perspectiva pesimista de la vida, dibuja ese viejo erudito y sobrio que puede tener cualquier edad (tenía 21 años cuando escribió este libro) pero que se encuentra entregado a los dilemas existenciales, casi nunca resueltos a favor de la vida. Se alude entonces a un ser triste y desengañado, ahogado en recuerdos que agudizan un profundo sentimiento de pérdida. Pensada así, la vejez de Fernando González está en armonía con las representaciones que de ella la literatura universal ha hecho, lo que se hace más explícito en su poema “Vejez” (1997, p.566) cuando dice: “Triste equivale a viejo: inútilmente pasan las horas; metal sin eco, campana rota, vaso con fisura es el cuerpo del viejo”.

Desde mediados del siglo XX hasta hoy, el panorama de la literatura nacional se abre, hay una manifestación heterogénea de corrientes literarias, aparentemente sin tendencias de dominación ninguna. Los escritores colombianos, más libres para escribir

⁵ Hay que resaltar, sin embargo, que el último capítulo de *La Marquesa de Yolombó* muestra una vieja empobrecida y madura en capacidad de relativizar las locuras, ilusiones y delirios nobiliarios de su juventud. El texto muestra por tanto, la influencia que la vejez tiene sobre aspectos como la personalidad, la percepción de la realidad y la memoria.

sobre y como querían se agruparon en tendencias como el nadaísmo, el neorrealismo, el realismo mágico y hasta la literatura siccaresca. Esta libertad y diversidad son tal vez el motivo por el cual las novelas sobre la vejez hacen su aparición recién en esta época. A *El Coronel no tiene quien le escriba*, publicada por Gabriel García Márquez en 1961, le sucedieron varias novelas y algunos cuentos que ponen el anciano en primer plano. Del mismo autor son *Un Señor muy viejo con unas alas enormes* (1968), *La increíble y triste historia de la cándida Eréndira y su abuela desalmada* (1972) y *Memoria de mis putas tristes* (2004); de Germán Espinosa, “La alcoba” (1965); *Para antes del olvido* (1987) de Tomás González; *Cantata para el final de los tiempos* (1996) de César Pérez Pinzón; *Asuntos de un Hidalgo Disoluto* (1994) de Héctor Abad Faciolince; *Salmo de Kaplan* (2005) de Marco Schwartz, y *El don de vida* (2010) de Fernando Vallejo.

Una breve reseña de estas obras servirá para hacernos un panorama general de la forma en la que literatura colombiana ha abordado la vejez. Los libros de Gabriel García Márquez se tratarán al final, por ser precisamente una obra de este autor la que se estudiará para un análisis más profundo del tema.

“La alcoba” es un cuento que recuerda que la vejez no es atributo exclusivamente humano. “olfateó aroma de cosas viejas, empapadas en tiempo y recuerdos infelices” (Espinosa, 2004, p.167), se lee en unas líneas del relato que advierten, además, que quien envejece no lo hace solo sino con todo lo que le rodea. Se expone una visión de la dimensión material de la vejez, que casi siempre es abordada desde la enfermedad o la pobreza. El protagonista de este relato es un hombre viejo, atado a su casa vieja, porque ella es su pasado, su recuerdo y su memoria.

Para antes del olvido es una novela que tiene como protagonistas dos ancianos unidos por un romántico amor adolescente, que un beso y más de sesenta años después sigue siendo el sentimiento más intenso de sus vidas. La narración transcurre entre las seis décadas en que Alfonso busca aventuras mientras Josefina lo espera, y la reconstrucción de la historia se hace posible a partir de los diarios del primero y la memoria de la segunda. El verdadero aporte de esta novela al tema de la vejez es enfatizar la fuerza de los recuerdos en esta etapa de la vida, un recurso de los viejos para aferrarse a ella;

deja entrever también, en su cronología no lineal pero meticulosamente planeada, que la vejez, como los recuerdos, no está hecha sólo de pasado.

En *Asuntos de un hidalgo disoluto* la vejez es abordada, como en muchas otras novelas de este tema, a través de la memoria y el recuerdo. Un anciano millonario va contando su pasado en episodios desordenados a su joven amante y secretaria, sin aspiraciones existenciales, con escasa nostalgia y algo de indiferencia. Es interesante que el personaje de esta novela no se dibuja, a pesar de sus 70 años, en ningún nivel de degradación mental, social o económica, ni esconde sus defectos morales, que lo describen como un viejo brusco y algo amargado, en ocasiones indecente. El propósito de la rememoración de su historia no es otro que el comprender la contradicción que ha sido el sello de su personalidad por siempre, pues él es a la vez hidalgo y disoluto. Esta novela nos muestra una ventaja de la vejez: la conjunción de abundancia de recuerdos y templanza de carácter que ayudan a afrontar, de una vez por todas y con cierta autoridad, las contradicciones irremediables de nuestro ser.

En *Cantata para el final de los tiempos* la dimensión familiar del viejo cobra la importancia que normalmente tiene en la vida real, ya que su personaje principal, un anciano llamado Fabián Cabral, será llevado contra su voluntad a un “hogar geriátrico”. Para evadirse mentalmente de tal suerte, escribe la crónica de un fraile del siglo XV, ficción que es su única fuente de satisfacción y a través de la cual descubre la esencia perversa del ser humano. Esta novela tiene la virtud de exponer los aspectos sociales del conflicto que la vejez representa, y posee ese tinte de denuncia política tan frecuente en otras novelas sobre el tema. Además, logra hacer de la vejez el pivote de una profunda reflexión sobre la condición humana, igual de trágica cuando se enfoca en un hombre que cuando se expande a una época: “Fabián Cabral es un anciano nostálgico que carga con el peso de la historia personal y del ser humano, y que encara con la seriedad de quien está cerca de la muerte, el sino de una vida malograda” (Monroy Zuluaga, 2009).

El salmo de Kaplan es la historia de un anciano rebelado contra la vejez, que se entrega a una ridícula aventura policiaca como última medida para redimirse, lo que ha hecho que lo describan a menudo como un Quijote. Judío prestante de una ciudad caribeña, se

ve en su vejez venido a menos y encuentra en los noticieros distracción y alivio para la frustración que el peso de los años le provoca. Buscando el reconocimiento de otros tiempos, resuelto a demostrar que su capacidad no se ha perdido, emprende la búsqueda de enemigos antisemitas para desmontar el plan de destrucción de su pueblo. Esta novela es una visión desgarradora de lo difícil que es para el hombre rendirse ante la vejez y aceptar las circunstancias que esta le impone; es una novela sobre la necesidad de recurrir a la ficción para reformular la realidad y la imagen de sí mismo, sobre la función de la imaginación y la fantasía en la senectud.

El don de la vida es, según su autor “un tratadito sobre la vejez y sus miserias” (Vallejo, 2016, p.5). Dos ancianos sentados en un famoso y decadente parque de la ciudad de Medellín repasan recuerdos al tiempo que se despachan en críticas y reproches sobre muchas de las cosas que han formado sus vidas, y se lamentan de que aquellas pocas que valían la pena han sido destruidas o están seriamente amenazadas por el paso del tiempo. En esta novela se confunden la vejez, la muerte y el tiempo, que según el autor son una misma cosa, separadamente únicamente en el lenguaje. En este sentido, la vejez es una muerte anticipada, pero ofrece al mismo tiempo la licencia de hacer, a través de la memoria, una mirada panorámica de la vida y de confirmarla como tragedia.

Gabriel García Márquez es sin lugar a dudas, el escritor colombiano que más ha incorporado en su obra personajes ancianos como protagonistas.

En *La hojarasca* (1955), un viejo Aureliano Buendía, patriarca de la familia, siente la obligación moral de enterrar, contra la voluntad de todos, el personaje más odiado del pueblo. A esta difícil tarea lo acompañan su hija y su nieto, que narrará después cómo esta experiencia lo lleva a pensar en lo maravilloso y misterioso de la muerte.

Hay varios ancianos en *Cien años de soledad* (1967) Úrsula Iguarán llega a los ciento veinte años ciega y con demencia senil, pero así y todo se las ha arreglado para ser el pilar de su familia durante seis generaciones; José Arcadio Buendía, cuya memoria es voluble, permanece atado en el patio a un árbol de castaño a causa de su locura y sus interminables elucubraciones sobre proyectos pasados y futuros, de los que otro

anciano, Melquíades, es cómplice. Melquíades, un gitano de vejez eterna que visita Macondo por temporadas llevando los más recientes y estafalarios inventos en ciencia y cultura, regresó de la muerte en los pantanos de Asia, porque no soportaba la soledad; haciendo uso de su amplio conocimiento en artes más bien esotéricas preparó el brebaje que hizo recobrar la memoria al pueblo, escribió también los manuscritos que revelaban el destino de la familia. El coronel Aureliano Buendía, hijo segundo de la familia, muere de viejo, en la soledad y sin memoria, comprobando que no pudo amar a lo largo de su vida.

En *La increíble y triste historia de la cándida Eréndira y su abuela desalmada* (1972), el autor muestra el lado más oscuro de la vejez, encarnado en una anciana que descarga la frustración de no tener la prestancia de otros años, obligando a su inocente nieta adolescente a prostituirse. Haciendo uso de la reverencia que en la sociedad su edad le confiere, recurre a numerosas autoridades para recuperar a su nieta cada vez que esta escapa.

En *El otoño del patriarca* (1975) es otro anciano el protagonista, un viejo dictador que ha gobernado por cien años, y a través de sus recuerdos relata de forma más bien cíclica las peripecias que lo han mantenido en el poder. La agonía y soledad de sus últimos años son el único punto de quiebre de un personaje obstinado por vivir en presente.

Florentino Ariza y Fermina Daza, logran en *El amor en los tiempos del cólera* (1985), sólo después de 53 años y siendo ya ancianos, consumir un amor en pausa durante una vida, demostrando que para el amor, la vejez es, a veces, el mejor de los tiempos.

En estos libros, como dijimos, los ancianos son protagonistas. Hay, sin embargo, del mismo autor, dos novelas y un cuento en que la vejez no es sólo un atributo del personaje o su cualidad en un momento dado, sino su condición, su esencia. En estos relatos la vejez es el núcleo, lo que posibilita y da sentido a todo lo que dice, hace o le pasa al personaje. Se trata del relato "Un señor muy viejo con unas alas enormes" (1968) y de las novelas *El coronel no tiene quien le escriba* (1961) y *Memoria de mis putas tristes* (2004).

En el relato, un hombre muy anciano con unas alas enormes queda atascado en el barro que se ha acumulado en el patio trasero de la casa de Pelayo. Después de un examen cuidadoso y la opinión de una vecina erudita se determina que ese ser tan extraño es nada menos que un ángel. Descompuesto y evidentemente desvalido sobrevive a las recomendaciones que se hacen para deshacerse de él, porque una última reserva de moral de Pelayo le impide matarlo a golpes. A cambio de eso se le explota como exhibición circense, lo que viene a representar buena fuente de ganancias para la familia y una excusa válida para soportarlo. Cuando una atracción más estrambótica lo relega, el misterioso ser comienza una inesperada renovación física que termina por devolverle la funcionalidad a sus alas y por supuesto la libertad a su dueño.

A pesar de ser un relato de corte fantástico, no podría estar más nutrido de las circunstancias reales que rodean la vida de un anciano. Todo lo que aquí pasa es una referencia a la visión que la sociedad y la familia tienen de ellos. Comenzando por la descripción detallada y vívida de la degeneración física, del aspecto estropeado y casi putrefacto de su cuerpo que conlleva la incapacidad de realizar casi todo, pero sobre todo aquello para lo que ha vivido. Es la concepción de un anciano desvalido que para vivir debe ser necesariamente asistido. La aparición de un niño que se sana con su llegada, que contrae a tiempo con él la varicela y el hecho de que el ángel se alimente sólo de papilla son signos de esa visión circular de la vida que la contemplación de la vejez suscita y que puede hallarse también en el rejuvenecimiento que, como preparación para la muerte (una muerte que es más bien renacimiento), experimenta. El autor pone de relieve lo ajeno e indiferente que es el viejo ante el mundo, acaso por resignación, tal vez por genuino aburrimiento o quizá porque las nefastas condiciones físicas en que vive terminan por erosionar su espíritu; lo cierto es que el anciano de esta historia no se queja ni reclama por estar confinado al lugar más olvidado, inseguro y sucio de la casa, ni por las perversas intenciones de alimentarlo de restos. Este completo panorama sobre la vida senil incluye un retrato realista sobre el papel de la familia en el cuidado del anciano, que no duda en denunciar los intereses económicos que muchas veces le motivan.

Memoria de mis putas tristes es la historia de un periodista que en su cumpleaños noventa desea regalarse una noche de sexo con una adolescente virgen, que presionada por su miseria y una proxeneta experimentada accede a darle a “Mustio Collado” una última dosis de placer. Sin que esta se consume, el nonagenario se enamora y a lo largo de la relación que se prolonga por un año, el anciano recuerda su pasado y se vivifica de algún modo al encontrar el amor más allá del sexo, lo que termina dándole sentido al final de su existencia, permitiéndole enfrentar su propia vejez y aún el temor a la muerte. En esta novela, la incapacidad física de un anciano, que bien podría ser sinónimo de fracaso, termina por ser la puerta de entrada a una reflexión indispensable para todo humano y aplazada por demasiado tiempo para él: el verdadero significado del amor. Es, al tiempo, una vindicación de la capacidad y hasta la vocación del anciano para entregarse a un amor romántico e intenso, una de las mayores prohibiciones que la sociedad le impone.

De *El coronel no tiene quien le escriba* no hablaremos aún, porque la siguiente sección la dedicaremos a profundizar en esta obra.

En resumen, el tema de la vejez en la literatura Colombiana fue abordado tardíamente, pues solo hacia inicios del siglo XX se publica *Pensamientos de un viejo* y no fue hasta después de la mitad de este siglo que comenzaron a imprimirse cuentos y novelas con ancianos como personajes protagónicos; la razón de esta tardanza no está bien clara y, de acuerdo con Monroy Zuluaga (2009), “es extraño que la narrativa colombiana haya esperado tanto para profundizar en este tipo de caracteres, cuando a nivel universal ya existían algunos significativos, en diferentes géneros”. De las obras que desde entonces se han publicado puede decirse que las relaciones entre memoria, tiempo, recuerdo y pasado han sido las más exploradas. En relación a estas se han hecho novelas de amor, con visión existencialista, de aventuras y conflictos sociales, lo que demuestra que en este tema no hay corrientes, movimientos o consensos que permitan agruparlas de acuerdo al tratamiento que a él dan. Gabriel García Márquez destaca en este cuadro porque la vejez es un elemento transversal en su obra, en la que, sin embargo, ha puesto a los ancianos en las más diversas circunstancias, pero siempre en una perspectiva

realista y cotidiana que deviene en una representación particularmente fecunda para la investigación antropológica.

3. GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ Y *EL CORONEL NO TIENE QUIEN LE ESCRIBA*

3.1 El autor

Gabriel Eligio García, telegrafista atraído a Aracataca por la fiebre del banano en el primer decenio del siglo XX y Luisa Santiago Márquez, parte de una familia importante y reconocida del mismo pueblo, fueron los padres de doce hermanos. El mayor de ellos fue Gabriel José de la Concordia García Márquez, quien por presión de los padres de Santiago nació en Aracataca el 6 de marzo de 1927, a pesar de que sus progenitores vivían por entonces en Riohacha, a donde volvieron dejando el niño a cuidado de sus abuelos maternos: Tranquilina Iguarán, guajira pudiente con antepasados gallegos que se había casado con su primo hermano, Nicolás Martínez, coronel retirado, de tendencia liberal, derrotado en la Guerra de los Mil Días y dedicado por entonces a la joyería.

Hasta los nueve años habitó Gabriel García Márquez la enorme casona de sus abuelos, quienes alimentaron su insaciable curiosidad con innumerables historias que mezclaban hechos fantásticos y reales en los que la historia oficial se entretrejía con las peripecias personales de familiares y conocidos. De este período, al que el mismo autor se ha referido muchas veces como el mejor y más interesante de su vida, nace la esencia de su escritura, tanto en su particular estética como en su universo narrativo; escribe uno de sus biógrafos: “de ese abuelo heredó la obsesión por la exactitud en el recuerdo, la obsesión por la puntualidad, el sentido voraz de la realidad. Y por el lado de su abuela y sus tías, la virtud de lo sobrenatural, de esa relación con lo mítico y lo maravilloso, tan común y corriente, entre los seres nacidos en el Caribe, se nutrió la imaginación del escritor” (Tatis Guerra, 2014).

La muerte de su abuelo supuso para García Márquez el fin de una infancia maravillosa y el regreso con sus padres esta vez a Barranquilla, donde terminó la escuela primaria y comenzó la secundaria en el colegio jesuita de San José, hasta que en 1943, beneficiado por una beca, partió a Zipaquirá para terminar sus estudios en el Liceo Nacional de Varones. Allí, bajo la influencia de Carlos Martín, rector del liceo, se acercó a la poesía, especialmente al movimiento de los piedracelistas y a la obra de Rubén Darío que tendría

en él una influencia especial, tanto que en esos años publicó en el suplemento literario de *El Tiempo* un poema llamado “Canción”.

En 1947 se matriculó, por pedido de su padre, en la Universidad Nacional para estudiar Derecho, una carrera que no era de su agrado y que terminaría más tarde abandonando. De ese paso por la Universidad nacieron amistades importantes como la que sostuvo con Camilo Torres y la que mantendría por el resto de su vida con Plinio Apuleyo Mendoza. Su visión de la capital fue, sin embargo, la de un lugar lúgubre y triste, repleto de personajes apagados, sobre todo cuando la comparaba con los paisajes y las personas que veía en los diez viajes que hizo por el río Magdalena en los cuatro años que duró su paso por Zipaquirá y Bogotá, tiempo que terminó después de los acontecimientos del 9 de abril de 1948, pues la violencia desencadenada por el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán obligó a cerrar la Universidad Nacional.

De Bogotá se trasladó Cartagena con la intención de terminar sus estudios de Derecho, pero pronto los abandonó para seguir una de sus pasiones: el periodismo. Para entonces ya había publicado en el Espectador “*La Resignación*” (el primero de los cuentos de *Ojos de perro azul*), y otros cuentos más, y era redactor y columnista en el diario *El Universal* de Cartagena. Posteriormente fue a Barranquilla, ciudad donde tuvo permanente contacto con los miembros del llamado “Grupo de Barranquilla”; al lado de personajes como Germán Vargas, Álvaro Cepeda, Alfonso Fuenmayor y Alejandro Obregón descubrió autores que se convertirían más tarde en sus modelos literarios. Kafka, Joyce, Faulkner, Virginia Wolf, Hemingway, Hermann Melville, Camus, entre otros, terminaron de despertar su vocación literaria y le inspiraron para comenzar a escribir su primera novela, *La Hojarasca* (1955), tarea que alternaba con su labor como columnista en *El Heraldo*, pues el periodismo era su principal dedicación para la época y lo siguió siendo cuando en 1954 regresó a Bogotá para trabajar como crítico de cine y reportero en *El Espectador*, lo que explica que de esta profesión provenga “en buena medida su fascinación por los hechos y personajes inusitados, la visión de la realidad como una

suma de anécdotas, y las virtudes de concisión y transparencia de estilo de sus mejores libros” (Gabriel García Márquez, su vida, su historia, 2014)⁶

Para *El Espectador* precisamente escribiría el reportaje en catorce entregas sobre el naufragio de la marina de guerra Colombiana Luis Alejandro Velasco, que posteriormente se reeditaría con el nombre de *Relato de un Naufrago* (1971) y que le valió la enemistad política del que en ese tiempo era presidente, Gustavo Rojas Pinilla, hecho por el cual el diario decidió enviarlo como corresponsal a Europa. Su primera parada fue Ginebra, de allí pasó a Italia, donde además de cubrir la enfermedad del papa Pio XII y la XVI Exposición de Arte de Venecia, se matriculó en Centro Experimental de Cine para estudiar guion. Sin embargo, desertó rápidamente para ir a París, ciudad en que el amparo del periódico terminó debido al cierre del mismo y en la que tuvo que sostenerse por sus propios medios, ya que en vez de regresar a Colombia decidió aplicarse a la escritura de dos novelas, *El coronel no tiene quien le escriba* (1958) y *La mala hora* (1962).

Después de un breve paso por Alemania Oriental, Hungría y la URSS, del que saldría la serie de reportajes *Noventa días en la cortina de hierro* (1959), regresó a América. A finales de 1957 llega a Caracas, en donde su amigo Plinio Apuleyo Mendoza le había conseguido un puesto como redactor de la revista *Momentos*. Viviendo en Venezuela hace un rápido viaje a Barranquilla en donde contrae matrimonio con Mercedes Barcha Pardo, el 21 de marzo de 1958. Con ella tendría dos hijos: Rodrigo, nacido en Bogotá el 24 de agosto de 1959, y Gonzalo, que nacería en México el 16 de abril de 1962. En 1960, tras el triunfo de la Revolución Cubana, García Márquez se desempeña como corresponsal de *Prensa Latina*, la agencia de noticias oficial en Cuba y surge ahí la amistad que con Fidel Castro mantendría el resto de la su vida.

De Cuba pasa a México, en donde asume la dirección de algunas revistas, trabaja en importantes agencias de publicidad y se dedica ampliamente a la escritura de guiones para el cine de la mano de autores como Arturo Ripstein, Vicente Rojo, Luis Buñuel, Juan Rulfo y Fernando Benítez; y es que el cine fue, junto con el periodismo y la literatura, una

⁶ http://www.elcolombiano.com/historico/gabriel_garcia_marquez_su_vida_su_historia-IWEC_289212

de las grandes pasiones de Gabriel García Márquez. No solo fue uno de los columnistas cinematográficos más reputados de Colombia y América Latina: también escribió guiones y colaboró en varias ocasiones con la adaptación de sus obras a la pantalla grande, además de que fundó en 1968 la Escuela Internacional de Cine y Televisión de San Antonio de los Baños, en Cuba, un proyecto al que dedicó tiempo y dinero para la instrucción de jóvenes latinoamericanos en temas relacionados con el séptimo arte.

En 1965, durante su estadía en México, comenzó a escribir *Cien años de soledad*, dedicándose con tanta intensidad al proyecto que logró terminarlo en septiembre de 1966 y enviarlo a la editorial argentina Sudamericana, que reeditaría también sus anteriores libros. La novela, publicada el 30 de mayo de 1967, fue un éxito absoluto en críticas y ventas y le permitió al autor dedicarse de manera exclusiva a la literatura, para lo cual dejó México y se fue a Barcelona, ciudad donde concibió los libros *La increíble y triste historia de la cándida Eréndira y de su abuela desalmada* (1971) y *El otoño del patriarca* (1975). A partir de la publicación de esta última novela alternaría su residencia entre México, La Habana, París y Cartagena y en 1981 publica *Crónica de una muerte anunciada*.

En 1982 se le concede el galardón más prestigioso en el mundo de las letras, el premio Nobel de Literatura, y ya en 1972 había recibido el premio Rómulo Gallegos por su novela *Cien años de Soledad* (1967). García Márquez siguió dedicándose a la literatura y el periodismo por el resto de su vida: en 1985 publica *El amor en los tiempos del cólera*; en 1989, *El general en su laberinto*; *Doce cuentos peregrinos* en 1992; en 1996, *Noticia de un secuestro*; su autobiografía *Vivir para contarla* se publicó en 2002, y en 2004 la última de sus obras, *Memoria de mis putas tristes*. El 17 de abril de 2014, a los 87 años de edad, muere en Ciudad de México.

Gabriel García Márquez es considerado como uno de los máximos exponentes de la corriente literaria conocida como *Realismo Mágico*, que surgió a mediados del siglo pasado en Latinoamérica. Se caracterizó sobre todo por su novedoso tratamiento de la realidad y la fantasía, donde las márgenes de una y otra se desdibujan. Este estilo narrativo se enmarcó y hasta se nutrió de la historia y las tradiciones de las culturas

locales, constituyéndose como una expresión válida de la identidad latinoamericana. Así, refiriéndose a la obra de García Márquez, se afirma que el escenario donde se lleva a cabo la mayor parte de la misma, Macondo, “podría representar cualquier pueblo, o mejor, toda Hispanoamérica: a través de la narración, asistimos a su fundación, a su desarrollo, a la explotación bananera norteamericana, a las revoluciones, a las contrarrevoluciones... En suma, una síntesis novelada de la historia de las tierras latinoamericanas” (Biografía Gabriel García Márquez, 1998)⁷.

Por ello, la importancia de la obra de Gabriel García Márquez se encuentra, ante todo, en haber logrado expresar la cosmovisión latinoamericana con una retórica latinoamericana: de la cultura costeña, colombiana, latina, se formó el sustrato y el lenguaje de su obra; si se quiere, su forma y su fondo. Eso significa también reconocer el papel del discurso en la construcción de un modo particular de realidad.

3.2 La obra

El Coronel no tiene quien le escriba es la segunda novela de Gabriel García Márquez, una novela breve, estructurada en 7 capítulos, que el autor escribió durante su estadía en París entre los años 1956 y 1957. Fue publicada por primera vez en la revista *Mito*, pero su primera edición en libro se imprimió en 1961 por Aguirre Editor. De los 2000 ejemplares de su tiraje inicial, solo 800 se vendieron, pues no fue hasta después de publicada *Cien años de soledad* que se le prestó atención y “aunque se ve a veces a las obras anteriores a *Cien años de soledad* como acercamiento o tentativa de la gran novela que habría de llegar, cada vez más la crítica subraya el valor que, en sí mismos, poseen estos títulos tempranos, que no primerizos, de García Márquez, por encima de los

⁷ <http://www.mundolatino.org/cultura/garciamarquez/ggm1.htm>

elementos que los conectan con su gran novela”⁸, tanto así que fue incluida por el periódico *El Mundo* de España como una de las 100 mejores novelas del siglo XX.⁹

La obra, que está narrada en tercera persona, es decir, que tiene un narrador omnisciente o heterodiegético, se caracteriza por la simpleza de su argumento y una sobria conducción temática en la que no hay intermitencias ni desvíos, puesto que todo se ajusta al relato de la vida cotidiana del personaje. Aunque incluye algunas escenas que constituyen hechos pasados, está narrada en presente con una estructura lineal o secuencia de orden cronológico, y enmarcada en un fondo histórico-social realista que interactúa con la ambientación de un pueblo portuario vívidamente descrito (clima, vegetación, río, calles, comercio, etc.).

El lenguaje que en esta obra usa el autor puede considerarse sencillo si se compara con el de obras posteriores, pero pueden verse ya en él las particularidades de su estilo y los retos narrativos que esa simpleza supone. De acuerdo con uno de sus críticos, *El coronel no tiene quien le escriba* está “montada sobre unos aparejos literarios extremadamente simples, todo queda sujeto a la pericia del narrador para dotar al texto de unas persuasivas recetas léxicas y sintácticas y mantener constantemente en vilo al lector. Incluso se podría hablar de esa rara astucia de que se vale García Márquez en el suministro de sorpresas expresivas y en la escuela manifestación de lo aparentemente complejo” (Caballero Bonald, 2001, p. 2).

A continuación se esboza un breve resumen de la obra, que servirá como contextualización para el posterior análisis de la misma.

El coronel era un hombre anciano que había participado en la última guerra civil de su país y que esperaba desde el final de esta, hacía 56 años, las prerrogativas económicas

⁸ <https://www.coursehero.com/file/14244684/Gabriel-Garcia-Marquez-El-coronel-no-tiene-quien-le-escriba/> Sin autor o fecha referidos.

⁹ Este diario español publicó en 2001, como parte de su proyecto *Millenium* una lista de las 100 mejores novelas del siglo XX, que fueron escogidas por críticos literarios y 20.000 suscriptores del periódico. *El coronel no tiene quien le escriba* (1961) y *Crónica de una muerte anunciada* (1981) de Gabriel García Márquez, están en la lista. Para consultar la lista completa puede acudirse a <https://www.elmundo.es/elmundolibro/2001/01/13/anticuario/979503106.html>

que el gobierno se había comprometido a dar a los militares al final de la misma. Sin embargo, el incumplimiento de estas promesas y la reciente muerte de su hijo Agustín lo habían sumido a él y a su esposa en una condición económica y moral miserable que alcanzaba todos los días apremiantes manifestaciones. Como esa mañana en que, mientras cocinaba el último resto de café que le quedaba, el coronel se percató que era octubre. Se lo advirtieron no sólo la vegetación y la lluvia, sino ante todo sus intestinos que se descomponían siempre por esa época. Su esposa, por su parte, había sufrido la noche anterior una crisis de asma y apenas empezaba a recuperarse cuando el anuncio de un funeral logró sumirla en un pensamiento profundo sobre el muerto. El coronel se ocupó de llevar el gallo a la cocina, de amarrarlo, darle de comer y evitar que una impertinente pero asidua ronda de niños lo mirara hasta gastarlo, después se vistió como mejor pudo sin olvidar quejarse por el avanzado deterioro de su único paraguas y se dirigió al entierro del primer muerto natural que el pueblo tenía en muchos años.

De camino hacia la casa del difunto se mojó, pues rechazó varios ofrecimientos que le hicieron para prestarle un paraguas. Una vez llegó allí la turba fue guiándole en contra de su voluntad hasta ubicarlo directamente sobre la nariz del muerto y el barullo le envolvió hasta que, casi sin saberlo, se encontró en la calle agarrado por el brazo de don Sabas, el padrino de su hijo muerto, que lo acompañó hasta que el féretro llegó al cementerio. El cortejo funerario tuvo que desviarse por los barrios bajos, pues la declaración del estado de sitio le hacía imposible pasar frente al cuartel de policía. El cementerio acentuó la sensación de malestar del coronel que regresó con premura a su casa, evadiendo las preguntas que sobre el gallo y su salud le hacía el compadre.

A medida que avanzaba octubre, los intestinos del coronel se estropeaban y empeoraba el asma de su esposa hasta el punto de mantenerlo en vela, pero la tregua llegó un viernes en que los compañeros de su hijo, sastres como lo fue él, vinieron a examinar el gallo encontrándolo en buena condición y dando al coronel argumentos para conservarlo a pesar de que cada día era más difícil conseguir qué darle de comer. Cuando los muchachos se fueron, el coronel se vistió con el afán de los viernes y se puso a regañadientes, ante el evidente desgaste de sus zapatos viejos, los botines de charol con los que se sentía un huérfano. Iba al puerto, a esperar el correo, que esta vez llegó

en la última lancha, y persiguió hasta la oficina, con un sentimiento de ansiedad que se acercaba al terror, al funcionario que lo cargaba.

El médico del pueblo estaba en la oficina de correos a la espera de los periódicos, de modo que mientras el funcionario repartía la correspondencia en cada casilla el coronel le relató el estado de salud de su esposa. La noticia de que no había llegado de la tan esperada notificación pensional hizo sentir al coronel avergonzado y expresó con actitud infantil: “no esperaba nada yo no tengo quien me escriba” (García Márquez, 2012, p.17). Antes de volver a su casa indagó del médico la situación política nacional, y se llevó los periódicos que leyó en orden cronológico y con extremada minucia sin hallar la más mínima referencia a la pensión o los veteranos. Aun así, logró conciliar el sueño, pero una intensa fiebre le hizo tener pesadillas; hablaba entre dormido con el duque de Marlborough, un inglés disfrazado de tigre que se apareció en el campamento del coronel Aureliano Buendía y repetía sin cesar barbaridades de la guerra civil.

Los estragos de la noche resultaron en un amanecer aturdido y una falsa alarma de sus intestinos aumentó la decepción del anhelo frustrado; su esposa, en cambio, había superado la crisis y reordenó cada mueble de su casa hasta que fue sorprendida por la visita del médico. Mientras la mujer se preparaba para la revisión, el médico entregó al coronel tres hojas con información clandestina sobre la resistencia armada, y las noticias lo dejaron demolido. Una vez confirmado su buen estado de salud, la esposa del coronel se sentó a la mecedora y comenzó a cortar y zurcir la ropa inservible, convirtiéndola, casi por milagro, en prendas nuevas y coloridas que remendaban en algo las exiguas finanzas domésticas, que no sumaron en los últimos nueve meses más ingresos que los obtenidos por la venta de la máquina de conocer del hijo muerto. Los últimos cincuenta centavos que quedaron los gastaron en el maíz del gallo.

Cuando gastaron los pesos ganados en la costura, y a pesar de que octubre prolongara su tregua y la humedad se tornara en un sopor que alentó a la mujer a organizar su peinado en un ritual de tres días y a cortarle el cabello al coronel devolviéndole algunos años, la desazón volvió a reinar al percatarse de que lo único que quedaba para vender en casa eran el reloj y un cuadro antiguo. El coronel trató de consolar a su esposa con

la esperanza del correo que llegaría el próximo viernes, y ese día se dirigió al puerto y esperó la lancha mientras disertaba con el médico sobre la seguridad de los aviones, el Canal de Suez y la percepción que de América del Sur tenían en Europa. Sin terminar de llegar a la oficina del correo, el administrador le entregó los periódicos y las cartas al médico, y como respuesta al coronel exclamó: “El coronel no tiene quien le escriba” (García Márquez, 2012, p.27). Para escapar de la realidad el coronel se escondió en la sastrería donde trabajaban los amigos de Agustín, pero una vez cerraron debió hacerle frente y presentarse ante su mujer con la presentida mala noticia.

El viernes siguiente, cuando volvió a casa en iguales condiciones, la paciencia de ella terminó: “Ya hemos cumplido con esperar” (García Márquez, 2012, p. 28) dijo, y era cierto. Hacía 19 años se había promulgado la ley y con ella se había dado inicio a un proceso de justificación que duró ochos años; seis años se necesitaron después para hacerse incluir en el escalafón, y desde entonces no se tuvo ninguna noticia. El reproche de la mujer logró que el coronel se decidiera por fin a cambiar de abogado, así que al siguiente día fue a visitarlo indagándole por su proceso; el abogado, un negro gigante con aire despreocupado, se defendió pormenorizando los inconvenientes administrativos, legales y de presupuesto, pero sólo consiguió indignar al coronel, quien con ánimo inquebrantable le comunicó su decisión. Tras buscar en su desorden, el abogado halló el poder que extendió al coronel prometiéndole anular las copias, y el coronel esperó que el abogado siguiera buscando, pero, como no lo hizo, debió pedirle los documentos restantes, el más importante de ellos, la justificación. La había conseguido cuando, como tesorero de la revolución, viajó seis días con los fondos de la guerra civil amarrados en dos baúles a lomo de mula. Llegó media hora antes de la firma del tratado del final de la guerra y el propio coronel Aureliano Buendía había firmado el recibo de los fondos incluyéndolos en el inventario final. El abogado aseguró que le era imposible devolverlos pues además de insinuar que se habrían perdido en medio de la gestión burocrática, intentó persuadirlo de lo perjudicial que sería para el proceso pensional. Ninguna excusa fue válida para el coronel; una actitud determinante, hasta entonces desconocida, se iba manifestando en él: “El que espera lo poco, espera lo mucho” (García Márquez, 2012, p.32) dijo.

Sin embargo, el coronel no dejó pasar mucho tiempo antes de redactar una carta para su nuevo abogado. La esperanza de renovar el proceso les trajo a la mente recuerdos del cine y la guerra, que pronto se vieron disueltos en una lluvia que se desató y duró toda la semana. A pesar de eso, la mujer llevó flores a la tumba de su hijo, y el clima, o el cementerio, la sumió otra vez en una crisis de asma, que se dio paralelamente a la agonía visceral de su esposo y a la caída en picada de la economía. Pasando por alto la vergüenza, el coronel pidió crédito en tiendas vecinas: la carta que debía llegar el viernes era su promesa de pago. El gallo también sufrió las consecuencias, pues a mediados de noviembre pasó dos días sin maíz y logró sobrevivir gracias a un puñado de habichuelas secas guardadas hace meses y hasta entonces olvidadas.

Cuando salió de la crisis, la mujer se asombró de ver la condición de su esposo: la enfermedad y el hambre habían hecho estragos en el cuerpo del coronel, que se veía lánguido y demacrado; semejante visión bastó para pronunciar una sentencia hace rato contenida: “Sales inmediatamente de ese gallo” (García Márquez, 2012, p.36). El coronel trató de convencer a su mujer con el argumento de la memoria del muerto, pues el gallo había pertenecido a su hijo, pero ella le recordó que fue precisamente esa afición la que le costó la vida y alegó, tratando de hacerlo entrar en razón, que la situación económica hacía que alimentar el ave fuera casi pecado. El coronel salió bien librado de esta discusión: “nadie se muere en tres meses, si nos fuéramos a morir de hambre, ya nos hubiéramos muerto” (García Márquez, 2012, p. 36) dijo.

A cambio del gallo, la mujer obligó al coronel a tratar de vender el reloj; prácticamente le ordenó que lo llevara a quien fuera jefe de Agustín y le pidiera cuarenta pesos por él; ya anteriormente les había comprado la máquina de coser de su hijo y por más que la vergüenza lo invadiera, el coronel comprendió la necesidad de acudir a él nuevamente, así que se dirigió con el reloj bajo el brazo a la sastrería. Una vez allí, los muchachos lo invitaron a sentarse y con expresión solemne le entregaron la correspondencia enviada por Agustín, una hoja clandestina que el coronel guardó en el pantalón. Cuando se percataron del reloj, el coronel mintió diciendo que lo llevaba a componer, pero ante el ofrecimiento de una revisión gratuita tuvo que dejarlo examinar por uno de los sastres. Aprovechó para proponer como pago el gallo y esquivó todos los argumentos que se

expusieron a favor de que lo conservara; sólo cuando comprendieron que lo que faltaba era sustento y se ofrecieron a proporcionarlo, aceptó llevárselo nuevamente a casa y no pudo disimular ante su mujer el alivio que esto le representaba a pesar de no haber conseguido por el reloj un solo centavo.

Un mes después del cambio de abogado, el coronel se dirigió ilusionado al puerto en espera del correo, pero una lluvia torrencial lo obligó a escamparse en la oficina de don Sabas, que consistía en un cuarto repleto de artículos de montar, sacos de sal y miel con muebles forrados en telas de colores. La conversación giró primero en torno a la salud de ambos. Tras sugerirle al coronel un chequeo médico, don Sabas hizo un rosario de quejas sobre su salud, enfatizando sus restricciones alimentarias y su régimen farmacológico. Fueron interrumpidos por la mujer de este último, que musitaba reflexiones poco articuladas sobre la apariencia de la muerte y su relación con los paraguas. Luego se centraron en el gallo: Don Sabas opinaba que entrenarlo y llevarlo a faena no era trabajo para alguien en las condiciones de edad, economía y salud del coronel, y con la intención de desalentarlo por completo le ofreció la exorbitante suma de novecientos pesos por el animal.

Pensando en esto llegó a la oficina de correos, con una actitud más segura pidió la remesa que debía llegarle y no se inmutó mucho al saber que no había sucedido. De vuelta en su casa, su esposa lo recibió con una mazamorra que el gallo había proporcionado, pero tenía el pensamiento tan ocupado en la propuesta que no pudo sacarle gusto, hasta le costó no dormir esa noche. Al día siguiente acompañó a su esposa a dar el pésame a la familia del muerto a pesar de que el suceso había ocurrido hacía dos meses: la dejó en la puerta y se fue a merodear los alrededores del cine, y cuando regresó por ella se sorprendió de no encontrarla; tampoco se hallaba en la casa, pero el coronel decidió esperarla.

Cuando la mujer llegó, confesó a su esposo dónde estuvo: fue con el sacerdote para intentar obtener un préstamo sobre los anillos de matrimonio, pero no le dieron más que un regaño por pretender negociar con objetos sagrados. Hacía dos días había tratado de vender el reloj y el cuadro, pero ya nadie los quería; ahora vendían a plazos relojes en

los que se podía ver la hora en la oscuridad y el cuadro era el mismo que tenía casi todo el mundo; le confesó también que varias veces había puesto a hervir piedras para que los vecinos no sospecharan que hacía rato no tenían nada qué poner en la olla. El coronel se sintió ofendido y humillado: había cumplido con su deber y a cambio no tenía nada; se acordó de Macondo y del día en que el coronel Aureliano Buendía lo había abandonado. Comprendió que no había tenido un día de tranquilidad desde la rendición de Neerlandia y se resolvió a vender el gallo.

El día siguiente fue a la oficina de don Sabas. Tuvo que esperarlo algo más de dos horas mientras solucionaba con su capataz asuntos de animales y dinero, y durante la espera la esposa de don Sabas apareció en el cuarto para prender el ventilador y cerrar las ventanas, pero terminó compartiendo con el coronel las cavilaciones que había tenido sobre los sueños y la muerte. Don Sabas y su capataz hicieron una fugaz aparición en la oficina durante la cual el coronel expresó bastante tímidamente las razones de su visita, pero ante la promesa del compadre de atenderle en breves momento aprovechó para salir y caminar por el pueblo, y terminó volviendo a casa.

Lo esperaba su mujer con un almuerzo completo pues había hecho un fiado esperanzada en la venta del gallo. También se había esmerado en preparar la casa para recibir el dinero y hasta escribió una lista de las cosas que necesitaban con más urgencia; estaba, en pocas palabras, planeando tres años sin la agonía de la espera. Ver sus planes desechos ante la poca gestión del coronel la llenó de vergüenza y frustración, y se dispuso ella misma a concretar el negocio pero el coronel logró persuadirla con bastante esfuerzo; tuvo, eso sí, que escuchar todas sus recomendaciones sobre cómo y cuándo expresarse para concluir con éxito la encomienda.

Cuando el coronel regresó donde don Sabas, el médico lo revisaba como parte de preparación para un viaje de casi una semana: a pesar de su diabetes estaba suficientemente fuerte para ocuparse de los asuntos de la finca por sí mismo. Ante la pregunta por el gallo, el coronel afirmó su intención de venderlo, y don Sabas celebró su sensatez: se comprometió a hablar de la venta la semana entrante y comentó acerca de un cliente que ofrecería cuatrocientos pesos por el gallo. El médico y el coronel se

sorprendieron, este último alegó la cifra inicial que le había propuesto y el buen estado del gallo, pero se conformó ante los argumentos que sobre la seguridad en las galleras alegrara el compadre y con los sesenta pesos que le dio como adelanto.

En la noche, mientras la esposa del coronel hacía compras, él se encontró por casualidad en el billar con Álvaro, uno de los amigos de su hijo, que disimuló jugando a la ruleta para entregarle una hoja de papel, comunicación clandestina de Agustín. De repente se presentó en el lugar la policía. Al propio coronel le apuntaron con un fusil en el vientre, y quien lo portaba era el mismo hombre que había disparado contra su hijo. El coronel, apremiado por llevar en su bolsillo la carta de su hijo, apartó con las manos el fusil y pidió permiso para salir. “Pase usted, coronel” (García Márquez, 2012, p. 59), le respondieron.

El coronel supo, por la sensación de bienestar de sus huesos y sus intestinos, que era diciembre. El patio estaba repleto de hierba y los árboles flotaban en la claridad del verano; el clima le dio ánimo suficiente para conversar con los niños que fueron a mirar el gallo y hasta un buen presentimiento con respecto a la llegada de la notificación pensional. Salió al puerto a esperar el correo y pasó por la tienda de don Sabas, pero le confirmaron que no llegaría hasta el próximo lunes. De pasada, observó la llegada del circo que los visitaba por primera vez en diez años y mientras seguía al administrador lo sorprendió el ruido de la gallera. Solo entonces recordó que era el día fijado para comenzar los entrenamientos.

Se dirigió a la gallera pasando de largo por la oficina del correo. Cuando llegó vio en la arena a su gallo debatiéndose frente a otro gallo triste y apagado. El coronel no sintió ninguna emoción porque la pelea fue monótona y aburrida, su gallo no atacó y rechazó cada asalto pero logró tirar a su oponente contra la barrera, momento que aprovechó uno de los amigos de Agustín para levantarlo con ambas manos y presentarlo al público de la gallera, que lo aclamó desafortadamente en un frenesí tan intenso que al coronel le pareció una farsa. Saltó la barrera abriéndose paso a través del gentío y notó entre la multitud muchas caras nuevas; le arrebató el gallo a Germán y salió a la calle entre aplausos y gritos, y lo persiguieron las miradas de todos los que se topó en su camino a casa.

Su esposa lo recibió excusándose por haber permitido que se llevaran el gallo. Le relató que los amigos de Agustín habían dicho que el gallo era de todo el pueblo y que lo sacarían aún por encima de sus cadáveres. El coronel la tranquilizó alabando la decisión de ellos y expresando determinadamente que el gallo no se vendía. Después sacó del ropero el dinero que quedaba del adelanto de don Sabas, limpió los zapatos nuevos, los metió en la caja original y ordenó a su esposa devolverlos para completar el dinero anticipado y regresarlo al compadre. Por más que su esposa trató de hacerlo entrar en razón, no pudo.

El día siguiente en la hora del almuerzo, la mujer adoptó un tono de reproche, esforzándose para no llorar, a pesar de la inquebrantable dureza de su carácter. Le recriminó al coronel su falta de consideración hacia ella, en contraste con la mucha que mostraba hacia el gallo. Más tarde, cuando el coronel volvió de la gallera, ella siguió quejándose: le recordó las promesas incumplidas por el gobierno y los dirigentes de su partido y vaticinó que igual suerte correrían las promesas que los amigos de Agustín hacían sobre darles parte de la ganancia sobre las apuestas en cuanto ganara el gallo. Su esposo procuró aplacarla con la esperanza de la venta del reloj o el cuadro, pero ella ya sabía que era imposible hacer negocio con ellos; lo único que quedaba era el gallo, pero todavía faltaban cuarenta y cinco días para la pelea. El desenlace es este:

“-Y mientras tanto que comemos- preguntó y agarró al coronel por el cuello de la franela. Lo sacudió con energía.

-Dime qué comemos-

El coronel necesitó setenta y cinco –los setenta y cinco años de su vida, minuto a minuto, para llegar a ese instante. Se sintió puro, explícito, invencible, en el momento de responder:

-mierda.” (García Márquez, 2012, p.70 -71)

A continuación se expondrán los personajes más relevantes de la obra, esto con la intención de contextualizar el análisis que se abordará en el próximo capítulo. La

caracterización de cada personaje se ha hecho en base a los datos que el texto aporta; siempre que ha sido posible contuvo la descripción física, la ocupación, aspectos básicos del carácter y su relación con el coronel. Se han incluido además algunos hechos particulares en los que su participación es decisiva para una comprensión completa del posterior análisis.

El coronel: es un hombre anciano de setenta y cinco años de edad; físicamente se le describe delgado, de mediana estatura, tez blanca y tensa con manchas de carate, cabello corto y desprolijo del mismo color del acero; un hombre árido de ojos vitales que padece, al parecer por tiempos, problemas intestinales y fiebres nocturnas durante las cuales habla sonámbulo disparates sobre la guerra civil.

Dedicado en el inicio de su vida a la milicia, logró el grado de coronel a los veinte años, peleando en el bando liberal durante la *Guerra de los mil días*. Después del fin de esta, espera las promesas económicas hechas por el gobierno a los militares y, específicamente hace diecinueve años, espera la carta en que se le notifica la pensión, razón por la cual acude sin falta cada viernes al puerto, en espera de la lancha del correo. Vive con su esposa en una casa de techo de palma y paredes de cal ubicada en el extremo del pueblo. Su único hijo Agustín había sido recientemente asesinado, y desde eso su situación económica es difícil, se viste y alimenta mal. Pasa su tiempo entre el adiestramiento del gallo, algunos paseos por el pueblo, visitas a la sastrería donde trabajaba su hijo y, por supuesto, la espera del correo.

El coronel es un hombre calmado que hace cada cosa como si fuera un acto trascendental, comporta cierta ingenuidad que se manifiesta en la confianza que todavía tiene en asuntos políticos, económicos y en ciertas personas de dudosa reputación. Tiene sentido del humor, es sensible, cortés y noble. A pesar de las vicisitudes se mantiene orgulloso, insistiendo siempre en estar bien, rehusando pedir o aceptar favores. A pesar de su apariencia aparentemente pasiva, a medida que avanza el relato se va mostrando que es un hombre sin sosiego que va asumiendo progresivamente una actitud determinante.

La esposa del coronel: es una mujer anciana, menuda y elástica, de cartílagos blandos y espina dorsal arqueada e inflexible, cabello largo oscuro y ojos de almíbar. Tiene respiración pedregosa a causa de constantes ataques de asma que son sucedidos por episodios de sopor y que la obligaban a permanecer varios días en cama. Surgía excitada de sus crisis, y cuando se encontraba de buena salud se dedicaba a organizar su casa y a coser, remendar y zurcir; se mostraba dinámica y animosa, cantaba, sembraba y se ponía siempre al frente de las cosas del hogar, manejando con recursividad los escasos recursos de la economía doméstica.

Leal y cuidadosa de su esposo, intentaba usar su poder persuasivo para hacerlo cumplir su voluntad, y cuando no lo conseguía echaba mano de su humor negro y una actitud recriminatoria; sin embargo, cedía ante el coronel. Era una mujer consciente y realista, desencantada y desconfiada, en la que la miseria de muchos años había causado un impacto físico, mental y moral mucho más profundo que en su esposo.

El gallo: era un animal de pelea, única herencia del hijo muerto. Estaba en forma a pesar de su aire indefenso y de que al parecer era un poco desproporcionado, pues tenía la cabeza muy pequeña para las patas, a pesar de lo cual llegó a ser considerado el mejor del departamento. Permanecía atado al soporte de la hornilla, donde recibía la visita de una ronda de niños que asiduamente lo observaban. Su dieta la constituían maíz y frutas, pero una vez comió a regañadientes habichuelas secas. En noviembre se desemplumó pero en el primer entrenamiento tenía pelados solo el cuello y los muslos. Se mostró tembloroso por el miedo en el inicio del combate, rechazando cada asalto y sin atacar, pero al final se vio más firme. Su precio se estimó en cincuenta, novecientos y cuatrocientos pesos a lo largo del relato.

Agustín: era el hijo del coronel y su esposa, nacido el 7 de marzo de 1922. Era oficial de sastrería y aficionado a las peleas de gallos. Fue acribillado en la gallera por difundir información clandestina. Escribía ocasionalmente, a su padre y sus compañeros de sastrería, cartas clandestinas.

Don Sabas: era el padrino de Agustín y por tanto compadre del coronel. Se trata de un hombre pequeño, voluminoso, de carnes flácidas, con tristeza de sapo en los ojos. Tenía mal estado de salud pues padecía diabetes, sin embargo era un hombre activo que se hacía cargo de todos sus negocios. Era el único dirigente del partido del coronel que había sobrevivido a la persecución política y se había quedado en el pueblo comprando a mitad de precio las propiedades de sus copartidarios expulsados, por lo que tenía una posición económica privilegiada. Era un hombre vivaracho, desleal y sin palabra.

El médico: era un joven de apariencia intachable, con el cráneo cubierto de rizos charolados y una dentadura perfecta. Un hombre con actitud servicial y empática que atendía a domicilio a las personas del pueblo, demostrando buen humor y dando siempre alentadores diagnósticos. De la misma filiación política del coronel, espera el correo al mismo tiempo que él, recibiendo cartas personales y periódicos que pone a la orden de este, así como la información censurada sobre la situación política del país y las comunicaciones clandestinas. Tiene muy alta conciencia de los engaños políticos de ambos bandos y se presenta, por tanto, escéptico.

El abogado: es un negro monumental de anchas caderas que tiene por dentadura sólo los dos colmillos de la mandíbula superior, un hombre desordenado y sucio que tiene su oficina en un corral y sobrelleva bastante mal el calor. Negligente en su oficio, se sobreentiende que es un abogado bastante deshonesto.

En la obra participan otros personajes como el administrador del correo, que tiene siempre una actitud displicente ante el coronel; la esposa de don Sabas, una mujer imprudente y supersticiosa que se torna hablantina en la presencia del coronel, y los amigos de Agustín: Álvaro y Germán, sastres como lo fue él, y que tienen ante el coronel una actitud considerada, respetuosa y amable.

3.3 La crítica

No fue sino hasta después de que viera la luz *Cien años de soledad* que la crítica puso los ojos sobre las obras que con anterioridad había publicado Gabriel García Márquez; es además bien conocido que esta es considerada como su obra máxima, aquella en

que la trama, el lenguaje y el estilo, alcanzan su máximo esplendor. El hecho de que el propio autor se haya declarado en desacuerdo, manifestando más gusto por novelas como *El otoño del patriarca* o el mismo *El coronel no tiene quien le escriba*, no ha bastado para expandir la óptica sobre la obra del Nobel, que sigue siendo abordada desde la estrecha perspectiva de su novela “cumbre”.

Por eso, la mayoría de la crítica que sobre *El coronel no tiene quien le escriba* se ha hecho ha estado más orientada a compararla con *Cien años de soledad* buscando el germen de la gran obra, que a disertar en base a sus particularidades narrativas; para estos críticos, *El coronel no tiene quien le escriba* “es parte de una serie de trabajos narrativos cortos que preceden la escritura de las novelas mayores del siglo XX latinoamericano, y que fueron espacios de formulación y perfeccionamiento de las aristas y minucias literarias que culminarían en las grandes novelas de sus autores” (Sánchez Prado, 2014). La concepción está tan arraigada que José Manuel Caballero Bonald, al prologar la edición de *El Mundo*, cree hacer justicia al decir que “la atractiva estructura del texto avisa de las mejores trazas narrativas de García Márquez, en *El coronel no tiene quien le escriba* hay como una limpieza retórica muy especial, como si la poética de su autor no se hubiese perfeccionado todavía con el uso. La novela supone, en efecto, un acabado modelo de sencillez, de naturalidad discursiva y hasta de inocencia verbal” (2001, p. 2).

En otra dirección, algunos críticos se han concentrado en la obra y han encontrado, al margen de su relación con *Cien años de Soledad*, elementos que permiten concebir a *El coronel no tiene quien le escriba* ya no como preludeo de aquella, sino como un texto construido con una intención narrativa diferente, para comunicar, mediante un uso específico del lenguaje y otras estrategias discursivas, un mensaje y una visión de la realidad particular. Ángel Rama la define así: “Son los hechos lo que importa. Y estos hechos son elegidos dentro de un cierto y oscuro sistema canónico que establece lo que podríamos llamar la originalidad y el rasgo insólito de la realidad. Es decir, [...] no solamente marca sucesos en sustitución del comentario, del análisis o de la meditación sobre los hechos, sino que, además, elige los hechos de entre aquellos que podrían ser más llamativos, curiosos, más excitantes. [...] Lo hace para descubrir que en lo más

común y vulgar sin cesar están ocurriendo cosas absolutamente inesperadas. Es decir, logra una cierta visión de lo original aún dentro de lo aparentemente más trillado de la existencia” (Rama, 1987, p.54).

Otro común denominador de la crítica hecha a *El coronel no tiene quien le escriba* es que ha priorizado los aspectos políticos, sociológicos y culturales dejando, más bien de lado, los psicológicos, filosóficos y artísticos. En ese sentido el individuo no ha sido el eje de reflexión de la crítica, que ha visto en la obra una representación valiosa de una sociedad y cultura particular a través de sus personajes. Agustín Cueva, otro prologuista de la obra, advierte: “El coronel permite la identificación de la comunidad con el yo de la narración, lo cual, a su vez, le otorga a la comunidad una voz para narrar la tensión en que se funda su relación con el mundo” (Sánchez Prado, 2014).

Partiendo de la anterior premisa se hicieron abundantes análisis, pero no es esa la orientación de la crítica que aquí recogeremos, pues nos interesa enfocarnos en aquella que se ha expresado acerca de la forma como en la obra se ha representado la vejez. Cabe, eso sí, preguntarnos, teniendo en cuenta lo anterior, por qué el autor escogió precisamente, como emblema social, un anciano. Es necesario también decir que la crítica que aborda este tema no es extensa, pues, si bien algunos trabajos se han ocupado de la vejez, la pobreza y demás problemas del coronel, son pocos los que han entendido que García Márquez está diciendo, en este libro, algo referente a los ancianos y su lugar en la sociedad.

Uno de esos críticos es Luis Javier Hernández, quien después de estudiar la obra ha concluido que en ella la vejez se constituye en un agente dinámico que permite la creación de mundos posibles a través de la ficcionalización de la cotidianidad. Parafraseando este crítico puede decirse que, a pesar de que históricamente la vejez ha sido concebida en asociación a la inutilidad, la inamovilidad y el deterioro corporal, lo que ha redundado en la exclusión de la misma de todo espacio social, la literatura ha retomado estos no-lugares de la cultura para crear universos alternos con vocación reflexiva, mediante una inversión de principios y valores que se concreta en el intercambio de roles por medio del cual se da al viejo la mayor carga de significado y se

le permite interactuar de manera autónoma con la dimensión semiótica de la obra. Así, la vejez es el eje generador de un nuevo sentido dentro la construcción literaria, y lo es porque comporta tres elementos que permiten incorporar una dimensión de la realidad subjetiva, profunda, personal, cercana. Estos tres elementos son la cotidianidad/intimidad, la periferia y la alteración del tiempo y la memoria.

No es exagerado afirmar que la vejez es la etapa más íntima del ciclo de vida humano. Si tenemos en cuenta que en esta edad las relaciones del individuo con la sociedad van disminuyendo, sea porque físicamente se hace difícil llevar a cabo las actividades que suponen interacción, sea porque la sociedad se empeña en excluir los ancianos de todos los espacios sociales, lo cierto es que la llegada de la senectud trae consigo un cierto retraimiento social que confina a los ancianos a espacios privados. La disminución de sus actividades, la ausencia de planes y la noción de un tiempo acabado, suman a lo anterior una cotidianidad casi intrínseca a la edad tercera. Por eso, la vejez es un estado favorable para dibujar un plano íntimo y cotidiano de la realidad.

Lo interesante y subversivo en *El coronel no tiene quien le escriba* es que logra exponer cada uno de esos hechos íntimos y cotidianos como expresiones de una realidad social decantada hasta el extremo más humano. No es que los conciba como actos que perdieron su relación con la historia, la sociedad o la cultura, sino que, por el contrario, los revela como los más adecuados y fecundos para mostrar cómo estas condicionan la vida de los individuos. Esto significa pasar de una historia y una cultura meramente enunciativas “a la subjetividad, para que libere todo su potencial creador y deje las amarras de la racionalidad histórica y conmemorativa que niega los sujetos y magnifica los acontecimientos,” (Hernández Carmona, 2016, p. 30).

Lo anterior se agudiza cuando esos sujetos son, como es el caso de los ancianos, figuras periféricas, confinadas a las fronteras de la cultura, dentro de una sociedad adultocéntrica que los margina de todo discurso histórico. El anciano es un exiliado, que reconstruye la historia a partir de las ruinas que quedan por el paso del tiempo, desde un ocaso en el que la autoridad se ha perdido y se ha recuperado la condición humana. Hacer de una figura periférica (un viejo) un protagonista, es dar voz, mediante la

presencia literaria, al sentir colectivo de una comunidad marginada. Así, *El coronel no tiene quien le escriba* “oscila entre la futilidad de la vida cotidiana en un lugar olvidado por la historia y el gradual descubrimiento de la comunidad que emerge cuando se comparte el absurdo” (Sánchez Prado, 2014). En la obra literaria, la vejez permite esbozar una versión periférica de la realidad, desenmascarada a partir de la manipulación de sus procedimientos de enunciación; el coronel se apodera de la realidad desde sus espacios íntimos, desde sus flaquezas y su temor, implosionando el orden establecido.

Para hacerlo, el personaje se vale también de un tratamiento del tiempo y la memoria diferentes, signado por la imprevisibilidad de las acciones y la inversión de la causalidad histórica. Los personajes no se envejecen a lo largo de la narración, sino que entran a ella ya en el final de sus días, para remover el tiempo ido; para interpretar el proceso histórico a partir del relato ficcional, desde la perspectiva del ocaso del poder. De ahí que la alegoría de los días de gloria del personaje sea recurrente en la obra: apunta hacia una reedición del pasado con base en el presente, para que la historia envejecida muestre sus contradicciones y debilidades, bajo la “ambivalencia memoria/desmemoria, porque la vejez permite el trastocamiento de los espacios de la certeza y funda la posibilidad desde la imposibilidad y el azar que conviven en los procesos de recordación, que en realidad son ejercicios de imaginación y creación de mundos soñados” (Hernández Carmona, 2016, p.30).

La crítica de Hernández Carmona explica el porqué de la vejez en la obra y resalta las posibilidades que esta ofrece a la narración para construir una forma de realidad específica. Otros críticos han abordado el tema desde una perspectiva, si se permite, más gerontológica, enfatizando la condición de salud, económica y social en que se halla el personaje. Es el caso de Aracelly Esparza, quien en su análisis de la vejez en la obra señala dos aspectos.

El primer aspecto es que el autor no esconde los problemas que la vejez trae al personaje, sino que más bien dibuja un panorama realista y detallado de los mismos, que se logra al desnudar su cotidianidad. En la economía, la incapacidad de desarrollar

una actividad que suponga ganancias significativas, la necesidad de ser asistidos por amigos y familiares, la ineptitud del estado y sus organismos para planear eficientemente el retiro, desembocan en una condición de miseria que reflejan su casa, su vestido y su comida. La salud también se ve afectada por recaídas más agudas y frecuentes de viejos padecimientos que obligan a estar recluso en casa por semanas, así como por un progresivo deterioro del cuerpo que se vuelve cada vez más sensible a las alteraciones del ánimo, que se desgasta, producto de la soledad y el miedo (otras constantes en la obra). El segundo aspecto señalado por Esparza es que los ancianos no adoptan, como cabría esperar, una actitud pasiva y condescendiente ante las situaciones adversas. En *El coronel no tiene quien le escriba*, García Márquez muestra un anciano que lucha por conservar su dignidad, sus valores, su autonomía y su integración a la sociedad, y lo más interesante de todo es que, en cierta medida, lo consigue.

En conclusión, los críticos que han analizado la obra desde la óptica de la vejez han encontrado en ella una visión realista de la misma, que sin embargo, no se conforma a la socialmente aceptada. El coronel puede estar enfermo, empobrecido, sólo y hasta triste, pero no ha renunciado a su identidad, su futuro, sus valores y su lugar en la vida. De hecho, el coronel ha experimentado sólo en la vejez la libertad, serenidad y determinación que no tuvo en el resto de su vida. Porque como dijo Gabriel García Márquez “la muerte no llega con la vejez sino con el olvido”.

4. REPRESENTACION SOCIAL DEL VIEJO EN *EL CORONEL NO TIENE QUIEN LE ESCRIBA*

4.1 Consideraciones iniciales

Como mencionamos en la introducción, el objetivo que se trazó este trabajo es develar, reconstruir, la representación social de la vejez, o por mejor decir, del viejo, en *El coronel no tiene quien le escriba* (1961) de Gabriel García Márquez.¹⁰ Por eso, es este texto nuestra principal fuente de información: de él se extrajeron los datos que se usarán para hacer una descripción minuciosa del anciano y una labor interpretativa de los mismos que nos permita dar cuenta de dicha representación.

Son dos los personajes que en el libro ostentan esta condición: el coronel y su esposa, y recogeremos toda referencia que se haga sobre ellos: todo lo que dicen, lo que el narrador nos cuenta sobre lo que piensan y sienten, lo que hacen y no hacen; todo lo que les suceda, será motivo de análisis. Otros elementos que se tendrán en cuenta como componentes que aportan información valiosa a la representación social de la vejez son aquellos que nos permiten reconstruir el contexto de los personajes y su relación con él; elementos como el entorno físico, del que hacen parte el paisaje natural (clima, vegetación y otros elementos de la naturaleza), pero también el paisaje social (esto es, el pueblo, sus calles, viviendas, espacios sociales y establecimientos). Lo mismo se hará con todo elemento que comporte un referente histórico personal o colectivo y con todo aquello que remita a costumbres, creencias, tradiciones o cualquier otra manifestación cultural.

Como partimos del hecho de que las representaciones no se forman en el vacío, sino en la medida en que se relacionan con otras dentro de un sistema ordenado de oposiciones, también consideraremos la relación de los ancianos con los demás personajes dentro de la obra, pero no nos limitaremos sólo a los episodios en los que existe una interacción

¹⁰ Porque lo que se pretende no es estudiar la forma en que se representa la vejez como edad de una manera abstracta, sino como condición etaria que define la identidad de un sujeto social específico bajo el estereotipo de *viejo*.

directa entre ellos, sino que observaremos también lo que cada uno de los personajes no ancianos en su propia actuación y discurso pueda decir sobre el viejo.

Como ya hemos hablado acerca de la información que buscaremos en la obra, vale la pena ahora indicar la forma en que el texto nos la ofrece. *El coronel no tiene quien le escriba* expone una perspectiva realista y cotidiana de la vida de sus personajes. Realista, porque independientemente de que la historia ocurriese o no, cada elemento, rol o suceso en ella es perfectamente posible y hasta esperable: las circunstancias, los hechos y los caracteres reflejan de algún modo la realidad social colombiana en un momento histórico determinado, evidenciando la influencia del contexto socio-político en la vida de sus personajes. Las acciones son los datos centrales de la obra, llevando al mínimo los comentarios o reflexiones sobre ellos, y estos datos se exponen en forma cotidiana, porque se alejan de toda visión sentimental o trascendentalista y se ubican por fuera de todo escenario exótico o circunstancia extraña. Las acciones que se narran son comunes, sencillas, si se quiere, habituales, y de ahí que *El coronel no tiene quien le escriba* tenga una narración plana, lineal (con excepción de algunas alusiones al pasado, que no alteran el tiempo presente porque revisten siempre la forma de recuerdos), lo cual hace que, al leerlo, tengamos la ilusión de que “no pasa nada”. En esta narración escueta de hechos aparentemente “desnudos” no hay presencia de juicios morales o prejuicios sociales explícitos: el autor, que se confunde con el narrador, se limita a contar los sucesos y registrar las expresiones de los personajes cuidándose de no aportar el mismo un juicio de valor sobre ellos, para dejar que sean los comportamientos, los hechos, los que den cuenta de todo.

Por último, la descripción que hagamos del viejo a partir del análisis de la obra se correlacionará con los conceptos, enfoques y teorías que sobre la vejez ha desarrollado la antropología, es decir, se dará cuenta de los conceptos metodológicos.

4. 2 Descripción y Análisis

El cuerpo

Uno de los aspectos en que son más marcados los estereotipos sobre el viejo es el corporal. De hecho, es punto de partida de numerosas definiciones de la vejez que unidas a la concepción cronológica de la edad nos la muestran como una condición con base biológica. Por eso, comenzaremos por describir la forma en que se presenta este elemento en los personajes ancianos de la obra.

El coronel es un hombre de setenta y cinco años de edad que no presenta, sin embargo, ninguna restricción o disminución de la movilidad, no requiere ayudas para su desplazamiento y realiza de hecho numerosos trayectos a pie. Puede llevar también a cabo variadas actividades domésticas, incluso aquellas que necesitan buena visión, audición, equilibrio o coordinación, y otras más, necesarias para su supervivencia; el coronel hace el café, prepara y recoge su lugar de descanso, bombea el insecticida, localiza la gotera de su casa, arregla el portillo, da cuerda al reloj ajustando la hora, hace las compras, escribe cartas y hasta se hace cargo de un gallo al que debe preparar alimento y mover entre la cocina y el cuarto. Realiza por sí mismo todo lo relacionado con sus funciones fisiológicas y su cuidado personal: el coronel se baña, se viste, se afeita al tacto y se peina sin ayuda. En resumen, la edad y la condición senil del coronel no se manifiestan en él como impedimentos físicos derivados de algún grado de degeneración de sus funciones o estructuras corporales y, por tanto, el coronel no es un ser dependiente en este nivel básico de la existencia material.

La esposa del coronel, de la cual no se indica la edad pero que se supone contemporánea a él, tampoco presenta deficiencias en su movilidad. Camina por toda la casa poniendo las cosas en orden, puede permanecer largos periodos de tiempo sentada sin experimentar dolencias y va a pie hasta el pueblo sin necesitar apoyo. Sus demás habilidades físicas también están intactas: ve suficiente como para dedicarse a la costura, escucha con claridad las murmuraciones nocturnas del esposo, hace de comer, cultiva rosas, canta, limpia y ordena su casa. Se ocupa ella misma de su cuidado:

bañarse, vestirse, peinarse y hasta administrarse los medicamentos son cosas para las cuales no requiere ayuda. Ella, como su esposo, no se presenta como un ser dependiente o incapacitado con funciones disminuidas o un cuerpo cuya destreza, resistencia y vitalidad no alcanzan para llevar a cabo las tareas básicas que aseguren la supervivencia, la socialización y hasta el ocio.

A pesar de lo anterior, puede notarse que el coronel y su esposa prestan poca atención y dedican escaso tiempo a su apariencia. Al margen del afeitado, el coronel se presenta más bien despreocupado en cuanto a su peinado y su vestido: pretender salir de casa sin peinarse, no usar la correa, prescindir del cuello de la camisa, insistir en usar unos zapatos en tal grado de deterioro que podrían tirarse a la basura, no inmutarse al vestir ropa sin planchar, ponerse prendas de vestir que no combinan, sentirse desesperado al usar un traje formal y tardar mucho en cortarse el cabello son algunos indicios de esta actitud indiferente ante su aspecto exterior. Casi la misma suerte corre su esposa: el cabello enmadejado después de varios días sin bañar —infestado de piojos—, la ropa remendada, un constante olor a hierbas, combinación ridícula de los viejos zapatos del coronel y un trapo en la cabeza, exponen, también en ella, un bajo nivel de preocupación por la presentación personal.

Este estado de desorden y abandono influye en la percepción de la edad, haciéndolos ver mayores. Lo notaron ellos mismos cuando, después del corte de cabello que la esposa le hiciera al coronel, este afirmara: *“me has quitado veinte años de encima”* y *“la mujer pensó que su marido tenía razón”* (García Márquez, 1961, p. 25). Lo veremos más adelante, pero es pertinente anotar aquí cómo un cambio físico, aparentemente inocuo, puede incidir en la apreciación propia y externa de la edad.

A pesar de que el coronel y su esposa conservan la mayoría de sus funciones y capacidades, padecen enfermedades. El coronel tiene una especie de desorden gastrointestinal cuyos síntomas son náuseas, dolores abdominales, sudoración y diarrea, y ella sufre asma, una enfermedad que se manifiesta en una respiración difícil y pedregosa, que en cuanto se mejora deja como secuela el sopor. Hay algo particular en

las dolencias de ambos y es que no se desarrollan de forma constante sino que son más bien condiciones latentes que estallan de vez en cuando, en crisis agudas.

Al explorar un poco más la historia clínica del coronel podemos notar que los periodos en lo que se exacerba su enfermedad suelen coincidir con ciertos cambios climáticos muy específicos, como la llegada de la temporada de lluvias que comienza en octubre y se extiende hasta finales de noviembre. Quizás por eso el lenguaje que utiliza para describir su enfermedad está plagado de alusiones a la vegetación y otras características ambientales de la época. Podemos leer en la obra: “*experimentó la sensación de que nacían hongos y lirios venenosos en sus tripas*” (p.7), “*contemplando la vegetación que reventaba en verdes intensos, las minúsculas tiendas de las lombrices en el barro, el coronel volvió a sentir el mes aciago en los intestinos*” (p.8), “*tengo los huesos húmedos*” (p.8.), “*lo que pasa es que en octubre siento como si tuviera animales en las tripas*” (p.13.), “*en el curso de la semana reventó la flora de sus vísceras*” (p.15), “*agonizó a solas en el excusado, sudando hielo, sintiendo que se pudría y se caía a pedazos la flora de sus vísceras*” (p.35.), entre otras muchos ejemplos.

De la misma manera, el paso de esta “estación lluviosa” o la disminución de su fenomenología, marca para el coronel el alivio de sus padecimientos, así: “*ya no llueve más’, pensó el coronel y se sintió mejor*” (p.13), “*octubre prolongó la tregua. La humedad fue sustituida por el sopor, [...] también el coronel se sintió en forma*” (p. 25), “*es invierno’, se repitió sin desesperarse. ‘Todo será distinto cuando acabe de llover’*” (p.35), “*no necesitó abrir la ventana para identificar a diciembre. Lo descubrió en sus propios huesos, [...] la visión del patio confirmó su intuición. Era un patio maravilloso*” (p.61).

Para la esposa del coronel no es tan clara la correlación entre el clima y su mal, aunque podría esperarse que la lluvia hiciera más estragos en una asmática. Durante la temporada que comprende la narración, entra y sale de crisis subsecuentes que tienen orígenes más diversos que la época del año. Lo que no puede pasarse por alto es que el calor infunde en ella una mejoría transitoria que se ve reflejada en el grado de actividad que asume: “*el calor de la tarde estimuló el dinamismo de la mujer*” (p.22), “*reconfortada por el sol de cobre la mujer destinó tres días a su laborioso peinado*” (p.25), “*como ocurría*

siempre la mujer salía excitada de la crisis. En el curso de la mañana volteó la casa al revés” (p.20).

Además del estado del clima, la salud de estos dos ancianos tiene una correlación muy intensa con su condición anímica. Las emociones se muestran como un factor considerable y extremadamente influyente en los cambios de salud que experimentan. Haremos un breve repaso por esas circunstancias, que sirvieron de detonante al empeoramiento o mejoramiento de la salud del coronel y su esposa, para comprender mejor su interdependencia.

Después del estremecimiento que le produjo ver el piso del pueblo tapizado de flores y ante la incomodidad que la cercanía del cadáver del músico y todo su entorno fúnebre le provocaba, el coronel sintió que le faltaba el aire, sudó y le dolieron las articulaciones, su rostro mudó del tradicionalmente sonriente a uno duro al punto de que el amigo que lo acompañaba le sugirió ver al médico (pp.11-13). Un efecto muy diferente tuvo la visita de los compañeros de su hijo Agustín para examinar al gallo: al encontrarlo en forma, el coronel sintió que sus intestinos le daban tregua (p.15). La próxima vez que vinieron, el comprobar el buen estado del gallo acabó con el insomnio y el sufrimiento nocturno del coronel, infundiéndole tanto ánimo que accedió a motilarse (p.25). Por el contrario, ante otro viernes de espera fallida y de comprobar que los periódicos no contenían ninguna alusión al proceso de jubilación de los veteranos, el coronel tuvo fiebre, sudor helado, mareos y alucinaciones: una noche de pesadillas sobre su participación en la guerra, a la que sucedieron náuseas y dolores una vez despierto (pp.17-19).

La mejora en el asma de la esposa del coronel, duró pocas horas tras enterarse de que no había nada que vender en su casa salvo algunos artículos de dudoso valor (p.25).

En la oficina de correos, mientras esperaba la respuesta del administrador sobre la llegada de su notificación pensional, el coronel *“hizo un esfuerzo para reaccionar contra su estómago”* (p.27).

Una nueva y muy fuerte crisis desencadenó en la esposa del coronel visitar el cementerio para llevar flores a la tumba de su hijo (p.35), y por poco entra en otra al recordar el último día que lo vio con vida (p.36).

Es notorio para un viejo conocido del coronel que este debe visitar el médico porque *“está un poco fúnebre desde el día del entierro”* (p.42), con lo que alude al funeral de un músico al que asistieron juntos.

Al salir de la oficina de don Sabas, donde recibió el increíble ofrecimiento de novecientos pesos por el gallo, *“sentía una fuerte torcedura de tripas, pero tenía conciencia de que esta vez no era a causa del tiempo”* (p.44).

Al recordar los motivos que hace décadas le hicieron abandonar las promesas del fin de la guerra y salir de Macondo, un lugar que se hizo incómodo y fastidioso para el luego de haber sido transformado en veinticuatro horas por miles de migrantes atraídos por la fiebre del banano, el coronel reconoce que el olor de esa fruta también *“le descompone los intestinos”* (p.49).

Es la esposa quien, en el final del relato, ante la imposibilidad de convencer a su marido para que acceda a cumplir la promesa de venta del gallo, se exalta al punto de exhibir una sinceridad descarnada, misma que nos aclara el panorama: *“debías darte cuenta de que me estoy muriendo, que esto que tengo no es una enfermedad sino una agonía”* (p.68).

Así las cosas, el anciano se nos muestra como un ser asociado a un estado subyacente de enfermedad que puede o no estar en una fase activa pero que tarde o temprano se manifestará, de modo que la salud constante y duradera no es un atributo que le corresponda. En relación con la enfermedad, el viejo se percibe como inestable, vulnerable y altamente sensible a cambios externos de carácter natural e internos de naturaleza sentimental. Esto es, se trata de un cuerpo que escapa al dominio mental porque ha cedido terreno ante el influjo emocional, lo cual no necesariamente es un aspecto negativo, pues, si bien descubre una debilidad de carácter, se abre la posibilidad de afectar positivamente el estado de salud a partir de actividades y expresiones

favorables al anciano, lo cual ilustra esta cita: *“Si tienes ganas de cantar, canta –dijo el coronel-. Eso es bueno para la bilis”* (p.20.) El médico también aplica este principio pues podemos notar a lo largo de la obra cómo, independientemente de la gravedad del paciente, siempre se expresa de forma alentadora: *“Con un asma como esa yo estaría preparado para vivir cien años”* (p.21) o *“Con un asma como esa yo estaría preparado para enterrar a todo el pueblo”* (p.35). Esta es la idea general que esconde la aseveración del coronel *“La ilusión no se come. [...] No se come pero alimenta”* (p.45).

La representación social del viejo en su dimensión corporal no estaría completa si no hablamos de los pensamientos y las reacciones que ante su propio cuerpo tienen los ancianos de la obra y de la visión que los demás actores sociales exponen sobre ellos. En capítulos anteriores, cuando repasábamos la forma en que la literatura ha abordado la vejez decíamos que, ante las limitaciones que la edad impone al cuerpo, la respuesta del anciano está entre la resignación y la oposición. La esposa del coronel representa la primera; el coronel, la segunda.

La esposa del coronel se muestra perfectamente consciente de su condición de salud y no intenta negarla o atenuarla. Hace de ella un tema recurrente de conversación con su esposo y uno de sus principales argumentos para coaccionarle a tomar decisiones. Reconoce el efecto que tiene sobre sus actividades cotidianas y el deterioro que le supone, sabe identificar sus crisis y los momentos en que la ayuda del médico es indispensable. Esta anciana no se resiste a la enfermedad ni al desgaste físico que concibe como una degradación lenta e invasiva al punto de afirmar: *“nos estamos pudriendo vivos”* (p.9). Tampoco es ajena para ella la idea de que sus patologías pueden llevarla a la muerte: cierto día, después de una revisión, dijo al médico que *“un día de estos me muero y me lo llevo a los infiernos”* (p.21); ni se le escapa el hecho de que quizás supongan ya una muerte lenta: *“me estoy muriendo”* (68), afirmó a su esposo en otra ocasión.

El coronel es todo lo opuesto, la actitud de negación ante sus dolencias es una constante de la obra. Intenta persuadir a los demás y convencerse a sí mismo de que lo que experimenta no es una enfermedad sino un pequeño impase para adaptarse al clima, y

esquiva toda conversación sobre sus males refiriendo el tiempo. Cuando, al ver el cambio de su semblante, su compadre lo interroga sobre lo que le pasa, el coronel responde: *“Es octubre, compadre. [...] No estoy enfermo, lo que pasa es que en octubre siento como si tuviera animales en la tripas”* (p.13). Otra vez, ante el apremio de sus intestinos y el intenso dolor, se dice a sí mismo *“No hay duda, 'siempre me sucede lo mismo en octubre’”* (p.19), y logra incluso controlarse ante nuevas manifestaciones de su malestar, pues *“estaba a punto de sobrevivir a un nuevo octubre”* (p.34) y no desesperarse porque *“todo será distinto cuando acabe de llover”* (p.35).

El coronel no hace de su enfermedad un tema de conversación: no lo discute en casa ni lo comunica a sus amigos; incluso el médico, con el que comparte cierta complicidad en otros asuntos, se encuentra al margen del tema. Cuando la mujer trató de informar al médico el episodio febril de su esposo, este la desmintió diciendo: *“no era fiebre, era otra vez el sueño de las telarañas”* (p.20), e insistió en su determinación de no recurrir bajo ninguna circunstancia a la medicina: *“el día que me sienta mal no me pongo en manos de nadie, me boto yo mismo en el cajón de la basura”* (p.21).

A pesar de la fortaleza mental con que su carácter naturalmente orgulloso y terco le permite enfrentarse a los síntomas de su mal, el coronel llega a dudar de sobrevivir a su última crisis (p.35). Es un indicador de un cierto quiebre en su posición moral, de una presión corporal tan potente que no puede ser ignorada y que hace tambalear la postura del coronel. En medio de esta situación en la que pudo sucumbir ante su cuerpo, la esperanza lo mantuvo vivo: su fuerte determinación de vivir lo suficiente para recibir su pensión actuó como razón para no rendirse; la visión de un anhelo cumplido le dio aliento: *“Y lo creyó, realmente seguro de estar vivo en el momento en que llegue la carta”* (p.35), pues *“estaba apenas sostenido por la esperanza de la carta”* (p.35).

Las mentiras y evasiones del coronel no son suficientes para ocultar su estado de salud ante los otros, pues el médico, su esposa y su compadre notan cómo se desmejora su apariencia. El último le insiste en varias ocasiones sobre la necesidad de hacerse ver del primero, pues lo nota extraño y fúnebre de un tiempo al presente: la esposa *“lo reconoció con estupor”*, y exclamó: *“estás en el hueso pelado”* (p.35). No obstante, el coronel se

niega a reconocer su situación; increpado por la mujer sobre la buena fortuna del compadre, el coronel refiere la inutilidad de la misma ante sus quebrantos de salud: “*pero se está muriendo de diabetes*” (p.48), dice, sin percatarse de lo que lo que su mujer le hace notar con las palabras “*tú te estas muriendo de hambre*” (p.48). De hecho, el coronel no pretende sacar ningún provecho económico, social o moral de su salud exponiéndola como motivo de consideración especial ante personas o instituciones públicas.

La mente

La mente es un terreno imposible de ser abarcado en su totalidad. Tanto el coronel como su esposa presentan en esta obra multitud de pensamientos, expresiones y conductas que podrían recogerse para dibujar un plano mental de cada uno. En este trabajo nos ocuparemos, sin embargo, de aquellos aspectos que se perfilan como marcadores de la edad, es decir, los que nos hablan de cómo la vejez se manifiesta en las principales manifestaciones mentales.

El texto contiene numerosas alusiones a las fallas en la memoria del coronel¹¹. En muy diversas circunstancias, el olvido de cosas tanto triviales como importantes se deja anotado. Por ejemplo, el coronel olvida eventos sociales: pocas horas antes de llevarse a cabo el entierro del primer muerto de muerte de natural en muchos años —un evento que el mismo coronel calificó como acontecimiento—, solo el tañido de las campanas le permitió recordar que era el momento señalado para el mismo, pues “*el coronel se había olvidado del entierro*” (p.7). En otra ocasión, cuando su esposa le preguntó sobre lo que hablaba la noche anterior, “*el coronel hizo un esfuerzo para recordar*” (p.19), aunque no logró traer a la memoria las palabras que sobre su experiencia en la guerra civil había pronunciado.

Asimismo, a pesar de ser uno de sus bienes más preciados, el coronel olvidó un día que no había maíz para alimentar el gallo (p.22), y un tiempo más tarde, en medio de la crisis económica que privó al animal de maíz, tardó dos días para recordar la existencia de las habichuelas que hacía más de cuatro meses había puesto a secar sobre la hornilla y que

¹¹ El texto no proporciona, al respecto, datos sobre la esposa del coronel.

servieron para mitigar el hambre del ave (p.35). Otro olvido impensable ocurrió cuando pasó por alto el día en que comenzaban los entrenamientos del gallo; el bullicio de la gallera y un comentario que le hicieran sobre al animal se lo recordaron demasiado tarde, pues el gallo se encontraba ya en plena faena (63).

En contraste a esa memoria débil para recordar asuntos correspondientes al tiempo presente, el coronel se muestra muy lúcido al rememorar detalles de tiempos pasados. Puede recordar con facilidad nombres, fechas, horas, lugares, valores y otros datos e historias ocurridas hace, incluso, más de cincuenta años, casi todas relacionadas con su pasado como militar durante la guerra civil o su posterior activismo político. Por mencionar sólo algunos ejemplos: *“Y abandonó Macondo en el tren de regreso, el miércoles veintisiete de junio de mil novecientos seis a las dos y dieciocho minutos de la tarde”* (p.49); *“Se vio a sí mismo con su mujer y su hijo asistiendo bajo el paraguas a un espectáculo que no fue interrumpido a pesar de la lluvia. Se acordó de los dirigentes de su partido, escrupulosamente peinados, abanicándose en el patio de su casa al compás de la música. Revivió casi la dolorosa resonancia del bombo en sus intestinos”* (p.65).

A partir de lo anterior podemos deducir que el texto nos presenta un anciano con una marcada disminución de la memoria, lo cual se demuestra en la capacidad que tenía para recordar elementos precisos del pasado y la incapacidad que ahora muestra para recordar incluso las cosas más importantes. Pero, aunada a esto, se expone cierta selectividad de la memoria que no olvida nunca aquellos hechos que marcaron la historia personal de una manera más profunda.

Otro aspecto que el texto señala es el relacionado con los trastornos del sueño. Tanto el coronel como su esposa, a veces derivadas de su enfermedad y otras veces con una etiología diferente, presentan alteraciones al respecto. Así, el sueño se ve afectado por toda situación que comporte temor, ansiedad, frustración o tristeza, y se manifiesta bajo las formas de insomnio, sueño intermitente, fiebres y alucinaciones nocturnas, pesadillas, parasomnias, entre otras.

Leemos en la obra que el coronel *“pasó varias noches en vela, atormentado por los silbidos pulmonares de la asmática”* (p.15); que *“concilió el sueño, pero se despertó un momento después alarmado por sus intestinos, [...] tenía fiebre. Se sintió flotando en círculos concéntricos dentro de un estanque de gelatina”* (p.19) *“era otra vez el sueño de las telarañas”* (p.20); *“De noche, desvelado en la hamaca, sufrió muchas horas por la suerte del gallo”* (p. 25); *“Los durmió el rumor de la lluvia. El coronel sintió un ligero malestar en los intestinos, [...] por un momento percibió la pedregosa respiración de la mujer navegando en otro sueño”* (p.34); *“Durmió mal esa noche tratando de borrar las cifras de su cabeza”* (p.45), *“apagó la lámpara y se hundió a pensar en una oscuridad cuarteada por lo relámpagos”* (p.48); *“El coronel volvió a reconocer a diciembre en el horario de los alcaravanes. Cuando dieron las dos todavía no había podido dormir. Pero sabía que su mujer también estaba despierta”* (p.67).

Economía

Evidentemente, el coronel y su esposa se encuentran en una situación económica difícil. Su casa tiene piso de tierra, cerca desportillada, paredes de cal desconchada y goteras en el techo, y está ausente la instalación eléctrica; además, tiene escaso mobiliario y está hipotecada. Esta precariedad también se observa en los pantalones raídos, camisas remendadas, zapatos muy viejos y carencia de espejo y paraguas; en una alimentación exigua, con desayunos y almuerzos a medias, idas a dormir sin cena y varios días de no poner la olla; en su incapacidad de pagar por casi todo bien y cualquier servicio.

Esta situación tiene por lo menos tres causas. La primera es la reciente muerte de su hijo Agustín, quién según lo indica el texto se encargaba del sostenimiento económico de la familia; así lo expresa la mujer al decir, con referencia al encuentro post-mortem de su hijo y el músico: *“pueda ser que no le cuente la situación en que quedamos después de su muerte”* (p.9); o cuando le recuerda al coronel lo desamparados que están al decir *“nosotros somos huérfanos de nuestro hijo”* (p.16).

La segunda causa es el retraso de la pensión de veterano a la que el coronel tiene derecho por su servicio durante la guerra. El retraso, de quince años, se debe a la

negligencia de las instituciones gubernamentales —bien expresado en la excusa del abogado ante la ineficiencia de su gestión—: *“La ley fue promulgada demasiado tarde. [...] además no se negoció una partida especial, de manera que el gobierno ha tenido que hacer remiendos en el presupuesto”* (p.30); a la burocracia, que el coronel conocía bien, pues *“diecinueve años antes, cuando el congreso promulgó la ley, se inició un proceso de justificación que duró ochos años. Luego necesitó seis años más para hacerse incluir en el escalafón. Esa fue la última carta que recibió el coronel”* (p.28); y a cierta lentitud del coronel en la gestión legal de la misma, que su esposa le recuerda al decirle: *“desde que estoy con el tema de que cambies de abogado ya hubiéramos tenido tiempo hasta de gastarnos la plata”* (p.28).

La tercera causa de la vida precaria son las promesas incumplidas y el nulo beneficio económico que le quedaron al coronel luego de las actividades proselitistas en las que se ocupó una vez retirado de la vida militar. Y es que el coronel no se dedicó nunca a labor u oficio diferente al activismo político. Los resultados de esta carrera los resume de manera sabia su esposa: *“veinte años esperando los pajaritos de colores que te prometieron después de cada elección y de todo eso nos queda es un hijo muerto. Nada más que un hijo muerto”* (p.48), y pone en evidencia cómo su propia miseria alimentó la riqueza de otros cuando reniega: *“nosotros ponemos el hambre para que coman los otros. Es la misma historia desde hace cuarenta años”*; o bien: *“tenías derecho a que te dieran un puesto cuando te ponían a romperte el cuero en las elecciones, [...] ahora todo el mundo tiene su vida asegurada y tú estás muerto de hambre, completamente solo”* (p.68).

Después de la muerte de su hijo, el coronel y su mujer se sostuvieron con la venta de la máquina de coser del difunto; la compró Álvaro, uno de sus compañeros de sastrería: *“durante nueve meses habían gastado ese dinero centavo a centavo, repartiéndolo entre sus propias necesidades y las del gallo”* (p.23). Cuando se agotó, intentaron sin éxito vender algunos objetos de presunto valor que tenían en casa: la mujer ofreció el reloj de péndulo con marco de madera labrada y el cuadro de una mujer entre rosas. El primero no lo compraron porque *“están vendiendo a plazos unos relojes modernos con numerosos luminosos”* (p.47); el segundo, porque *“casi todo el mundo tiene el mismo”*

(p.47). Pidió incluso, ante el sacerdote del pueblo, un préstamo amparado en los anillos de matrimonio, pero fue reconvencida por este porque *“es pecado negociar con cosas sagradas”* (p.47). Ante el apremio de conseguir comida para el gallo, el coronel fue a la sastrería y dejó entrever la necesidad de sustento para el animal, logrando que los compañeros de Agustín llevaran a casa tanto maíz que incluso él y su esposa lo usaron para alimentarse. Solicitaban también crédito en las tiendas: *“es hasta la semana entrante”, decía, sin estar seguro él mismo de que era cierto. ‘Es una platica que ha debido llegarme desde el viernes’*” (p.35); y se gastaban, sin concretar el negocio, el dinero que Don Sabas les diera como adelanto ante la promesa de venta del gallo.

A pesar de los intentos del coronel por ocultar su mala situación ante amistades y vecinos, es evidente que ellos la notan. Sin embargo, su condición de ancianos no les hace merecedores de un trato especial ni despierta la solidaridad o el apoyo económico de amigos o autoridades. El coronel no recibe ninguna subvención de origen público o privado a pesar de ser conocida en el pueblo la tardanza de su pensión y la muerte de su hijo. Ni siquiera aquellos con quienes comparte su filiación política, y de quienes podría esperarse más conciencia al respecto, se muestran altruistas hacia ellos. A excepción del médico, quien cubre la necesidad de los medicamentos con muestras gratuitas y retrasa el cobro de sus honorarios hasta cuando gane el gallo, los demás se muestran bien indiferentes, bien aprovechados. Indiferente es, por ejemplo, el sacerdote, que antes de mediar la necesidad de la esposa del coronel, la censura; indiferentes son los amigos de Agustín quienes ofrecen ayuda sólo en lo relacionado con el gallo, porque no ofrecieron al coronel nada diferente a maíz para alimentarlo, ni accedieron a comprar el reloj o el cuadro. Aprovechado es Don Sabas, su compadre, porque juega con la desesperación del coronel para bajar abruptamente la oferta por el gallo, dándole por él un precio inferior al justo y acordado y adelantándole sesenta pesos con los que procura anular la reversibilidad del trato.

Como vemos, no hay en la economía de este par de ancianos ninguna actividad laboral o productiva formal o informal, con excepción de la labor de costura que significa algunos ingresos para ellos. Tampoco hay planeación, presupuesto o anticipación del gasto: las necesidades económicas se resuelven día a día o buscando recursos que les permitan

sobrevivir una temporada, pero nunca en pro de un ingreso continuo o seguro. De hecho, como afirma el texto, es una economía sostenida en el vacío y altamente insegura pues la casa está hipotecada, la pensión más bien perdida y las ganancias del gallo dependen de que este gane las peleas. Esta economía descansa en la ingenuidad o la esperanza de que pronto habrá un recurso fijo, y su lógica consiste en sobrevivir mientras eso ocurre.

Relaciones sociales

Respecto a la forma como se relacionan con las instituciones y las personas, el coronel y su esposa difieren radicalmente. Mientras ella reduce su actuación al plano privado, ausente de relaciones sociales a las que sólo recurre en situaciones extremas –delega en su esposo toda acción que las implique–, el coronel se presenta en la obra yendo y viniendo entre el espacio íntimo, que configuran su casa y su mujer, y escenarios públicos en los que desarrolla interacciones con diferentes actores e instituciones sociales. Ella, responde, por tanto, al estereotipo del anciano que ha perdido todo vínculo social y no desempeña ningún rol en su comunidad; el anciano cuya existencia se limita al plano personal, siendo el eje de su existencia el mero hecho de la supervivencia. El coronel va en contravía de este estereotipo, pero hacerlo le demanda esfuerzo y sacrificio.

Si repasamos un poco la relación que el coronel tiene con las instituciones, en este caso gubernamentales y eclesiásticas, podemos concluir que tienen hacia él y su condición de vejez, indiferencia, pero también ejercen represión sobre él. Son indiferentes todos los organismos estatales de los que depende su pensión: en una muestra clara de ingratitud y falta de reconocimiento al servicio prestado por el coronel, han dilatado y obstaculizado el proceso de compensación económica sin que la vejez de sus reclamantes y la miseria en que la ausencia de la jubilación los sume haga de ellos sujetos de especial derecho y mayor consideración; al contrario, se les trata de manera que se proyecta sobre ellos la imagen de un ciudadano degradado e inútil, incapaz de valerse por sí mismo.

La actitud del administrador del correo, su comportamiento hacia el coronel, representa bien el trato desconsiderado. En una ocasión, mientras el coronel se encontraba en la oficina de correos en compañía del médico, *“el administrador distribuyó el correo entre los destinatarios presentes. El coronel observó la casilla que le correspondía en el alfabeto [...] esperaba que el administrador se detuviera frente a ella. Pero no lo hizo. El médico interrumpió la lectura de los periódicos. Miró al coronel. Después miró al administrador sentado frente a los instrumentos del telégrafo y después otra vez al coronel. –Nos vamos –dijo. El administrador no levantó la cabeza. –Nada para el coronel –dijo. El coronel se sintió avergonzado”* (p. 17). Pero además, respecto del administrador, *“su indolente manera de actuar exasperaba al coronel”* (p.17). Otro viernes fue aún peor: estando el coronel nuevamente en compañía del médico, *“el administrador le entregó la correspondencia [al médico]. Metió el resto en el saco y lo volvió a cerrar. El médico se dispuso a leer dos cartas personales. Pero antes de romper los sobres miró al coronel. Luego miró al administrador. –¿Nada para el coronel?– El coronel sintió el terror. El administrador se echó el saco al hombro, bajó el andén y respondió sin volver la cabeza: –El coronel no tiene quien le escriba.”* (p.27). El funcionario dejó aún más explícita su postura cuando el coronel *“en la oficina de correos se dirigió directamente al administrador: –Estoy esperando una carta urgente– dijo. –Es por avión. El administrador buscó en las casillas clasificadas. Cuando acabó de leer repuso las cartas en la letra correspondiente pero no dijo nada. Se sacudió las palmas de las manos y dirigió al coronel una mirada significativa. –Tenía que llegarme hoy con seguridad –dijo el coronel –. El administrador se encogió de hombros. –Lo único que llega con seguridad es la muerte, corone–* (p.44).

La actitud, las palabras y, ante todo, la gestión del abogado, resumen también la postura de las instituciones. Los argumentos que expuso para justificar la tardanza de la pensión eran *“siempre la misma historia. Cada vez que el coronel la escuchaba sentía un sordo remordimiento. 'Esto no es una limosna ', dijo. 'No se trata de hacernos un favor. Nosotros nos rompimos el cuero para salvar la república'.* En una expresión sarcástica, *“el abogado se abrió de brazos. –Así es, corone– dijo –. La ingratitud humana no tiene límites”* (p.30).

La represión podemos verla en la regulación y censura que la iglesia, en cabeza del sacerdote, impone sobre determinadas actividades y que si bien no están dirigidas específicamente a los ancianos, no les son relevadas a causa de su edad; es decir, la condición de vejez no exime del cumplimiento de las obligaciones morales que la sociedad impone al resto de sus miembros. De igual forma proceden las restricciones impuestas por instituciones políticas, el alcalde y las fuerzas militares. Por eso, a pesar de su edad, el coronel debe limitar su participación política a la clandestinidad y al aspecto simbólico que representa la tenencia, el adiestramiento y la pelea del gallo.

Lo anterior es importante porque existen teorías sobre la vejez que plantean que, a medida que avanza la edad, la sociedad va disminuyendo las exigencias que hace a sus miembros. La vejez sería un período de desocialización inverso al de la socialización que se produce en la niñez, dejando entrever una visión circular del *ciclo* de vida humana y la imagen del anciano como un sujeto asocial que a causa de su cada vez más nula participación en la comunidad no necesita ser regulado. Pero el texto no presenta ese estereotipo: el coronel es un anciano que busca, a toda costa, seguir siendo un actor social, conservar su rol dentro de la comunidad, ser reconocido como un personaje que influye en la defensa de una posición política. Para lograrlo se enfrenta a la muerte de su hijo, a su familia, al Estado, a otros habitantes del pueblo, a antiguos simpatizantes de su causa que han desertado y a sí mismo. Lo hace a través del gallo: este animal es su vínculo con la sociedad, su pretexto para seguir en escena, el vehículo a través del cual se relaciona con los demás; los compañeros de su hijo, su compadre Sabas, los niños que lo visitan, y aún el médico, participan de esta dinámica. Debido a esto, el coronel se aferra al gallo: renunciar a él representaría un retiro definitivo de todo ámbito público, cortar todo lazo que lo une a un colectivo. Lo vemos cuando los amigos de Agustín sacaron a la fuerza el gallo de la casa del coronel para llevarlo a la gallera y a la mujer le *“dijeron que el gallo no era nuestro sino de todo el pueblo”* (p.65). El gallo le permitió al coronel volver a participar de la actividad social, ocupando un lugar especial, hallándose en el centro mismo de la función colectiva: en la gallera *“lo interrumpió una nueva ovación. El coronel se sintió intimidado. Volvió a abrirse pasó, sin mirar a nadie, aturdido por los aplausos y gritos”* (p.64); o bien: *“Todo el pueblo –la gente de abajo-*

salió a verlo pasar seguido por los niños de la escuela, [...] cuando llegó el coronel con el gallo la atención se desplazó hacia él. [...] siguió absorto hasta su casa, todavía oyendo voces dispersas, como si lo persiguieran los desperdicios de la ovación de la gallera” (p.65).

A pesar de eso, el coronel se siente en soledad. La muerte le ha arrebatado gran parte de su círculo social y red de apoyo original; se lo recordó el abogado cuando mencionó como una de las causas de la tardanza de la pensión que *“Hace quince años era más fácil, 'entonces existía la asociación municipal de veteranos, [...] la unión hace la fuerza”* (p.29), y *“dijo el coronel, por primera vez dándose cuenta de su soledad: -todos mis compañeros se murieron esperando el correo”* (p.29). Asimismo, la sastrería *“era su único refugio desde cuando sus copartidarios fueron muertos o expulsados del pueblo y quedó convertido en un hombre solo sin otra ocupación que la de esperar el correo todos los viernes”* (p.22).

Su soledad también se deriva del hecho de que no haya nadie (excepto su mujer) que tenga en el coronel un genuino interés más allá de la política o el gallo. No existe un solo personaje que tenga cuidado de las necesidades físicas o emocionales del coronel y su esposa; él mismo es consciente de esa distancia cuando impone un estricto código de silencio con el fin de que nadie se entere de la realidad que vive en casa. Su mujer intenta hacerlo entrar en razón con respecto a que la codicia de los otros, que con su servicio el coronel alimentó, terminó por dejarlo en esta situación: *“ahora todo el mundo tiene su vida asegurada y tú estás muerto de hambre, completamente solo”* (p.69).

El amor

La mayor interacción que podemos encontrar entre personajes en el texto es aquella que se desarrolla entre el coronel y su esposa. De hecho, el diálogo entre ellos es un elemento transversal en la obra. Analizar la forma en que se desenvuelve este vínculo aporta información importante sobre un tema que, además de estar presente en otras novelas del autor, ha interesado a los estudiosos de la senectud: el amor en la vejez.

El coronel y su esposa llevan casados cuarenta años, y producto de su matrimonio fue un único hijo, Agustín, asesinado hace nueve meses. Cuando se casaron ya había pasado la historia militar del coronel, pero junto a ella vivió la etapa de su activismo político y la espera de la notificación pensional, en lo que constituye una convivencia ininterrumpida e incondicional que dibuja una trayectoria de vida compartida.

El coronel y su esposa no tienen contacto sexual; ni siquiera duermen juntos, pues mientras él lo hace en la hamaca ella lo hace en la cama. Tampoco hay manifestaciones de amor romántico: no se nos refiere un beso, una caricia o un abrazo. El contacto físico más cercano entre ellos sucedió cuando, al borde de una crisis de asma, *“el coronel la empujó suavemente hacia la almohada y sus ojos tropezaron con otros ojos exactamente iguales a los suyos”* (p.36). A pesar de esta ausencia de expresiones sexuales, tanto el coronel como su esposa advierten los cambios físicos y de apariencia del otro, es decir, que no son completamente indiferentes ante la percepción estética de su conyuge. Al disponerse a salir rumbo a un entierro, la esposa del coronel le hizo peinar, y tras la protesta de él por el inútil esfuerzo de conseguir acomodar su cabello —*“Debo parecer un papagayo—*, ella reveló aprobación por su figura: *“La mujer lo examinó. Pensó que no. El coronel no parecía un papagayo. [...] ‘Así estás bien’”* dijo (p.10). Antes de eso, al verlo vestido con la misma ropa que usó el día de su matrimonio, *“advirtió cuánto había envejecido su esposo”* (p.10), pero después de hacerle un corte de cabello *“la mujer pensó que su marido tenía razón”* (p.25) cuando el coronel dijo que le había quitado *“veinte años de encima”*. No pasó desapercibido para el coronel el ritual de tres días de peinado que hizo la mujer y que él describió como *“misa cantada”* (p.25), y tampoco la vez en que, al encontrarla en la labor de la costura, *“observó el cuerpo de la mujer enteramente cubierto de retazos de colores”* (p.22) y dijo *“Pareces un pájaro carpintero”* (p.22). Ni la ocasión en la que sorprendió ridículamente vestida con los zapatos viejos del coronel, un delantal colgado y un trapo en la cabeza y, sonriendo, le dijo: *“Eres idéntica al hombrecito de la avena Quaker”* (53).

Si la relación entre ellos es prácticamente nula en la dimensión sexual y desprovista de amor pasional, es por el contrario abundante en demostraciones de un cariño que se muestra sacrificial y paternalista. Ella se encuentra, en todo momento, dispuesta a

proveer de cuidados al marido, incluso a despecho del mismo, pero la forma en que lo hace reviste una cierta actitud maternal porque se expresa en pseudorregaños y disimuladas recriminaciones: cuando su esposo comenzó a exponer los síntomas de la enfermedad, le dijo: *“Desde que empezó a llover te estoy diciendo que duermas con las medias puestas”* (p.8), y antes de salir, agarrándolo por el brazo le instó: *“péinate”* (p.10). Para persuadirlo de gastar los últimos recursos en alimentación para ellos y no para el gallo, le recordó: *“es una ilusión que cuesta caro. Cuando se acabe el maíz tendremos que alimentarlo con nuestros hígados”* (p.15), y al observar sus viejos zapatos hizo una observación y dio una orden: *“Ya esos zapatos están de botar. Sigue poniéndote los botines de charol”* (p.16). Trató en otra ocasión de sacarlo de sus cavilaciones durante el almuerzo al reparar que *“Ahora lo que debes hacer es aprovechar la mazamorra”* (p.45), y en contra de la voluntad del marido informó al médico del episodio de fiebres y alucinaciones que había tenido la noche anterior a su visita, refiriendo que *“esta madrugada tuvo fiebre. Estuvo como dos horas diciendo disparates de la guerra civil”* (p.21).

El coronel procura también el bienestar de su esposa, pero tiene un ánimo menos paternalista y más sacrificial. Lo vemos a lo largo de la obra cediendo a peticiones de su esposa, realizando actividades que por su propia voluntad no haría. Por ejemplo, cuando al terminarse el café el coronel ofrece lo que queda a la esposa y miente para que ella no sepa que él no ha tomado, o cuando a sabiendas de que no tiene recursos para pagar la consulta del médico, lleva el recado de su esposa y consigue que este la visite recibiendo en secreto el diagnóstico y las prescripciones; también cuando, sin querer visitar la casa del muerto, la acompaña hasta el pueblo para que dé el pésame, vagando por el pueblo mientras la espera. Pero su mayor renuncia ocurre cuando accede a exponer su situación económica ante los demás en contra de su orgullo. Cuando la mujer entró en su última crisis de asma, el coronel *“tuvo que apretar los dientes muchas veces para solicitar crédito en las tiendas vecinas. 'Es hasta la semana entrante' decía sin estar seguro él mismo de que era cierto”* (p.35), y después de esto llevó a regañadientes el reloj de su casa para ofrecerlo en venta al antiguo colega de su hijo a pesar de sentir que

“es como andar cargando el santo sepulcro” (p.37). Lo mismo pasó cuando, incitado por ella, visitó a su compadre para venderle el gallo.

Existe, además, una dinámica continua entre el coronel y su esposa, pues mientras esta trata constantemente de incitarle para que defina posiciones, tome decisiones y se resuelva en acciones, el coronel persuade continuamente a su esposa conteniéndola para que retarde sus determinaciones y reexamine sus decisiones. Esto es posible gracias a un complejo y profundo conocimiento que existe entre ellos y que se entiende como el resultado de su larga convivencia. Reconocen con facilidad y prontitud, entre ellos, los signos y las consecuencias de la enfermedad: *“la mujer descubrió en su rostro los estragos de la noche anterior”* (p.21), los cambios de ánimo: *“el coronel examinó a través del gallo el humor de su esposa”* (61); las particularidades del carácter: *“conocía el carácter de su mujer, naturalmente duro, y endurecido todavía más por cuarenta años de amargura”* (68); y lo que tratan de ocultarse: *“Él tuvo la impresión de que esta vez le había correspondido a ella el turno de mentir”* (p.46).

Aunado a esto, existe entre ellos una especie de interdependencia emocional, un vínculo íntimo que sobrepasa lo racional y les obliga a entrar al tiempo en determinadas situaciones. Se trata de una condición en la que lo que le pasa a uno afecta al otro, lo cual esboza una forma de comunión, de sincronía, de mutua necesidad. Puede observarse en la forma como el coronel describe los períodos de convalecencia que la mantienen retraída y los compara con las épocas de salud en que se muestra activa: *“En la cama era un vacío. Ahora, moviéndose entre los tiestos de helechos y begonias, su presencia desbordaba la casa”* (p.20). Eso mismo se intuye cuando el coronel, ya recuperado de sus dolencias gástricas, solo por ver cómo su esposa entraba en una crisis, *“también [...] sufrió una recaída”* (p.35); y también cuando, al tratar de calmar la agitada respiración de su esposa, *“sus ojos tropezaron con otros ojos exactamente iguales a los suyos [...] sintiendo los silbidos dentro de sus propios pulmones”* (p.36). Pasa igual con sus noches de sueño y vigilia: en casi todos los desvelos del coronel, su esposa es interlocutora.

No significa lo dicho que su relación esté ausente de desacuerdos. El matrimonio senil no se muestra como una convivencia pacífica y tranquila en la que los acuerdos son tácitos o fáciles de conseguir y los caracteres están tan ajustados que logran evadir toda divergencia practicando la sumisión y tolerancia. El coronel y su esposa siguen disintiendo en asuntos nuevos y antiguos, discutiendo sobre el uso del dinero, la suerte del gallo, las verdaderas causas de la muerte de su hijo, entre otras muchas cosas.

Otro aspecto que el texto nos señala es como, aún en la vejez, los roles de ambos se conservan. Las acciones de la esposa se enmarcan en un ámbito privado: es ella quien, con arreglo a la tradición, se ocupa de las labores del hogar; ella es quien cocina, plancha, remienda, cambia de lugar y pone en orden los objetos de la casa, manejando además los recursos económicos. Por eso, es quien más se preocupa por el sostenimiento de su casa; ante la escasez de dinero o recursos en especie, se queja: *“Estoy cansada. Los hombres no se dan cuenta de los problemas de la casa”* (48), y expone el completo desconocimiento del coronel sobre lo que sucede al interior de su vivienda al revelarle que *“varias veces he puesto a hervir piedras para que los vecinos no sepan de tenemos muchos días de no poner la olla”* (p.48). Cuando la esposa del coronel sale a escenarios públicos, está siempre acompañada por su esposo y sucede lo mismo cuando recibe visitas en casa.

En contraste, el coronel se desenvuelve bien en los escenarios públicos. El texto nos lo muestra en un constante ir y venir entre los diferentes lugares del pueblo: el puerto, la plaza, las calles, la oficina del correo, los almacenes, la sastrería, la gallera, el salón de billares, y visitando las casas de diferentes personajes como Don Sabas, el médico y el abogado. El trascurrir del coronel se expande más allá del espacio íntimo, estableciendo relaciones sociales amplias. Para el coronel, a pesar de su condición económica, queda reservada también la obligación de proveer, y demuestra vergüenza y pesar de no poder llevarla a cabo. Cuando regresaba de la oficina de correos *“se sentía defraudado. Habría preferido permanecer allí hasta el viernes siguiente para no presentarse esa noche ante su mujer con las manos vacías”* (p.27). Debido a esto, cada vez que se hizo necesario gestionar la consecución de recursos, le correspondió al coronel poner la cara y negociar los términos de la venta de algún objeto. Si bien es cierto que no tiene mucho éxito en

esta empresa, la esposa le recuerda su rol fallido al advertir que es su culpa la mala condición económica en que se encuentran: *“Todo el mundo ganará con el gallo menos nosotros, somos los únicos que no tenemos ni un centavo para apostar”* (p.69); *“También tenías derecho a que te dieran un puesto cuando te ponían a romperte el cuero en las elecciones. También derecho a tu pensión de veterano después de exponer el pellejo en la guerra civil. Ahora todo el mundo tiene su vida asegurada y tu estas muerto de hambre”* (p. 69).

De esa conjunción entre el rol proveedor y público del coronel se desprende su reacción cuando su esposa —en medio del desespero por la situación de miseria— salió, ella misma, a espaldas de su marido, a intentar obtener algo de dinero. Fue primero donde el sacerdote del pueblo y le pidió un préstamo amparado en los anillos de bodas, regañada por este al pretender negociar con cosas sagradas, y ofreció el reloj de pared y el cuadro que tenía en su casa sin lograr vender lo uno ni lo otro. Su esposo, que la esperaba en casa con la certeza de que algo inusual ocurría, se sintió ofendido y, al enterarse, no pudo expresar otra cosa que *“eso es una verdadera humillación”* (p.48)

Uso del tiempo

Es aceptado entre los diferentes estudiosos de la vejez que existe correlación entre el uso del tiempo y la variable de la edad. Las numerosas investigaciones que, a partir de los años sesenta, han abordado esta relación, señalan que en la edad senil —sobre todo después de los 65 años— se experimentan variaciones en aspectos como el tipo de actividades que se realizan, el tiempo que se invierte en ellas, los patrones horarios, los tiempos de descanso, las rutinas, entre otros. Estos modelos de empleo del tiempo también forman parte de la representación social del viejo, y de ahí que analicemos cómo se manifiestan en la vida del coronel y su esposa.

La esposa del coronel divide su tiempo principalmente entre las labores domésticas y la convalecencia debida al asma, entendiendo que la segunda excluye la primera: *“La ropa blanca estaba sin planchar a causa del asma de la mujer”* (p.9). Durante el tiempo de las crisis, que puede extenderse hasta una semana, la mujer adopta una actitud pasiva y

letárgica, permanece largos períodos en cama y se retira de cualquier quehacer en casa. Cuando logra superar el paroxismo, se muestra por el contrario enérgica y activa, poniendo al día aquello que las dolencias le han retrasado: *“había comenzado a poner en orden el cuarto, repuesta de una semana de crisis”* (p.19); *“como ocurría siempre la mujer surgió excitada de la crisis. En el curso de la mañana volteó la casa al revés. Cambió de lugar cada cosa, salvo el reloj y el cuadro de la ninfa”* (p.20).

También se ocupa en actividades religiosas: varias veces su marido la encontró rezando el rosario (pp.33, 47), y en otras las campanadas de la iglesia le señalaron el comienzo de una oración especial: *“El ángel del Señor anunció a María, rezó en voz alta dirigiéndose con la ropa al dormitorio”* (p.22). A pesar de esto no se le ve jamás asistiendo a misas, funerales o a cualquier otra ceremonia religiosa realizada en público. Cuando su ánimo es excepcionalmente bueno se dedica a la costura, confeccionando, a partir de ropa inservible, prendas nuevas, con lo que consigue aliviar un poco la deteriorada economía del coronel, pues, si bien su aplicación a esta labor no puede catalogarse como una ocupación laboral en todo el sentido de la palabra, sí consigue generar, por tiempos, algunos ingresos vitales para el sostenimiento de la pareja.

Otros oficios, que según ella misma le generarían más satisfacción, se ven siempre postergados por alguna razón. Por ejemplo, cada expresión sobre el deseo de sembrar las rosas se ve inmediatamente seguido por un argumento en contra: *“Me gustaría sembrar las rosas’, dijo de regreso a la hornilla. [...] ‘si quieres sembrar las rosas, siémbrales’ [...] ‘se las comen los puercos’ dijo ella”* (p.61). Igual sucede con las intenciones de cantar o ir al cine.

El coronel pasa su tiempo en actividades más variadas. A pesar de que en otra época era un activo militante partidista, el estado de sitio imperante en el pueblo lo obliga a desarrollar una participación más moderada y discreta; debido a esto, procura mantenerse enterado de la situación política del país, y lo hace a través de la lectura de los periódicos, la conversación con el médico y los amigos de su hijo muerto, y la información clandestina que le hacen llegar y que también distribuye. Como veremos más adelante el ocuparse del sostenimiento y el entrenamiento del gallo contribuye

también, aunque de forma más simbólica, a la causa política del coronel y a eso se debe su dedicación y esfuerzo en pro del buen estado del animal.

No obstante, no es esa una actividad que le demande mucho tiempo. De hecho, ni él ni su esposa tienen una ocupación permanente, periódica o planificada, sino que realizan de forma más bien espontánea las acciones que les depara el día a día, sin más restricciones de horario o calendario que la espera del correo los viernes. Esta pareja de ancianos tiene abundante tiempo libre, sobre todo el coronel, que se muestra un poco aburrido y desocupado, lo que lo impulsa a caminar sin dirección ni propósito por las calles del pueblo, entablando aquí y allá conversaciones triviales: *“Salió a la calle. Vagó por el pueblo en siesta, sin pensar en nada”*; *“Anduvo por calles olvidadas hasta que se encontró agotado”* (p.37); *“el coronel siguió vagando por los alrededores hasta cuando estallaron truenos y relámpagos remotos”* (p.46); *“salió a caminar por el pueblo paralizado en la siesta dominical”* (p.53).

Quizás como producto de la disminución en la variedad, intensidad y duración de las labores o como característica intrínseca al carácter del anciano —relacionada con un funcionamiento mental más lento y un aumento de la ansiedad, la preocupación y el recuerdo— el viejo también pasa su tiempo pensando. Su pensar no es siempre, como podría creerse, un movimiento involuntario e inevitable de la conciencia; es, además, una actividad premeditada y consciente que puede realizarse al tiempo con otras ocupaciones o hacerse de manera exclusiva. El día del entierro del músico, mientras su esposo se preparaba para el funeral, la mujer *“cerró los ojos para pensar más intensamente en el muerto”* (p.9), y cuando, luego de regresar sin la esperada carta, ella lo recibió con mazamorra, el coronel *“la comió en silencio con largas pausas para pensar entre cada cucharada”* (p.44); y otra vez, increpado por la mujer sobre la inutilidad de su espera, *“el coronel apagó la lámpara y se hundió a pensar en una oscuridad cuarteada por los relámpagos”* (p.48). Muchas veces, ante el mutismo de su compañero, el coronel y su esposa se preguntaron *“¿Qué te pasa?”*, y la respuesta fue, otras tantas, *“Estoy pensando”*. Los temas sobre los que versa esta cavilación son una mezcla entre aspectos trascendentes, existencialistas y abstractos como la muerte, el destino o la justicia y

asuntos más terrenales como sus problemas económicos, acontecimientos del pueblo o la vida de vecinos y amigos.

Otra ocupación pasiva es la más importante del coronel, y hay que insistir en la pertinencia de llamarla de ese modo: esperar la tan anhelada carta de notificación pensional, porque *“cuando sus copartidarios fueron muertos o expulsados del pueblo, él quedó convertido en un hombre solo sin otra ocupación que esperar el correo de todos los viernes”* (p.22); y es que *“el coronel no había hecho nada distinto de esperar”* (p.7). Aunque no lo parezca, la espera en el coronel no es inactividad: es una acción para la que vive y a la que se dedica. En el texto, la palabra *esperar* aparece asociada con el coronel más de 30 veces; él no espera sólo el cumplimiento de las promesas del estado: también espera —por mencionar solo algunos episodios— a que el administrador de correo ubique todas las cartas antes de preguntarle por la suya, espera que se hagan elecciones, espera que un negligente abogado resuelva su caso, espera el último momento para tomar decisiones, esperó más de dos horas a Don Sabas para proponerle la venta del gallo y a que Álvaro esté solo para ofrecerle el reloj, espera la inminente llegada de la lluvia para regresar a casa, está dispuesto a esperar en toda circunstancia.

El coronel y su esposa no participan de ninguna actividad de esparcimiento. Al parecer se los impide su condición de escasez económica y la norma socio-religiosa sobre el tiempo que se debe guardar duelo. No obstante, podemos advertir la inclinación favorable del coronel hacia ciertos espacios y eventos recreativos. Por ejemplo, en el salón de billares donde encontró a uno de los amigos de su hijo, *“el coronel se entretuvo con los números de vivos colores”* y hasta se animó a sugerir el número para la apuesta. De igual forma, se le notó entusiasmado cuando vio el circo —el primero en venir en diez años— y prometió a la esposa ir al cine en cuanto su hijo cumpliera su primer año de muerto.

Visión del tiempo

Al margen de la medición cronológica existe una percepción temporal que responde a una lógica personal y particular en que factores como el carácter, la cultura, la condición

socio-económica, la historia de vida y la edad modelan una forma propia de ver y vivir el tiempo. Esto implica que la percepción del mismo suele variar en función de la edad, de modo que entre los ancianos se reconocen algunas características comunes en cuanto a su visión temporal, características que también se recogen en la representación social del mismo.

Para comenzar, diremos que el coronel y su esposa no son indiferentes al tiempo, es decir, procuran estar al tanto de la fecha y las horas. Esto es importante porque desmiente el estereotipo que nos presenta al anciano perdido en el fluir del tiempo, sin deseo o necesidad de marcaciones puntuales, delegando en los demás las tareas que necesitan de precisión horaria (administración de medicamentos, cumplimiento de citas, entre otros). El reloj es uno de los objetos más importantes de la casa del coronel y el mismo se ocupa con diligencia de darle cuerda: *“eran las siete y veinte cuando acabó de dar cuerda al reloj”* (p.8); además, tanto él como su esposa comparten la medición social del tiempo que marcan las campanas de la iglesia y que sirven como indicadores horarios: *“la interrumpieron las campanadas de las seis”* (p.22), *“oyó las campanas de la censura cinematográfica, y casi enseguida –tres horas después- el toque de queda”* (p.66), *“al segundo toque para misa saltó y se instaló en una realidad turbia, alborotada por el canto del gallo”* (p.19), *“el coronel terminó de dar cuerda al reloj y esperaba el toque de queda para poner la hora”* (p.46), *“la insistencia de los bronce rotos le recordó el entierro”* (p.8). También conocen con precisión la fechas, como queda demostrado cuando el coronel, al redactar una carta, pregunta a su mujer: *“¿A cómo estamos hoy?”*, y ella respondió sin pensar: *“27 de octubre”*; asimismo cuando, pensando en el muerto, recordó: *“Nació en 1922, exactamente un mes después de nuestro hijo. El siete de abril”*; y en otras varias ocasiones en la que se trató, por ejemplo, la fecha de terminación de la hipoteca, el comienzo del entrenamiento y las peleas del gallo, y fechas relacionadas con el proceso pensional.

En la actitud del coronel y su esposa se evidencia un cierto esfuerzo por permanecer conscientes de la dimensión temporal a través del uso de marcaciones y períodos elaborados a partir de referentes colectivos (sociales, culturales, históricos), recuerdos y hasta asociaciones con el clima, que responden a la necesidad de no resignarse al fluir

indeterminado del tiempo que traen consigo la monotonía, la espera y la ausencia de proyectos futuros; por eso, hasta el evento más superfluo y menos trascendente puede servir para marcar una división temporal que haga pensar que algo ha llegado y rompa aunque sea artificialmente la dilación interminable del tiempo: *“durante cincuenta y seis años –desde cuando terminó la guerra civil– el coronel no había hecho nada distinto a esperar. Octubre era una de las pocas cosas que llegaban”* (p.7). Para un jubilado bien podría ser el día de recibir su pago, pero para el coronel es el día de esperar la respuesta: *“quedó convertido en un hombre solo sin otra ocupación que esperar el correo todos los viernes”* (p.22). Esto es precisamente una solución parcial al devenir indistinto de los días, que podrían ser todos iguales si no fuera por la llegada del correo y la expectativa que ello comporta para el coronel y su esposa, lo cual nos muestra que aún en la vejez para sobrellevar el paso de tiempo son menester los acontecimientos, en otras palabras, necesitamos que “pase algo” aún en una edad en la que se supone pase cada vez menos.

Otro componente del estereotipo del anciano (con respecto a la concepción del tiempo) que el texto pone en duda es aquel relacionado con los beneficios de la experiencia que el paso del tiempo otorga a los viejos. En primer lugar, asociamos sin fundamento empírico y con ánimo generalizador las ideas de mayor cantidad de años vividos y mayor variedad de experiencias, y a partir de ahí deducimos en el viejo una cierta erudición en la visión y el tratamiento de los dilemas humanos tanto a nivel colectivo como personal; una capacidad más aguda de comprensión derivada no sólo de la diversidad y la repetición de situaciones vividas, sino también de la formación paulatina del carácter y la reflexión continua que supuestamente una edad avanzada comporta.

El coronel se muestra en un extremo opuesto de lo anterior, a pesar de tener setenta y cinco años. El texto nos expone lo poco que su pasado lo ha preparado para comprender y asumir sus circunstancias actuales: *“Era octubre. Una mañana difícil de sortear aún para un hombre como él que había sobrevivido a tantas mañanas como esa”* (p.7); *“Diez años de informaciones clandestinas no le habían enseñado que ninguna noticia era más sorprendente que la del mes entrante”*; o, en relación con la espera del correo: *“cada vez que lo hacía, el coronel experimentaba una ansiedad muy distinta pero tan apremiante*

como el terror” (p.16); para lidiar con las contradicciones de su personalidad *“necesitó medio siglo para darse cuenta de que no había tenido ni un minuto de sosiego luego de la rendición de Neerlandia”* (p.20); *“el coronel necesitó setenta y cinco años -los setenta y cinco años de su vida, minuto a minuto- para llegar a ese instante”* (p.71), o para leer acertadamente la realidad la socio-política de su entorno.

Precisamente, la sociedad en la que vive el coronel se encuentra en un proceso de transición hacia la modernidad, un cambio de época que puede observarse en aspectos como la entrada de medios de transporte aéreos (p.26), avances médicos (p.42), electrodomésticos (p.52), sustitución de la producción artesanal por la industrial (p.47), información internacional en los periódicos (p.27), entre otros varios indicios. Se trata de algo que pasa también a nivel local por cambios que responden a circunstancias políticas enmarcadas en una dinámica de guerra y posguerra: *“Desde hacía mucho tiempo el pueblo yacía en una especie de sopor estragado por diez años de historia. Esa tarde – otro viernes sin carta- la genta había despertado”* (p.64); *“Sólo entonces descubrió el circo [...] es el primero que viene en diez años”* (p.63).

Con respecto a los cambios que la modernidad conlleva, el coronel, si bien reconoce sus bondades, también expresa un grado de indiferencia, desconfianza y hasta incomprensión ante ellos. Hablando con el médico, dijo: *“El avión es una cosa maravillosa [...] pero no deja de tener sus peligros”* (p.26), y cuando el otro contestó que *“En la actualidad es más seguro que una lancha. A veinte mil pies de altura se vuela por encima de las tempestades”* (p.26), el coronel se mostró *“perplejo, sin concebir la noción de la cifra”* (p.26). En otra ocasión, al examinar las pastillas endulzantes que su compadre Sabas describía como *“azúcar pero sin azúcar”*, dijo el coronel: *“Es algo así como repicar pero sin campanas”* (p. 42), y más tarde demostró su ignorancia sobre el tema al llamarlas *“pastillas milagrosas”* (p.45). Su propia casa esta desprovista de todo electrodoméstico: todo en ella es antiguo, comenzando por los muebles, la hornilla de barro, el bombeo manual del insecticida, el alumbrado mediante lámpara, sus vestidos, entre otros.

Hablando de los cambios sociales que vive el pueblo, el coronel los lee siempre desde la perspectiva de su pasado y a través de sus recuerdos, y por eso no alcanza a comprenderlos en su dimensión y su significado actual sino proyectando sobre ellos los hechos vividos, de modo que se aparecen como regreso o continuación de su época anterior: *“El coronel observó la confusión de rostros cálidos, ansiosos, terriblemente vivos. Era gente nueva. Toda la gente nueva del pueblo. Revivió –como en un presagio– un instante borrado en el horizonte de su memoria”* (p.64), *“Desde hacía mucho tiempo el pueblo yacía en una especie de sopor, estragado por diez años de historia. Esa tarde –otro viernes sin carta– la gente había despertado. El coronel se acordó de otra época. Se vio a sí mismo con su mujer y su hijo asistiendo bajo el paraguas a un espectáculo que no fue interrumpido a pesar de la lluvia. Se acordó de los dirigentes de su partido...”* (p.65); *“cruzó por la calle paralela al río y también allí encontró la tumultuosa muchedumbre de los remotos domingos electorales”* (p.65).

Aspectos como el anterior refuerzan el estereotipo del anciano como un ser obsesionado con el pasado, atrapado en la nostalgia de tiempos lejanos, pero advierten también que ello se debe en gran parte a que su identidad y su cultura (y todo lo que depende de ellas: costumbres, valores, tradiciones) se formaron en una época específica con referencia a las particularidades históricas, sociales, económicas y políticas de ese tiempo ya pasado. El anciano vive, en esencia, en un tiempo que no es el suyo; y necesariamente experimenta la transición de la cultura en que formó su identidad a otra a la cual se le impone adaptarse; que no lo haga, o que lo haga parcialmente se ha utilizado para estereotipar al anciano como terco, poco flexible, y hasta cierto punto discapacitado para participar por completo de la sociedad presente. Vale la pena pensar, sin embargo, que se trata más bien de un acto consciente de defensa de su derecho y necesidad de conservar su forma particular de ver e interactuar con el mundo bajo los parámetros que le son propios. Este es el caso del coronel y en él reviste una actitud idealista que mantiene a pesar de muchos años de desengaños que no han logrado hacer que traicione sus ideales.

Sin embargo, eso no significa que el coronel no viva el presente. Se empeña en hacerlo como otrora vivió el pasado, pero sin tener la sensación de un tiempo acabado; sin

resignarse a renunciar a su vida en virtud de su edad. A lo largo de la obra se nos muestra un coronel ansioso, esforzado, y finalmente decidido a vivir el presente —sea como sea que él lo interprete— a despecho de su familia, su situación económica y su propia seguridad, porque, como él mismo lo afirma, *“nunca es demasiado tarde para nada”* (p.34 y 44).

Memoria y recuerdo

Hay cierto componente evolutivo en la asociación que hacemos entre los ancianos y los recuerdos, una imagen que quedó grabada desde el tiempo en que eran ellos los encargados de la trasmisión oral de la cultura, una función en la que paulatinamente han cedido terreno. Pensamos los viejos como seres llenos de pasado, los más idóneos para practicar el ejercicio de la memoria, y eso no sólo porque vinculamos el tiempo que han vivido con una mayor cantidad y variedad de experiencias, sino porque relacionamos su carácter y sus circunstancias con cierto gusto por y cierta necesidad de revivir el pasado. Existen incluso definiciones de la vejez hechas en base a la relación con los recuerdos: dice el proverbio hindú *“La vejez comienza cuando el recuerdo es más fuerte que la esperanza”*, y el refrán español *“cuando los recuerdos superan a los proyectos quiere decir que eres viejo”*; en ellas queda resumido un componente del estereotipo de la vejez que nos muestra los ancianos prácticamente detenidos en los recuerdos.

El texto que nos ocupa expone también una relación del coronel y su esposa con los recuerdos. Como dijimos anteriormente, la memoria de hechos pasados suele ser vívida y precisa; por lo general, está referida a un día particular: *“me parece que lo estuviera viendo cuando salió con el gallo debajo del brazo. Le advertí que no fuera a buscar una mala hora en la gallera y él me mostró los dientes y me dijo: ‘cállate, que esta tarde nos vamos a podrir en plata’”* (p.36). Pero también puede expresarse bajo la forma de síntesis que abarcan una época: *“veinte años esperando los pajaritos de colores que te pintaron después de cada elección y de todo eso nos queda un hijo. Nada más que un hijo muerto”* (p.48); *“Se acordó de Macondo. El coronel esperó diez años a que se cumplieran las promesas de Neerlandia”* (p.48).

En ocasiones, los recuerdos son suscitados por la visión de un objeto: *“Encontró en el baúl un paraguas enorme y antiguo. Lo había ganado la mujer en la tómbola política destinada a recolectar fondos para el partido del coronel. Esa misma noche asistieron a un espectáculo al aire libre que no fue interrumpido a pesar de la lluvia. El coronel, su esposa y su hijo Agustín –que entonces tenía ocho años– presenciaron el espectáculo hasta el final, sentados bajo el paraguas. Ahora Agustín estaba muerto y el forro de raso brillante había sido destruido por las polillas”* (p.9). Otras veces están ligados a un sentimiento: *“La ingratitud humana no tiene límites. También esa historia la conocía el coronel. Había empezado a escucharla al día siguiente del tratado de Neerlandia, cuando el gobierno prometió auxilios de viaje e indemnizaciones a doscientos oficiales de la revolución”* (p.30); otras, a la repetición de una acción: *“revivió –como en un presagio– un instante borrado en el horizonte de su memoria”* (p.64).

Como vemos, todos los recuerdos del coronel son sobre su participación en la guerra civil: personajes como el Coronel Aureliano Buendía, lugares como Macondo, eventos como el día de la rendición de Neerlandia y de su posterior participación en la vida política del pueblo, en la que ningún personaje resalta y que parece tener menos relevancia: *“Se acordó de los dirigentes de su partido, escrupulosamente peinados, abanicándose en el patio de su casa al compás de la música”* (p.65).

El recuerdo cumple una función en la vida del coronel y su esposa; permite hacer balances, sirve de punto de referencia para evaluar el presente desde el pasado. El recuerdo propicia la comparación y nos muestra el efecto del paso del tiempo: *“su esposa lo vio en ese instante, vestido como el día de su matrimonio. Solo entonces advirtió cuánto había envejecido su esposo”* (p.10). También da luz sobre nuestras contradicciones y nos ayuda a comprender el origen de las actitudes: *“el coronel esperó diez años a que se cumplieran las promesas de Neerlandia. En el sopor de la siesta vio llegar un tren amarillo y polvoriento con hombres y mujeres asfixiándose de calor, amontonados hasta el techo de los vagones. Era la fiebre del banano. En veinticuatro horas transformaron el pueblo. ‘Me voy’, dijo entonces el coronel. ‘El olor del banano me descompone los intestinos’. Y abandonó a Macondo en el tren de regreso, el miércoles veintisiete de junio de mil novecientos seis a las dos y dieciocho minutos de la tarde.*

Necesitó medio siglo para darse cuenta de que no había tenido un minuto de sosiego después de la rendición de Neerlandia” (p.49). Recordar nos ayuda a sacar conclusiones, porque nos muestra un panorama temporalmente completo de nuestra condición: “Estaba pensando que en la reunión de Macondo tuvimos razón cuando le dijimos al coronel Aureliano Buendía que no se rindiera. Eso fue lo que echó a perder el mundo” (p.34).

Muerte

Lo primero que hay que decir es que el texto nos muestra que el coronel y su esposa tienen una visión socio-religiosa de la muerte, es decir, que no la piensan como un hecho únicamente biológico, un cese definitivo de las funciones orgánicas, sino como un tránsito a otra condición, a un más allá en el que siguen intactas la conciencia, la personalidad y hasta el entorno social que se tuvieron en vida. En ese sentido, la muerte no es para ellos una terminación absoluta de todo estado de la existencia; lo expresan cuando, por ejemplo, al pensar en el músico muerto, la mujer dice: *“Ya debe haberse encontrado con Agustín. Pueda ser que no le cuente la situación en que quedamos después de su muerte”* (p.9), a lo que el coronel contestó: *“a esta hora estarán discutiendo de gallos”* (p.9); o cuando, hablando del mismo muerto, ella dijo: *“debe ser horrible estar enterrado en octubre”* (p.8); o al advertirle al médico que *“un día de estos me muero y me lo llevo a los infiernos”* (p.21), y de que cierta vez al observar en su ataúd a un muerto le pareció *“dinámico y tan desconcertado como él”* (p.12). Otras personas en el pueblo comparten la misma visión: cuando el féretro del músico pasó por los barrios bajos, las mujeres *“lanzaron gritos de alabanza, de gratitud y de despedida, como si creyeran que el muerto las escuchaba en el ataúd”* (p.13); y la esposa de Don Sabas, al narrar un sueño en que una muerta le dice que murió hace doce años en su habitación construida hace solo dos, concluye: *“eso quiere decir que hasta los muertos se equivocan”* (p.53).

Ligada a esta concepción de la muerte, el texto nos muestra que la principal relación que los ancianos tienen con ella no es existencial sino social. Inclusive, una experiencia tan cercana como la muerte del hijo es percibida desde las causas y consecuencias que ha

tenido, ambas de carácter social. Las causas son la filiación política de Agustín, contraria a la del gobierno de turno, y el hecho de ser hallado distribuyendo información clandestina. Las consecuencias, una condición económica deteriorada y la asunción del coronel del rol político del hijo, materializada a través del gallo. Hasta la muerte del músico, que podría considerarse diferente por ser la primera por causa natural en mucho tiempo, se muestra, sin embargo, cargada de contenido social: todo el pueblo, la banda y hasta las autoridades laicas y religiosas tienen participación en su funeral.

Otra forma en que se percibe la dimensión social de la muerte es en los imperativos que impone el duelo: *“no toques hoy, hay muerto en el pueblo”*, dijo el coronel a un niño que cantaba en su armónica una canción; y una mujer creyendo escuchar música gritó: *“dejen esa bulla que Agustín todavía no tiene un año”* (p.39). Cantar, ir al cine y cualquier otra actividad recreativa queda prohibida, como lo sabe el coronel al prometer que *“para entonces Agustín habrá cumplido su año y podremos ir al cine”* (p.34).

Con respecto al estereotipo del anciano como un ser estrechamente asociado a la muerte, por considerarse la vejez como la etapa inmediatamente anterior a esta, el texto nos muestra una inversión. Los dos personajes que mueren son jóvenes: uno muere por la violencia y otro por causa natural. Esto habla de que la muerte no tiene por qué vincularse a la vejez de forma tan radical que aparezca como un atributo exclusivamente suyo. Si lo pensamos bien, la vejez puede ser la etapa más larga de la vida, sin embargo, sin reparar en esto, la miramos siempre como anticipación del deceso, en un gesto compulsivo que deja entrever la inherente ansiedad del humano ante la muerte, ansiedad que encuentra en la vejez la liberación que permite el aplazamiento.

El coronel y su esposa no se ven a sí mismos en la perspectiva de la muerte. Durante todo el relato es el presente el que los ocupa: no exhiben una actitud existencialista que los haga renunciar o ver como irrelevantes los asuntos de la vida, ni adoptan una actitud de pacífica espera de la muerte. El coronel, tiene, de hecho, una positiva expectativa de su esperanza de vida: *“dentro de cincuenta años estaremos tranquilos bajo tierra”* (p.45), dice, y piensa que es suficientemente resistente al hambre y otras vicisitudes: *“si nos fuéramos a morir de hambre ya nos hubiéramos muerto”* (p.37). Ya hemos dicho antes

que el coronel tiene una fuerte voluntad de vivir y que esa voluntad le ha servido para afrontar los periodos de enfermedad; en efecto, a medida que el texto avanza vemos tanto un coronel que se considera con suficiente tiempo para esperar, como uno que se aferra y hasta lucha por conservar aquello que es importante para su vida. Quizá por eso exhibe cierta incomodidad ante lo relacionado con la muerte: *“el coronel se sintió mal en el cementerio”* (p.13), y al ver el ataúd al momento de salir el cortejo *“sudó y le dolían las articulaciones”* (p.12); cuando la esposa de Don Sabas le contaba sus pensamientos sobre la muerte, *“el coronel se sintió impaciente y atormentado por la conversación que pasó de los sueños a la reencarnación”* (p.52), y cuando el administrador de correo le advierte de la ingenuidad de su esperanza en la carta diciéndole que *“lo único que llega con seguridad es la muerte”* (p.44), adquirió un humor vengativo describiendo la agonía que el propio funcionario experimentaría al esperar su jubilación.

Podría pensarse que sucede otra cosa con la esposa del coronel, pero, si observamos de cerca, toda referencia que ella misma hace sobre la muerte esconde más bien una queja sobre la vida. Cuando dice *“nos estamos pudriendo vivos”* (p.9), está realmente expresando su frustración y desconsuelo ante el deterioro de sus bienes materiales, suscitada por la visión del paraguas roto; *“Debías darte cuenta que me estoy muriendo, que esto que tengo no es una enfermedad sino una agonía”* (p.68), demanda al coronel, y usa el argumento más extremo que posee para cambiar la noticia que recién le dio el coronel de retractarse de vender el gallo; ocurre igual cuando le expresa *“te estas muriendo de hambre”* (p.47), pues lo hace para que el coronel dimensione la intensidad de la crisis y tome medidas para solucionarla. En fin, la economía pesa sobre la mujer mucho más que la muerte: durante el almuerzo que siguió a la determinante negativa del coronel por seguir adelante con la venta del gallo, un día que era además otro viernes sin carta, *“el coronel comprendió que su esposa se estaba forzando para no llorar. Esa certidumbre lo alarmó. Conocía el carácter de su mujer, naturalmente duro, y endurecido todavía más por cuarenta años de amargura. La muerte de su hijo no le arrancó una lágrima”* (p.68).

Con el tema de la muerte termina la exposición de los elementos que conforman la representación social del viejo que presenta la obra. Se han presentado por separado

siguiendo fines prácticos y con la intención de analizar áreas específicas de la imagen de los ancianos en las que texto era más prolífico en datos, o más presto a la reflexión. Se reconoce sin embargo, que aunque contiene información de varios aspectos, el estereotipo es una unidad de sentido y por tanto, un balance de los aspectos descritos es necesario y se presentará en el apartado de las conclusiones.

5. CONCLUSIONES

Para concluir este texto es importante relacionar la representación social del viejo que *El coronel no tiene quien le escriba* presenta con las teorías y conceptos que la antropología ha desarrollado sobre la vejez, esto es, dar cuenta de los conceptos metodológicos que guiaron el análisis. Repasando un poco, estas teorías pueden ser resumidas de acuerdo a la forma en que conciben la vejez: como categoría de edad (*teoría de la modernización*, *teoría de la desconexión* y *teoría del vaciado de roles*), como grupo social (*teoría de la subcultura*), como resultado de la estructura social (*gerontología crítica* o *de dependencia estructurada*), o como parte del ciclo vital (*teoría del curso de vida*).

Recordemos que la teoría de la modernización propone que el valor social de la vejez tiene una relación inversamente proporcional al grado de modernidad, de modo que en sociedades primitivas es altamente valorada mientras que en sociedades modernas adquiere cada vez más desprestigio, como consecuencia del aumento de la población anciana, el cambio del modelo de producción, educación y transmisión de saberes y la reducción del tamaño de la familia. En el texto, la modernidad también aparece, varios elementos advierten del advenimiento de la misma sobre la sociedad a la que el coronel pertenece, pero el desafío que esta representa para su valoración como anciano no proviene del cambio en los factores macrosociales que ella impone, sino más bien de la transformación cultural en que deviene; no es su condición socioeconómica la que entra en crisis, es su identidad, su forma particular de ver y relacionarse con su sociedad.

Así, aunque el anciano logre escapar a, o hasta cierto grado atenuar, las imposiciones que la modernidad le pone a su participación en el modelo de producción y a su acción y función dentro del sistema social¹², con todo, deberá enfrentarse a una transformación cultural, un cambio en el esquema de valores, normas y costumbres. Ante este panorama

¹² Es el caso del coronel, la modernidad no acentúa su ya de por sí mala condición (todo lo contrario, si se cumplieran las premisas del moderno estado de bienestar, y su pensión se le entregara, estaría en una posición mucho más favorable); un cambio en el modelo de producción no le afectaría pues la milicia es un oficio que puede perfectamente llevarse a cabo en un estado moderno, de hecho, como él mismo dice, sus servicios ayudaron a salvar la república (una institución moderna); la transmisión de su saber que tiene mucho que ver con la historia nacional, está restringido por razones de orden político, no generacional; su familia es no es extensa, y el aumento de población de su misma edad sería más bien un consuelo para su soledad.

ha de tomar una posición, que implica tanto la forma de aprehender las transiciones de las que es testigo, como las acciones que en adelante tendrá para afrontarlas. El coronel adopta una postura radical, está decidido a mantener las convicciones a las que ha dedicado su vida y la forma tradicional en que las ha defendido, su identidad está tan profundamente arraigada a ellas que la vejez no tiene el impacto suficiente para hacer que renuncie a lo que constituye su esencia, lo que nos lleva a pensar que la vejez no es, por lo menos para el coronel, el factor identitario predominante: el elemento determinante de su identidad ha sido la cultura socio-política en la que se ha desarrollado su vida, aunque eso lo convierta en *“una 'reliquia' o una 'pieza de museo' que representa los valores ya no vigentes en la actualidad, y por tratar de imponer su criterio antiguo ante la realidad histórica materialista”* (Terao, 2003, p. 77).

Debido a lo anterior se ha descrito frecuentemente al coronel como un idealista, un hombre fiel a sus principios muy a pesar de las circunstancias, y si bien es cierto que puede definirse de este modo su carácter, también lo es que esta definición se desprende de que se espera que la vejez y todo lo que comporta, enfermedad, miseria, muerte y soledad, terminen por fin, de presionar al coronel en todas las formas posibles, para que renuncie a sus principios, *“las tensiones que sostiene el coronel se producen del choque entre el mundo interior, aferrado a su idealismo optimista y su moralidad impecable, y el mundo exterior que exige su rendición y su conformidad con el materialismo de la sociedad”* (Terao, 2003, p. 79), y al no hacerlo comprendemos que si bien es una condición que ejerce un poderoso influjo sobre el hombre, no es concluyente, no puede despojarlo de su capacidad intrínseca de tomar decisiones.

La esposa del coronel adopta una postura diferente, una marcada por la indiferencia y el escepticismo al que ha llegado luego de una vida de decepciones y una visión más realista del entorno social y sus consecuencias sobre su ámbito personal. La vejez, y los cambios y transformaciones sociales que ha presenciado y experimentado, le han permitido hacer un balance, ella tiene una perspectiva decantada hasta lo íntimo de lo que significan los esquemas políticos y económicos, personificando esa actitud recelosa y hasta resentida de quien desconfía de todo, una más cercana al estereotipo de anciano gruñón y malhumorado, fastidiado a causa de todo.

Con respecto a la teoría de la desconexión, según la cual la vejez conlleva una retirada gradual de los espacios familiares, sociales y laborales y una reducción del número y variedad de los roles que el individuo desempeña, acompañada de la renuncia de la sociedad a ejercer control normativo sobre el anciano, en lo que sería una dinámica de preparación para la muerte y de relevo generacional, el texto nos muestra un coronel que no puede circunscribirse a estas premisas.

En primer lugar, el coronel se opone a abandonar los pocos espacios sociales que la situación política de su pueblo le ha dejado. Frecuentar la sastrería donde trabajaba su hijo, dar paseos por el pueblo (durante los cuales entabla conversaciones con amigos y conocidos), asistir a eventos sociales como el entierro y hasta participar de la gallera, son algunas de las actividades que el coronel realiza en su esfuerzo por seguir haciendo parte de la sociedad a la que pertenece y como mecanismo para impedir su retiro al ámbito meramente privado compuesto por su mujer y su casa. Aunque a decir verdad, nunca fueron muy variados los roles que desempeñó, pues solo se ocupó en la milicia y el proselitismo político, no podríamos decir que estos se han reducido a causa de su vejez, sino más bien que se desarrollan de una forma más moderada a causa de la tensión que supone el ambiente político. A pesar del mismo, el coronel se ha esforzado por conservar su rol, el de defender y promover una posición política determinada; lo vemos cuando intenta mantenerse al tanto de la situación de orden público nacional, al prestarse con agrado para distribuir material clandestino y, sobre todo, en su insistencia en conservar y adiestrar el gallo para la presentarlo a todo el pueblo en la gallera.

Por su parte, la sociedad no renuncia a ejercer sobre él control normativo atendiendo a su condición etaria, ni las restricciones morales ni las políticas le son relevadas a causa de su edad. Prepararse para la muerte no le interesa, como dijimos en el apartado descriptivo, el coronel no está obsesionado con este tema, ni se sitúa a sí mismo en la perspectiva de una muerte cercana; cabe, en todo caso, preguntarnos si puede ser una verdadera preparación para la muerte el ausentarse de los espacios de interacción social acompañado del abandono de toda función pública. El supuesto beneficio que esto tiene sobre el relevo generacional, queda en el ámbito del coronel descartado. En primer lugar, porque la muerte de su hijo invierte la relación en la que un anciano da paso a un joven,

y en segundo lugar, porque ninguno de los muchachos que comparten la filiación política del coronel se atreven a tomar su lugar, siquiera en la tenencia del gallo. El coronel tiene, debido a su edad y su pasado, es decir, por ser viejo, una autoridad y una representatividad que no podría revestir otro personaje en la obra.

Otro elemento que debemos recordar es que esta teoría concibe que este proceso de aislamiento y “vaciado de roles” se da a partir de la jubilación, es este el momento crucial que marca el límite entre una y otra condición, jubilarse es, si se quiere, el rito de paso entre la adultez y la vejez. A pesar de sus setenta y cinco años el coronel no ha conseguido pensionarse y vale la pena preguntarnos si lo único que eso evidencia es el desdén y la apatía gubernamental hacia los ancianos, porque en cierta medida, el hecho de que el coronel no sea pensionado constituye una autorización tácita de su actuación social y política. Eso significaría cierto reconocimiento de que una sociedad que no puede asegurar a sus ancianos bienestar tampoco puede relevarlos de participación mediante acciones, roles o funciones, de ella.

Lo que hasta el momento hemos dicho podríamos resumirlo en una premisa básica que es además el núcleo de otra teoría sobre la vejez: son las condiciones sociales, económicas y políticas, las que determinan y conforman las condiciones de vida y las representaciones sociales de los ancianos. La *teoría de la gerontología crítica o de dependencia estructurada* hizo posible la concepción de la vejez como una construcción social y no como una condición psicobiológica, desplazando el análisis del individuo a la sociedad. Es un aspecto bastante resaltado en la obra, en ella el coronel y su esposa se hallan retratados dentro de un marco social más amplio, de modo que las circunstancias, las acciones y las expresiones de los personajes pueden leerse y comprenderse relacionándolas con el esquema social, político, económico y cultural del pueblo que el mismo texto ofrece. Lo que la vejez comporta para el coronel y su esposa se expone en el texto como el resultado de la estructura social; sus orígenes, características y consecuencias se encuentran allí, pero el texto también nos muestra un coronel que no se rebela contra lo que la sociedad determina para tratar de imponer su particularidad y sus decisiones como factores decisivos en su propia vida.

Aquí entra la *teoría del ciclo de vida*. En ella la vejez no representa una ruptura con las etapas anteriores, sino una parte más del ciclo de vida; como tal, no tiene por qué comprender cambios radicales ni ser necesariamente una etapa de exclusión social; no hay por qué esperar que los principios y las actitudes que han caracterizado un sujeto por toda su vida se vean de repente modificadas en función del cumplimiento de una edad determinada. El coronel y su esposa son un ejemplo claro de esto: el texto nos muestra cómo, a pesar de las circunstancias, su carácter y sus convicciones siguen siendo los que han forjado a lo largo de su vida. Y es que esta teoría propone precisamente esto, que la vejez está determinada por los acontecimientos, decisiones y conductas de los individuos en las etapas que precedieron a su vejez, incluyendo variables como la situación laboral, las pautas de matrimonio y fertilidad, la educación, entre otros, de modo que en términos generales, la vejez es el resultado de la interdependencia entre la biografía personal y las particularidades histórico-sociales de la comunidad en que el anciano se ha desenvuelto. El texto nos muestra esto respecto del coronel y su esposa, la forma en que las actividades y las decisiones pasadas han influido en la vejez que sobrellevan, pero también como esas decisiones se han relacionado con el contexto social, esbozando una díada individuo-sociedad responsable de las realidades y las representaciones de la vejez en el texto.

6. BIBLIOGRAFÍA.

Abad Faciolince, Héctor (1994). *Asuntos de un hidalgo disoluto*. TM Editores, Bogotá, Colombia.

Amossy, Ruth y Herscheberg Pierrot, Anne (2001). *Estereotipos y clichés*. Eudeba Editorial, Buenos Aires, Argentina.

Aranibar, Paula (2001). *Acercamiento conceptual a la situación del adulto mayor en América Latina*. Naciones Unidas, CEPAL, Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía CELADE. Santiago de Chile, Chile.

Barthes, Roland (1996). *Análisis estructural del relato*. Ediciones Coayacán, S. A. de C.V., Coayacán, México D.F

Bhabha, Homi (2002). *El lugar de la cultura*. Manantial, Buenos Aires, Argentina.

Biografía, Gabriel García Márquez (febrero 22 de 1998). Recuperado de <https://www.mundolatino.org/biografia-gabriel-garcia-marquez/>

Bravo Almonacid, Florencia (2014). *Aproximaciones teóricas al estudio de la vejez y el envejecimiento*. VIII Jornada de Sociología de la UNLP, 3 al 5 de diciembre de 2014, Ensenada, Argentina. Recuperado en: http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.457/ev.457.pdf.

Caballero Bonald, José Manuel (2001). "Prólogo". En: García Márquez, Gabriel. *El coronel no tiene quien le escriba*. Editorial El Mundo, Barcelona, España.

Carbajo Vélez, María del Carmen (2009). "Mitos y estereotipos sobre la vejez. Propuesta de una concepción realista y tolerante". En: *Ensayos, Revista de la Facultad de Educación de Albacete*, N° 24, Albacete, España, pp.87-96. Recuperado en: <http://www.uclm.es/ab/educacion/ensayos>.

Castro García, Oscar y Posada Giraldo, Consuelo (1995). *Análisis literarios*. Editorial Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia.

Cátedra, María (1996). "Símbolos". En: Pratt, Joan y Martínez, Ángel (editores). *Ensayos de Antropología Cultural*. Editorial Ariel, Barcelona, España, pp. 187-195.

Cicerón, Marco Tulio (2001). *De Senectude*. Editorial Triacastela, Madrid, España.

Clifford, James y Marcus, George (eds.) (1991). *Retóricas de la antropología*. Júcar, Barcelona.

Cohen, L. (1994). "Old Age: Cultural and Critical Perspectives". En: *Annual Review of Anthropologic*, Vol 23, Estados Unidos. pp. 137 – 158.

Cruz Souza, Fátima (2006). *Género, psicología y desarrollo rural: la construcción de nuevas identidades para las mujeres en el medio rural*. Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación. Madrid, España.

De la Fuente Lombo, Manuel (1994). "La Etnoliteratura como método antropológico". En: De la Fuente Lombo, Manuel (coord.) *Etnoliteratura un nuevo método de análisis en antropología*. Universidad de Córdoba, Córdoba, España. pp. 51-72.

De la Fuente Lombo, Manuel (1997). "La etnoliteratura en el discurso antropológico: los trabajos de la espera." En: Hermosilla Álvarez, María Ángeles y De la Fuente Lombo, Manuel (eds.). *Etnoliteratura ¿una antropología de lo imaginario?* Universidad de Córdoba, España, pp. 9-43.

Díaz G. Viana, Luis (2005). "Cifrando y descifrando el mundo: la Etnoliteratura, una Antropología desde lo imaginario". En: *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, Vol.60, Nº 1, enero-junio de 2005, España, pp 7-41.

Espinosa, Germán (2004). "La alcoba". Parte de: *Cuentos completos*. Fondo Editorial Universidad Eafit. Medellín, Colombia, pp. 162 – 168.

Feixa, Carles (1994). "De las bandas a las culturas juveniles". En: *Revista Estudios sobre las culturas contemporáneas*. Vol. 5, Nº número 015. Universidad de Colima, Colima, México, pp. 139-170.

Feixa, Carles (1996). "Antropología de las edades". En: Prat, Joan y Martínez, Ángel (eds.) *Ensayos de antropología cultural*. Ariel, Barcelona, pp. 319-335. Disponible en: <file:///C:/Users/USUARIO/Downloads/Antropologia%20de%20las%20edades.pdf>

Fericgla, Josep María. (1992). *Envejecer: una antropología de la ancianidad*. Anthropos, Barcelona, España.

Friedemann, Nina S. de (1997). "De la tradición oral a la etnoliteratura." En: *América Negra*, Nº 13, Bogotá, Colombia, pp. 119-131.

Frigolé, Joan (1996). "Narrativas. Antropología y literatura: una relación multifacética". En: Prat, Joan y Martínez, Ángel (eds.) *Ensayos de antropología cultural*. Ariel, Barcelona, pp. 229-235.

Frigolé, Joan (1997). "Estructura y simbolismo de *Como agua para chocolate*". En: De la Fuente Lombo, Manuel (coord.) *Etnoliteratura, una antropología ¿de lo imaginario?* Universidad de Córdoba, Córdoba, España, pp. 45-62.

"Gabriel García Márquez, su vida, su historia" (3 de abril de 2014). *El Colombiano*. Recuperado de https://www.elcolombiano.com/historico/gabriel_garcia_marquez_su_vida_su_historia-IWec_289212

García Márquez, Gabriel (1973). *La hojarasca*. Editorial Suramericana, Buenos Aires, Argentina.

García Márquez, Gabriel (1975). *El otoño del patriarca*. Plaza & Janes Editores, Barcelona, España.

García Márquez, Gabriel (1979). *La increíble y triste historia de su la Cándida Eréndira y su abuela desalmada*. Editorial Oveja Negra, Bogotá, Colombia.

García Márquez, Gabriel (1985). *El amor en los tiempos del cólera*. Editorial Oveja Negra, Bogotá, Colombia.

García Márquez, Gabriel (1996). Un señor muy viejo con unas alas enormes. Parte de: *Cuentos 1947-1992*. Editorial Norma, Bogotá, Colombia.

García Márquez, Gabriel (2004). *Memoria de mis putas tristes*. Editorial Norma, Bogotá, Colombia.

García Márquez, Gabriel (2007). *Cien años de soledad* (Edición conmemorativa). Real Academia Española, Editorial Norma, Bogotá, Colombia.

García Márquez, Gabriel (2012). *El coronel no tiene quien le escriba*. Grupo Editorial Norma, Bogotá, Colombia.

García Ramírez, Manuel (1990). *El enfermo psiquiátrico y los profesionales de la salud: un análisis de las representaciones sociales*. Diputación Provincial de Sevilla, Sevilla, España.

Geertz, Clifford (1989). *El antropólogo como autor*. Paidós Ibérica. Barcelona, España.

Giménez López, Dulce (2001). "Relación entre género y envejecimiento". En: *Recensiones, Revista del ministerio de trabajo y asuntos sociales*, N° 40, España, pp. 170-173.

Gómez, Kike (mayo de 2018). "Ser viejo es una mierda, siempre". Recuperado en: <https://www.jotdown.es/2018/05/ser-viejo-es-una-mierda-siempre/>

González, Fernando (1997). "Vejez". Parte de: *Revista Antioquia*. Editorial Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia, p.566.

González, Tomás (1987). *Para antes del olvido*. Plaza & Janes Editores, Bogotá, Colombia.

Guamán Poma de Ayala, Felipe (1956). *La nueva crónica y buen gobierno*, 3 Vols. Editorial Cultura, Lima, Perú.

Gutierrez Girardot, Rafael (1976). *Horas de estudio*. Instituto Colombiano de Cultura, Bogotá, Colombia.

Hall, Stuart (1997). *Representation: cultural representations and signifying practices*. London, Sage Publications. . Cap. 1, pp. 13-74. [En línea traducido por ElíasSevillaCasas] Recuperado en: http://metamentaldoc.com/14_El_trabajo_de_la_representacion_Stuart_Hall.pdf

Hernández Carmona, Luis (2017). “El dilema de la vejez en la narrativa de Gabriel García Márquez”. En: *Verbum*, N° 11, Bogotá, Colombia, pp. 27-39. Recuperado en: <https://revistas.usergioarboleda.edu.co/index.php/verbum/article/view/632>

Ibañez Gracia, Tomás (1998). “Representaciones sociales: teoría y métodos”. En: *Ideologías de la vida cotidiana*. Sendai-Carto Tec S.A. Barcelona, España, pp. 153 -216.

Jiménez Nuñez, Alfredo (1994). “Fuentes y métodos de la antropología: consideraciones un tanto críticas”. En: De la Fuente Lombo, Manuel (coord.) *Etnoliteratura un nuevo método de análisis en antropología*. Universidad de Córdoba, Córdoba, España.

Kropff, Laura. (2010). “Apuntes conceptuales para una antropología de la edad”. En: *Avá. Revista de Antropología*. N° 16, enero-julio 2010. Universidad Nacional de Misiones, Misiones, Argentina, pp.171 -186.

Laburthe Tolra, Warnier Jean Pierre (1998) *Antropología y Etnología*. Editorial Akal, Madrid, España.

Mancini, Adriana. (2012). “Algunas notas sobre literatura y vejez”. En: *Red latinoamericana Katatay, VI Jornadas de intercambio académico en el área de docencia*

e investigación de la literatura y la cultura latinoamericanas, Vaquerías, Córdoba, 12-14 de octubre de 2012. Disponible en: http://www.redkatatay.org/sitio/invitados/archivos/adriana_mancini.pdf

Manjón, David (2014). *Literatura y vejez: una aproximación al tratamiento de la vejez en la narrativa española reciente* (Trabajo de Grado en Filología Hispánica), Universidad de Salamanca, Salamanca, España.

Mira, Joan F. (2007). "Literatura y antropología". En: Lisón Tolosana, Carmelo (ed.). *Introducción a la antropología social y cultural: teoría, método y práctica*. Akal, Madrid, pp. 547-567.

Monroy Zuluaga, Leonardo (24 de marzo de 2009). *Tres Novelas de ancianos en la literatura colombiana*. En: Viandante, Publicación del grupo de estudios en literatura colombiana (virtual). Recuperado en: <http://leerliteraturacolombiana.blogspot.com/2009/03/tres-novelas-de-ancianos-en-la.html>

Ordaz, Pablo. (10 de abril de 2014) "Fernando Vallejo: La vejez es el gran tema de la literatura" en: *El País*. Recuperado de: http://elpais.com/diario/2010/04/10/babelia/1270858340_850215.html].

Orrego Arismendi, Juan Carlos (2005). "Exploración etnoliteraria en *El valle de los perros mudos*". En: *Boletín de antropología*, Vol. 18, N° 36, Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia, pp. 337-357.

Orrego Arismendi, Juan Carlos y Serje, Margarita (2012). "Presentación. Antropología y literatura: travesías y confluencias". En: *Antípoda*, N° 15, Bogotá, Colombia, pp. 15-26.

Ortega y Gasset, José (1996). "El concepto de novela". En: Sullá, Enric (ed.) (1996). *Teoría de la novela. Antología de textos del siglo XX*. Crítica, Barcelona, pp. 32-35.

Pardo, Carlos “Carta a Juan Andrés García Román (y un poema)” En: *Firmas invitadas* (DVD ediciones), Recuperado en: http://www.dvdediciones.com/firmas_carlospardo.html].

Pérez Ortiz, Lourdes (1997). *Las necesidades económicas de las personas mayores. Vejez, economía y sociedad*. Inmerso Editorial, Madrid.

Pérez Pinzón, César (1996). *Cantata para el final de los tiempos*. Editorial Magisterio, Bogotá, Colombia.

Radcliffe-Brown, A. R. (1968). *Estructura y función en la sociedad primitiva*. Editorial Península, Barcelona, España.

Rama, Ángel (1987). *García Márquez: la edificación de un arte nacional y popular*. Universidad de la República, Facultad de Humanidades y Ciencias. Montevideo, Uruguay.

Ramos Bonilla, Gabriela (2013). “Antropología de la vejez en Perú: un vacío etnográfico”. En: *Revista de estudiantes de antropología Anthropeia*, Pontificia Universidad Católica del Perú, Nº 11, Lima, Perú, pp 104-112.

Real Academia Española (2017). *Diccionario de la Lengua Española* (Versión Electrónica 23.2). Disponible en: <https://dle.rae.es/>

Reyes García del Villar Balón, (2005). “Los métodos de la Antropología y la Literatura”. En: *Disparidades, Revista de Antropología*, Vol. 60, Nº 1. Madrid, España, pp. 43-58

Rodríguez Rondón, Manuel Alejandro (2006). “¿Qué es la representación y cuál es su importancia para los estudios sociales?”. En: Viveros, Mara; Rivera, Claudia y Rodríguez, Manuel (Comps.). *De mujeres, hombres y otras ficciones...Género y sexualidad en América Latina*. Tercer mundo, Bogotá, pp. 39-45.

Rojas, José Luis de (2003). "Con buenas palabras. La Literatura y la Historia en el estudio de América". En: *Revista Anales del Museo de América*, N° 11, 2003. Madrid, España, pp. 163 -176.

Rotterdam, Erasmo de. (2011). *Elogio de la locura*. Editorial JG, Quito, Ecuador.

Sánchez Prado, Ignacio (24 de abril del 2014). *El coronel no tiene quien le escriba: las lecciones de una escritura comunitaria*. Letras Libres. Recuperado en: <https://www.letraslibres.com/mexico-espana/libros/el-coronel-no-tiene-quien-le-escriba-las-lecciones-una-escritura-comunitaria>

Sanchíz Ochoa, Pilar (1997). "Entre la realidad y la ficción. Literatura, historia y antropología" En: Hermsilla Álvarez, María Ángeles y De la Fuente Lombo, Manuel (eds.). *Etnoliteratura ¿una antropología de lo imaginario?* Universidad de Córdoba, España, pp. 63-78

Schwartz, Marco (2005). *El Salmo de Kaplán*. Editorial Belacqua, Barcelona, España

Tatis Guerra, Gustavo (27 de abril del 2014). "Gabo en la casa enorme de su infancia". *El Universal*. Recuperado de <https://www.scribbr.es/normas-apa/ejemplos-de-las-normas-apa/ejemplo-del-estilo-apa-articulo-de-periodico-online/>

Terao, Ryukichi (2003). "*El coronel no tiene quien le escriba*: la simbolización y el vivir de una realidad violenta". En: *Estudios de Literatura Colombia* N° 12, enero-junio de 2003, Medellín, Colombia. Disponible en: <https://aprendeenlinea.udea.edu.co/revistas/index.php/elc/article/view/10537/9695>

Vallejo, Fernando (2016). *El don de la vida*. Editorial Penguin Random House Grupo Editorial, Bogotá, Colombia.

Van Gennep, Arnold (2008). *Los Ritos de paso*. Alianza editorial, Madrid, España.

Villa, Víctor (1998). "En diferido: la etnoliteratura". En: *Íkala: Revista de lenguaje y cultura*, Vol. 3, N° 06, Medellín, Colombia, pp. 89-104.

Viveros, Mara (1993). "La noción de representación social y su utilización en los estudios sobre salud y enfermedad". En: *Revista Colombiana de Antropología*, Vol. XXX, Instituto Colombiano de Antropología, Bogotá, pp. 239-260.

Williams, Raymond (1997). *Marxismo y literatura*. Península, Barcelona, España.